

## Editorial

Han pasado varios meses sin que *cambiavía* apareciera. Iniciamos 2002 con alegría; también con nostalgia por la ausencia de seres que dejaron huella importante en las artes del mundo, del país y del Estado de México.

Para *tunAstral*, sobre todo en sus inicios, los Beatles fueron y son fundamentales en el desarrollo de los jóvenes que iniciaron esta locura. La desaparición de George Harrison es golpe que duele porque los años pasan, el cuerpo se deteriora y la naturaleza reclama su tributo. Seguirá Harrison mientras se escuche *Here comes the sun*, *Something* y otras.

Por otro lado, los talleres que inicia por los sesenta Juan José Arreola son básicos en la formación literaria de los escritores noveles que se juntaron en torno a él. Algunos *tunAstrales* bebieron de ese abrevadero y crearon su propio camino hacia la literatura. Arreola, como tallerista, escritor, lector, conversador fue único, dejó huella en los ahora poetas y narradores mexicanos más importantes.

El pasado 28 de diciembre nuestro gran amigo Matinef dejó su taller en silencio. Matinef fue uno de los pilares de la tribu. Autor del logotipo de *tunAstral*, logo que ha traspasado las fronteras del Estado de México y del país. Logotipo que, según él, significa los cuatro puntos cardinales, la unión de lo local con lo universal a través de los símbolos de la tuna y el cosmos, la palabra que une a través de la lengua a los seres humanos con la poesía, ya que amor es la palabra; poesía, la acción y Matinef tuvo amor que mostró y demostró con su trabajo plástico y que, como poeta, dejó un inolvidable "chicharrones en chile verde, vienen, vienen". Amor y acción fue siempre su vida, en palabra y obra, en hechos y valores. Para Matinef la batalla final fue dura y dolorosa, pero deja en la memoria al amigo que no se olvida, y que siempre tuvo hacia los otros una sonrisa, una charla agradable, una enseñanza, un legado. Matinef, Otineb, Benito, seguirá en la memoria.

...

Es gratificante saber que un amigo de *tunAstral*, con importante trayectoria en el saber y el quehacer de la promoción cultural de este país sea nombrado director general de uno de los recintos más importantes de la cultura de México. Saúl Juárez fue llamado para estar al frente del Instituto Nacional de Bellas Artes. Alguna vez dijimos que cuando dirigió el Centro Nacional de las Artes iba a domar al león y lo hizo. Deseamos que este nuevo león resulte gatito. Enhorabuena.

## Roberto Fernández Iglesias: 60 años 60 Los años vividos con peligro

Dionicio Munguía J.

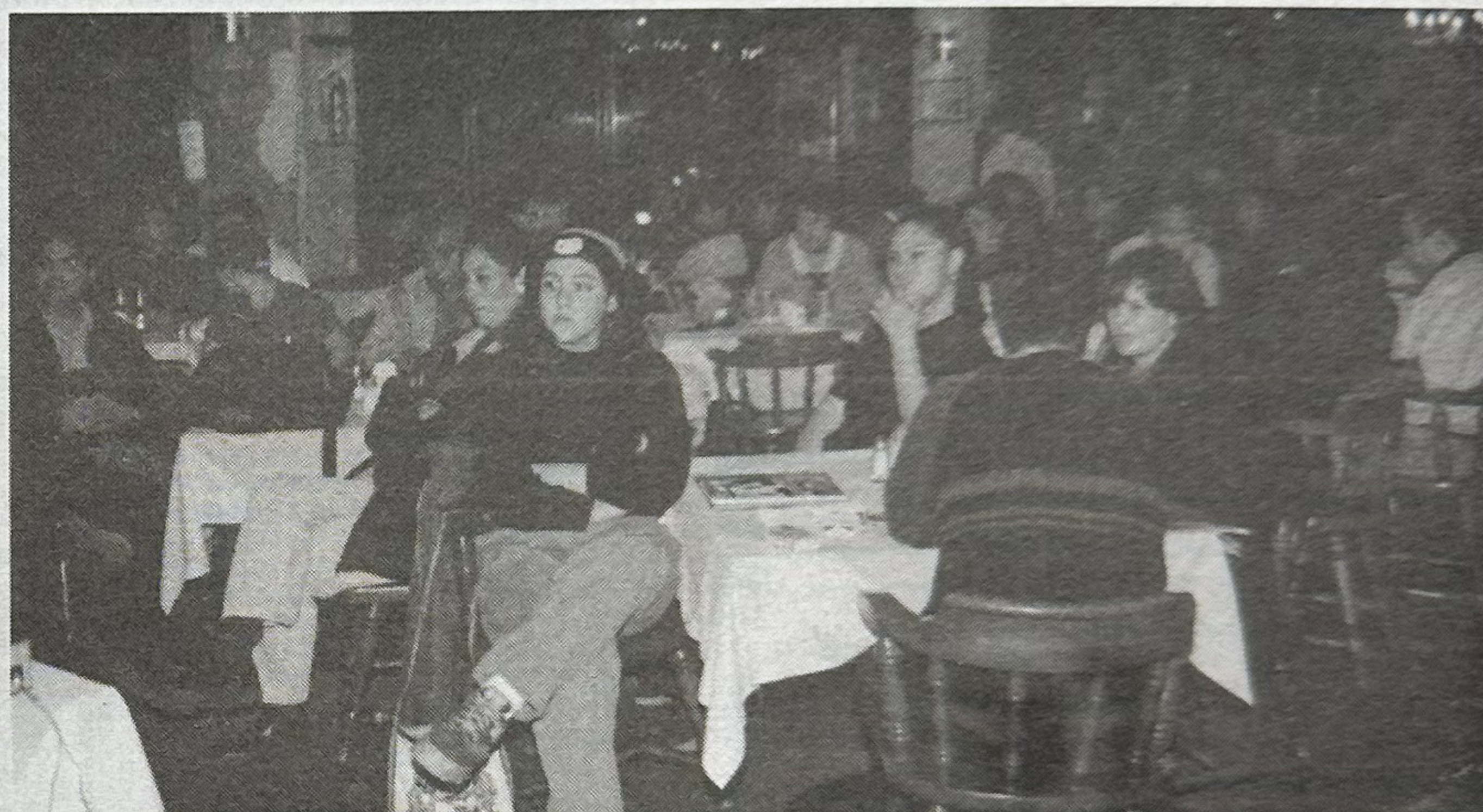
Así, nomás, cumplirlos sin más, sin dejar nada para después, a pesar de los reclamos y los enojos, sesenta años se cumplen, se llega la fecha. Los preparativos fueron meticulosos, anticipados, buscando a los amigos y conocidos, a quienes podrían hablar sobre la figura homenajeada desde diversas ópticas: el gestor cultural, la persona y teatrero, el prosista y poeta, el periodista, el editor y académico.

Versátil sí es y lo sigue siendo. Carismático, con sus casi dos metros de altura, con la inconfundible figura presidiendo las actividades de *tunAstral* nueve años y meses, con el vozarrón marcando la diferencia y resolviendo disputas, con el detector de mierda siempre conectado, al paio, oteador de las buenas costumbres y conciencias literarias, como decían en el antiguo.

La figura de Roberto Fernández Iglesias, el gestor cultural, es un punto de referencia obligada, entre toda la actividad cultural que se realiza en el Estado de México, sin duda alguna. Alfonso Sánchez Arteche abrió la tanda del homenaje con preguntas y respuestas alrededor del Roberto gestor cultural, de la importancia de su trabajo desde los tiempos *tunAstralopitecos*, de conocimientos y encuentros, de los cambios notables en cuanto a la promoción cultural se refiere y la terquedad para continuar haciendo cosas donde otros esperan el presupuesto para hacerlas. Sánchez Arteche recordó el primer encuentro con el Gordo *tunAstral*, en la oficina del padre que apoyó a los chavos, "picando estenciles" para formar el primer intento editorial de la tribu.

Carlos Olvera, el otro fundador, el creador del nombre junto con el homenajeado en este mes de agosto, junto a Rosaluz Velázquez, *tunAstralopiteca feminus*, hablaron del amigo, el muchachote que venía

con la tropicalidad encima, invadiendo el espacio toluqueño y estableciendo *links* de comunicación entre la cerrada Toluca de fines del los años cincuenta del siglo pasado, armando alboroto muy propio de su sabor caribe, entregado en las canchas del naciente equipo de Potros, o



Atentos a la poesía robertiana

leyendo y manoteando en la cafetería sobre autores y libros, sobre libros y poemas, entre cientos de páginas y mimeógrafos. Olvera se refirió también al Moby, personaje de *Decadencia*, obra de teatro que proyectó al Gordo Iglesias, como le nombraban, a los terrenos de la actuación. Divertido fue el paso por los escenarios, dejando una huella perdurable por su volumen en las salas donde se puso en escena dicho trabajo teatral.



Un amplio abrazo para todos

## En primera persona

Roberto Fernández Iglesias

### El viejo y la letra

Hace cincuenta años apareció *El viejo y el mar*. Terminó de poner a Ernest Hemingway en la lista de escritores importantes. Se atribuye a esta obra el Premio Nobel dos años después.

Fue lo último importante que publicó en vida. Los siguientes nueve años vivió de la fama creada. Póstumamente se publicó otra obra importante: *París era una fiesta* (*A Moveable Feast*), una memoria de su juventud en París que no tiene desperdicio.

Las otras obras póstumas han recibido ayuda de los editores que todavía hacen dinero con el nombre del escritor prototipo a la mitad del siglo veinte. Nadie como Hemingway para hacer pensar al mundo que el escritor debía ser borracho y pendenciero, cazador en África y pescador de alta mar en el Golfo de México, fotografiarse con mujeres guapas y alardear de una hombría que nadie había puesto en duda.

Esa vida de cara a las cámaras estaba sostenida por una obra literaria sólida en sus narraciones breves de ficción y periodísticas que se alimentaban unas a otras. También publicó novelas famosas con lectores. A la larga, la literatura recordará cuentos, periodismo, las memorias del París de la Generación Perdida y *El viejo y el mar*.

Esta historia puede ser un cuento largo o una novela corta, eso que llamamos *nouvelle* o noveleta; pero que tiene la virtud de tener la prosa cargada de vigor que caracteriza los mejores escritos del autor. Algunos han querido ver símbolos a los cuales el escritor otorgó valor de mierda. Para él no había nada oculto. Todo está a la vista: un muchacho, un viejo, un pez, el mar. También la magia de la letra organizada por un trabajador de la escritura.

Para insistir en el recuerdo de esta obra, el 13 de enero murió en Cojimar, Cuba, Gregorio Fuentes, piloto del yate de Hemingway con quien compartió aventuras pesqueras. Se hizo famoso y era objeto de peregrinajes de aficionados que lo veían como el modelo para Santiago, el viejo de la famosa obra.

La vida y la obra de Hemingway es objeto de la industria editorial y turística como lo atestiguan la enorme cantidad de artículos (como éste) y libros sobre el autor; y los peregrinajes a Cojimar o la casa de Key West (el museo más caro de Florida) o la casa donde se suicidó en Ketchum, Idaho.

Entre los libros, uno de los más recientes en español es de la editorial Océano en su serie *El lector de...* con el título de *Ernest Hemingway*. Es una guía para lectores que se inician en el mundo hemingwayano con una mínima antología. El libro trae una lista de las películas basadas en textos de Hemingway, lista incompleta pues falta la versión de *El viejo y el mar* protagonizada por Anthony Quinn.

A los cincuenta años será bueno releer *El viejo y el mar*. La última vez que lo hice fue hace 35 años. Ojalá que haya envejecido bien, como las grandes producciones literarias.

Gustavo Velázquez, en Casa tunAstral, proyectó su visión del amigo, del fanático de los deportes, beisbolero, futbolero americano, poeta en sus ratos libres (en aquellos tiempos pasados), que discutía sin parar y escribía sin detenerse. Quizá esa fue la visión que Margarita Monroy Herrera intentó atrapar en su exposición fotográfica. La visión del Gordo en sus diversas facetas, de pie, sentado echando la hueva, serio e indilgador, risueño e intrigante, amorosa perspectiva en más de cuarenta fotografías que llenaron los muros.

Entre anécdotas y recuerdos, Angelina Nava y José Luis Herrera Arciniega describieron al Gordo narrador, cuentista, inventor de historias, creador de una voz que se destila en el paso del tiempo por el alambique de la permanencia, desde las montañas de hace diez años a las andanzas de Angelina en la facultad siendo alumna de Roberto. No tuvo suerte, sin embargo, Angelina al leer su texto porque ese día el restaurante Biarritz estaba particularmente ruidoso.

Andrés González Pagés, por problemas de transporte desde la ciudad de Cuernavaca, mandó su texto para participar en este homenaje y su lectura versó en torno a la labor poética del gordo toluqueño, desde aquellos libros de Abrapalabra, hasta el más reciente en tunAstral. Martín Mondragón Arriaga, por su lado, en un texto que pronto leeremos con acuciosidad, y advirtiendo que no leería las noventa cuartillas escritas para tal efecto (los suspiros de alivio se dejaron oír junto con algunas risas que aprobaron la moción establecida), se internó entre las interpretaciones que de la obra robertiana hizo en su trabajo.

Entonces llegó la artillería periodística y Mauricio Ortega, director de *La Prensa*, donde el Gordo es colaborador permanente, hizo un recuento en torno a la amistad del alumno y el maestro, las mañanas en la ENEP y las clases en la Facultad de Ciencias Políticas, correrías nocturnas y asesorías con niña a bordo y acalorada. Ernesto Jiménez, por su lado, habló de los viejos tiempos de *cAmbiAvÍA*, justo en el tiempo de su fundación, cuando era necesario un medio como éste, cultural sin concesiones, armando alboroto y dando a conocer lo más reciente, lo interesante de las actividades culturales de Toluca y del resto del país.

La ausencia de Lorena Valderrábano no impidió que su texto fuera leído. Era su interpretación sobre el cinismo crítico, la teoría más robertiana que existe, la experiencia de tenerlo como maestro y amigo, la importancia que tuvo y tiene en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Diana Marengo hizo lo mismo, con anécdotas y risotadas, con Converse y clases en donde la diversión era una parte fundamental del Roberto profesor, no maestro porque "aquí se le dice maestro a cualquier chingadera".

El día 27 de agosto todo cambió. El homenaje tomó visos musicales. Lecturas e interpretaciones, ritmos tropicales y cariño, con la participación de Miguel Jaimés, Luz Cárdenas y un grupo de músicos que se reunieron para dar sonido a los poemas, para que Edna Tovar y Adalberto

Tellez hicieran una lectura a su manera, con el estilo de quienes arman un borlote a partir de otro borlote. Lo siguiente fue sorpresa para todos: ¡Roberto Fernández Iglesias con traje y corbata! No recuerdo que llevara zapatos, pero seguramente así fue. La voz de Roberto retumbó en los cristales del Biarritz y su poesía estremeció a los presentes y a los que no estuvieron. No hubo preguntas ni respuestas. Sólo poemas leídos, palabras que, escritas, esa noche llenaron los oídos de quienes asistieron al Café Literario.

El mes de homenaje cerró con tres visiones diferentes. Dionicio Munguía J., recordando viejos tiempos y encuentros extraños, cuando la oportunidad de conocer al joven panameño del que hablaban el viejo poeta queretano Salvador Alcocer y pandilla que lo acompañaba en las calles de la ciudad de los conventos fue más que distinguir la figura prominente, acompañada por ese viejo radio que quién sabe dónde estará, para empezar un contacto que todavía no termina. Benjamín Araujo se lanzó a la historia de las ediciones, desde Abrapalabra hasta los Libros de la Tribu, empezando por los esperpentos y finalizar con el *cAmbiAvÍA*, mientras afirmaba que no fue fácil la labor y que nunca será sencillo conservar el estilo en la forma en que Roberto y tunAstral lo hacen. Eugenio Núñez Ang confirmó lo anterior y platicó sobre la forma en que la labor editorial de Fernández Iglesias, alias el Gordo de Toluca, ha traspasado la barrera de lo simple para llegar a ser una realidad más compleja de lo que se piensa.

¿Cómo se logró este homenaje? Con la insistencia de Margarita Monroy Herrera y los amigos, los conocidos, los que fueron a la fiesta de cumpleaños y llevaron su itacate, su granito de arena, tal como se hace en las actividades tunAstrálicas desde que Roberto y los muchachos de aquellos años, aquellos que fueron, los que todavía están, los que ya partieron, se juntaron para leerse poemas, discutir sobre literatura y salir por madrugada para esperar al "padre sol, cabeza de alcornoque", mientras el viento corría por los portales de la ciudad que poco a poco se despertaba a la intensidad de los chavos tunAstralopitecos. —

# Matinef

## Otineb

Benito Bernáldez Giles

tunAstralopiteco

siempre

con

nosotros

por crear

el logotipo de la tribu

y por los

chicharrones

en chile verde:

vienen vienen

## Cafés Literarios

tunAstral

enero de 2002  
todos los lunes

Día

7 Raúl Bañuelos (poesía)

*Bebo mi limpia sed. Antología personal*

comentarios: Felipe Ponce, Dionicio Munguía J.  
y el autor

14 Hernán Bravo Varela (poesía)

21 Pino Páez (narrativa)

*Las mariposas no tienen alas*

comentarios: Roberto Fernández Iglesias y el autor

28 Enrique Villada (narrativa)

*Whitman, el árbol*

Colección Alcarabán/Instituto

Mexiquense de Cultura

comentarios: Martín Mondragón Arriaga y el autor

moderador: Dionicio Munguía J.

Restaurante Biarritz

5 de Febrero esq. Nigromante

Centro, Toluca, México

Teléfonos: 14 57 57 y 13 46 24

# Roberto Fernández Iglesias: La persona y otros *links*

Rosaluz Velázquez

Acudiendo al llamado de la tribu que por medio del tam-tam de los tambores que esta vez resonaron en mi correo electrónico hago llegar a ustedes mi opinión sobre Roberto Fernández Iglesias que en estos días está sometido al tratamiento salvaje, propio de una tribu, de sus amigos al celebrar los primeros 60 años de su existencia actual sobre la tierra como persona.

Opinar, decía Sócrates, según Platón, es una hipótesis que puede ser destruida por la razón; un movimiento precipitado de la inteligencia; un pensamiento respecto del cual la razón demuestra lo verdadero y lo falso. Este es el riesgo que corro al emitir esta opinión.

Puesto que estoy obligada a reflexionar públicamente sobre una persona, desde mi condición de ser sin alas espero que mi discurso logre purificar mi palabra separando de mi lengua lo bueno de lo malo que hay en toda persona.

Cuando conocí al personaje que hoy festejamos, era ya muy popular entre quienes practicaban los mismos deportes que él; para mí, tímida y provinciana, su trato franco y ruidoso me atemorizaba por lo que nuestra amistad se estableció desde el principio en una relación de contrarios. Desde el principio, paradójicamente, como debe ser, su personalidad me contagió de ese halo de cosmopolitismo que intuía en él. La personalidad de Roberto me animó a deshacer mis ataduras de lo local y me aventuré por el pensamiento y el gusto de vivir una vida cosmopolita (aunque fuera entonces solamente en el sueño de lo posible).

Con el grupo tunAstral de entonces, y el de ahora, me animé a superar "el cretinismo de la vida de aldea", y me acogí a su sombra: a la sombra de su quehacer literario porque en él vive quien es muy persona, quien tiene excelentes prendas o cualidades humanas. La persona, dice el diccionario, es todo individuo de la especie humana. Hombre distinguido en la vida pública. Hombre de prendas, capacidad, disposición y prudencia. Para continuar en el ámbito de la filosofía habría también que decir que Roberto forma parte de un "supuesto inteligente", racional puesto que nunca se ha atrevido a escribir nueve libros en un año, por ejemplo. Como persona toma parte en la acción de una obra literaria que es inconmensurable porque es la obra de toda una tribu: tunAstral.

¿De dónde procede la categoría de inconmensurable que yo le atribuyo a los trabajos de la tribu? La respuesta la encuentro en su capacidad de sobrevivir, de proponer una forma alternativa al quehacer creativo lejos del que surge bajo la parra de la vida escolar o de la cerviz doblada para halagar al poderoso en turno.

Recientemente he aprendido que sobrevivir no es un adjetivo peyorativo para el pusilánime, para el que no logra más en la vida. Sobrevivir es un acto de grandeza, es algo heroico que propone una nueva forma de vida que frente a la prepotente muerte decretada por el poderoso levanta el alma separada del cuerpo y subsiste, transmigra para volver a unirse en otro cuerpo —burlando al que amenaza, al que medra con el poder— y se enlaza con el conocimiento como reminiscencia y por eso la fuerza del sobreviviente es inconmensurable. Cuántas veces y a cuán-

Daniel Monroy



Rosaluz Velázquez

tas cosas ha sobrevivido tunAstral y todo ha sido gracias a la persona que es Roberto Fernández Iglesias.

Mirando a la persona, a él —la tercera persona del orden gramatical— a la luz de la amistad, no diré como Platón, el filósofo griego, que

## Lapidaria

Alfonso Sánchez Arteché

## Terror

El fantasma que hoy recorre el mundo no tiene patria ni sirve a un solo propósito oscuro; tampoco es un fenómeno reciente, se ha repetido infinidad de veces a través del tiempo y es el medio del que se valen algunas minorías radicales para imponer sus condiciones a una sociedad pasiva, dominada por alguna forma de temor irracional a fuerzas indefinibles. Contra lo que muchos suponen, el terrorismo no es un principio ni una causa, mucho menos un sistema de pensamiento ni una ideología, sino un mecanismo de control psicológico que opera sobre masas acríticas. Es el recurso supremo de los grupos extremistas; pero también es, por excelencia, el arma al servicio del totalitarismo, del fascismo y de todo fundamentalismo, para anular las conquistas democráticas.

El tratamiento homeopático que hoy prescribe la única superpotencia mundial a sus aliados voluntarios u obligados (quien no está conmigo, está contra mí), como respuesta a los infames atentados contra Nueva York y Washington, tal vez resulte lo más adecuado para llevar adelante ciertos proyectos políticos, militares y económicos de dominación sobre esa zona del mundo, pero nada hace suponer que combatir el terror con más terror sea la mejor forma de resolver el problema; quizás resulte la peor de todas, puesto que al terror "selectivo" que ha significado la descarga de "bombas inteligentes" y "cajitas felices" sobre una nación ya devastada por la guerra y el hambre, se añadan las medidas de seguridad que, de alguna forma, anulan el sistema de derechos y garantías individuales de los que hasta hace poco tiempo se ufana el país paradigmático del "mundo libre".

En nombre de la libertad se promovió el derrumbe de los regímenes comunistas y también invocando ese ideal se brindó apoyo al ejército talibán contra el que hoy se respalda a otras milicias de signo adverso. Desde hace mucho tiempo debió comprender Estados Unidos que el actual proceso de globalización no puede limitarse a la apertura económica de los estados, sino que debe impulsar, como condición previa, la democracia. Apoyar monarquías y dictaduras militares que garanticen a las corporaciones multinacionales el acceso preferente a las riquezas petroleras de esa región, es alimentar una amenaza permanente contra la civilización de la cual, querámoslo o no, formamos parte.

El fundamentalismo islámico tiene su contraparte en otro fundamentalismo, puritano, reaccionario, xenófobo y racista que es, hoy por hoy, el único beneficiario neto de la ola terrorista desatada contra el único baluarte positivo y reivindicador del capitalismo: el sentimiento de libertad.



Luz Cárdenas, Miguel Jaimes, Jaime Alejandro, Edna Tovar y Adalberto Téllez

## El arca encallada

Susana Bianconi

### Dos imperios

Las más hermosas ciudades de Latinoamérica fueron trazadas según las ordenanzas de las Leyes de Indias. Estas ordenanzas constituyen un manual de la obra pública y son muchas las lecciones que se aprenden releyéndolas con cuidado. Como ejemplo extraigo el primer párrafo del Título Primero del Libro Octavo. Se titula: *De la fundación y población de las ciudades, villas y lugares de las Indias*, y nos ilustra:

[1] Don Phelipe Segundo en la ordenanza 110 de Poblaciones de 1573. Tomo 4, p. 242

“Hauiéndose hecho el descubrimiento, elegídose la prouincia, comarca y tierra que se ubiese de poblar y los sitios de los lugares a donde se han de hazer las nuestras poblaciones, y tomándose el asiento sobre ello, los que fueren a cumplir los executen en la forma siguiente: Llegado al lugar donde se ha de hacer la población el qual mandamos que sea de los que estubieren vacantes, y que por disposición nuestra se pueda tomar **sin perjuicio de los indios y naturales o con su libre consentimiento, se haga la planta del lugar repartiéndola por sus plaças, calles y solares a cordel y regla, començándola desde la plaça mayor y, desde allí, sacando las calles a las puertas y caminos principales y dexando tanto compás avierto que, aunque la población vaya en gran crecimiento, que pueda siempre proseguir en la misma forma”.**

Dos lecciones saltan a la vista: la de no realizar asentamiento alguno contra la voluntad de los naturales y la orden de hacer plazas. La primera es vigente por la expropiación ejidal para la construcción del aeropuerto de Texcoco y por las afectaciones territoriales para el plan Puebla-Panamá, sobre todo en la zona del Istmo de Tehuantepec. Durante el siglo XVI los monjes mendicantes cuidaron de no abusar de las comunidades indígenas y las ordenanzas de Indias llevaron al papel ese espíritu de respeto.

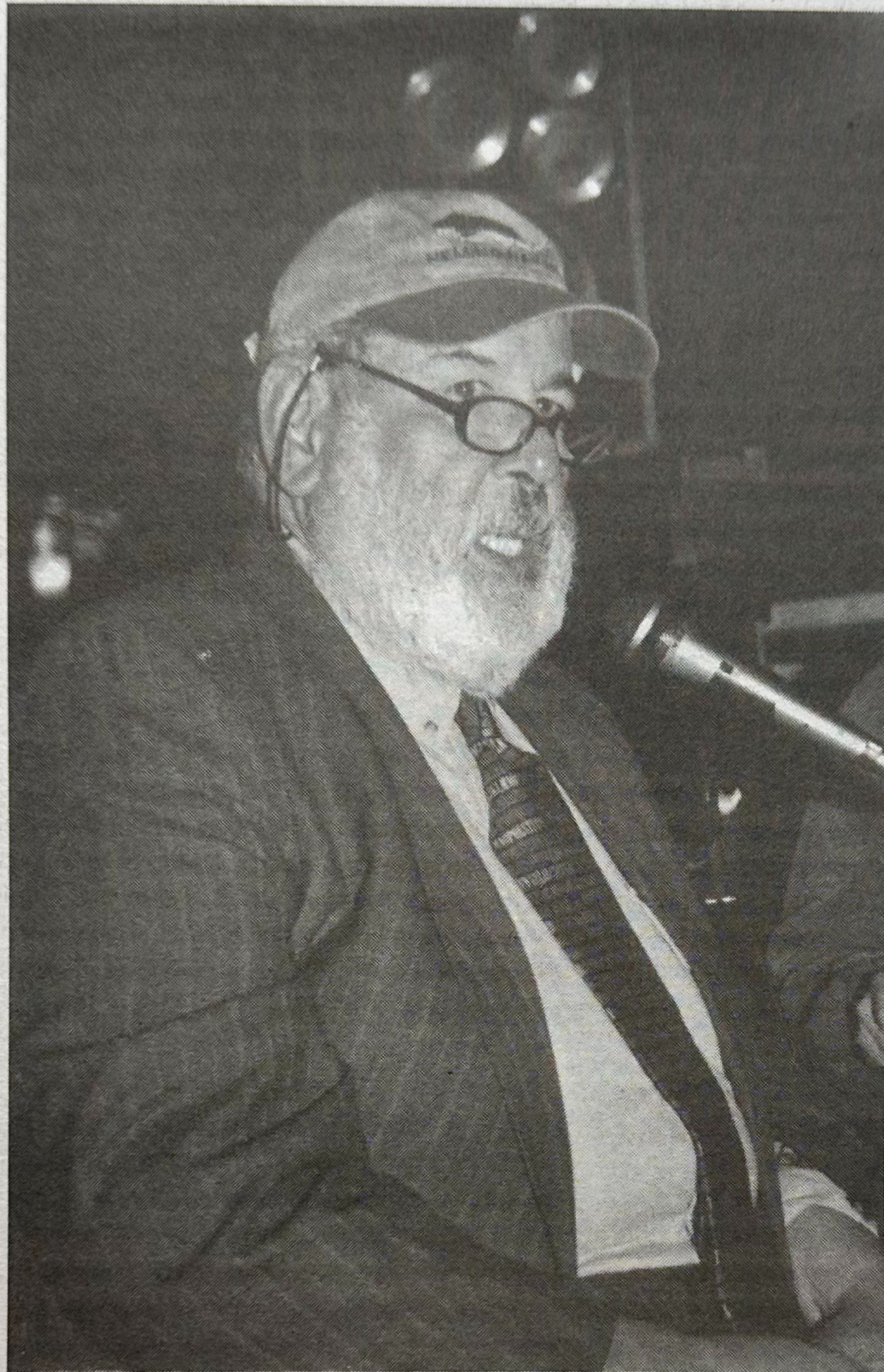
La segunda, la tan simple y noble idea de hacer plazas en cada población, es vigente por cuanto su práctica ha caído en desuso debido a la Ley de Asentamientos Humanos de los 70, que ha proscrito la palabra plaza y la ha sustituido con “metros cuadrados de áreas verdes”. Entonces ya no se hacen ciudades hermosas, ya no hay plazas públicas como la Tata Vasco de Pátzcuaro.

Los redactores de esta Ley de Asentamientos Humanos se especializaron en el sur de Estados Unidos, un país que sacrificó las plazas hispanas que obtuvo cuando la anexión de nuestro territorio y las vendió al mejor postor. Los pueblos estadounidenses carecen de plazas, de centro, carecen de alma. La copia de un modelo urbano ajeno a nuestra tradición novohispana conduce a un caos. El nuevo imperio, Estados Unidos, es mucho más primitivo que el español, que muestra en las Leyes de Indias gran sabiduría, sentido común y primacía por los espacios públicos ordenados.

la amistad es un lazo que establece la costumbre entre personas de la misma edad porque éste no es el caso.

La nuestra es más bien una relación espontánea cuyo hilo conductor no existe más allá de los encuentros sobre algún texto como aquel que aún recordamos: haber leído con el mismo entusiasmo la novela *Estación atómica*, cuyo nombre del autor he olvidado pero que fue recordado por la Academia sueca para otorgarle el Premio Nobel de Literatura en los años cincuenta.

Roberto, por otra parte, no es una persona difícil, en cuanto a que se guarda para sí sus quebrantos y sus odios. De los golpes que le asestaban tantos borricos que andan por ahí jamás da cuenta sino con otra coza alegramente soltada a diestra o a siniestra. Ningún enemigo es digno de su persona; como al buen Quijote, le basta con enarbolar su aguda lanza



Y... llegó ¡de traje!

—que digo pluma— para desnudar o mandar al aire dando tumbos al que se atraviesa por su camino.

Me alegra mirar a esta persona, la manera como después de cada batalla le basta con sacudir el polvo de su gorra para continuar su camino. Eso he aprendido de él, a jamás desdeñar a un enemigo; pero sí a centrar la mirada para descargar el dardo con certero pulso entre los ojos, a la mitad de la frente y, que yo sepa, sus enemigos no han necesitado un segundo golpe; por eso, muchas veces prefieren eludir hasta su sombra.

Reconozco que este modo de ser y de proceder es harto difícil porque requiere de una gran voluntad para ser congruente con la libertad a la que aspira y aspiramos.

Como ven, yo no busco los escritos de esta persona para definirlo; me valgo de la pura intuición, del sentimiento que, dicen hoy en día los epistemólogos, es la raíz de todo conocimiento. Roberto es más que un accidente gramatical y sus *links*, su relación con otras hojas sueltas, se encuentran en el verbo *leer*, con el pronombre *tú*, que lo hacen un sujeto-objeto del verbo y que indica si el sujeto de la oración es el que habla o aquel a quien se habla o aquel o aquello de que se habla por lo que bien puede ser la Primera, Segunda o Tercera persona ya sea del Singular o del Plural ya que es capaz de adoptar todas las formas y no por eso dejar de ser La Persona, la que siempre, de manera mediata o inmediata está relacionada con la acción del verbo que en el caso de Roberto es y será la literatura.

Roberto Fernández Iglesias, como toda persona, empezó su andar por la literatura sin saber qué era ni cómo proceder. Dicen que esto mismo pasa a los santos a pesar de la iluminación de que disfrutaban. Esta voluntad sin brújula lo ha perseguido desde entonces y, por fortuna, continúa en su intento voluntarioso que acrecienta su capacidad creativa tan alejada de los sofistas, aquellos que según Platón andan a la caza de jóvenes ricos y distinguidos para alcanzar algún provecho.

Roberto, como persona o personaje, ha creado innumerables *links*, que en el lenguaje de la posmodernidad representan los múltiples caminos que como “la levadura en la masa” han elevado y hecho crecer la capacidad creadora de los otros.

Para expresar lo que aquí planteo sigo las palabras de un sabio que a propósito de Horacio Flaco, el poeta latino de hace 2460 años, dice: “El hombre moderno se reconoce y está a gusto con él, siente holgura en su compañía. Y es que tiene toda la versatilidad elegante del

hombre de mundo, su ligereza satisfecha, su urbanidad y despiadada sorna para todo lo ridículo e hinchado, su picardía sutil, sus ráfagas de emoción cuidadosamente encubierta o deliberadamente desvirtuada cuando sin querer ha transflorado un poco; tiene sus típicos provocativos desplantes —unos, vulgar cinismo; otros, inofensivos alardes— y también unas súbitas honduras y delicadezas que le honran, al lado, con frecuencia, de bajezas que hay que perdonarle con un suspiro. Mezcla extraña, que tanto se ha repetido en el curso de los siglos entre los hombres de letras, y por la que nos resulta la lírica horaciana la orquestación de un órgano poderoso de múltiples registros, que a ratos consonan con maravillosa concordia, y a ratos estallan en rudas disonancias, las mismas que tantas veces destiemplan la armonía de la vida. Ese es el hombre: un pagano de cuerpo entero”. Se exhibe Horacio con el cándido impudor del niño que no se da cuenta de la propia desnudez; y lo que a la vista queda es el hombre natural, inconsciente de su original caída que, sin inquietarse de nada, toma como guía a la naturaleza pura, una vez en lo que ostenta más noble, otra en lo que tiene de a ras del suelo. El neopaganismo imperante está en él a la par; nada tiene ni qué quitarle ni qué añadirle, lo encuentra al día. No hay en Horacio maldad deliberada, ni perversión consciente. Al retratar en sí, como queda dicho, la humanidad al natural, nos descubre tanto lo que tiene de aprovechable para su elevación al orden de la gracia, como los secretos males que la misma gracia está llamada a curar. Esta doble ciencia necesitamos; y entre todo los autores antiguos, ninguno tal vez nos la puede enseñar con más eficacia y con menos inconvenientes que Horacio.

No sería justo afirmar que Roberto es un Horacio pero sí late en uno y en otro el anhelo de ser *Persona*; por ello, sin pudor alguno traje a colación lo dicho en honor del hombre, el literato y el poeta latino. Recorte cada quien de cada uno lo que su propia generosidad y nobleza lo obligue a hacer, pero la coincidencia seguirá estando en la esencia de la persona.

No fue presunción de Horacio sentirse y llamarse poeta aunque exclamó con locura:

*sublimi feriam sidera vertice...*

*¡las estrellas del cielo tocaré con la frente!*

No es presunción de Roberto sentirse y llamarse persona de letras como no lo es de todos los que a su sombra leemos y escribimos, porque si del genio nacen diamantes y joyas maravillosas de nuestros escritos nacerán arenas que de igual manera refulgen con el reflejo de la diosa literatura.

La persona que habita en Roberto sólo puede ser objeto de gratitud de quienes gracias a su sombra hemos podido adentrarnos en el mundo de la literatura encontrando en ella la forma de sobrevivir en la vida de nuestra localidad, a la que habremos de preferir sin negarnos de las muy gratificantes experiencias de la vida cosmopolita porque sabemos que las moradas de nuestra casa se habrán llenado de los encuentros literarios que gracias al trabajo y a la visión humanística de Roberto estarán cada vez más ocupadas por la visión de lo universal que sin chovinismos ha construido a través de *tunAstral* y otros *links*.

Abusando de una más de las libertades literarias aquí expuestas permítanme tomar las palabras de Rudyard Kipling dedicadas a dibujar el retrato de un hombre de temple para adjudicárselas a Roberto:

Si...

Si no pierdes la calma cuando ya en derredor  
La están perdiendo todos y contigo se escudan;  
Si tienes fe en ti mismo cuando los otros dudan,  
Sin negarles derecho a seguir en su error;  
Si no te harta la espera y sabes esperar;  
Si, calumniado, nunca incurres en mentira;  
Si aguantas que te odien sin cegarte la ira  
Ni darlas de muy sabio o de muy singular;

Si sueñas, mas tus sueños no te ofuscan del todo;  
Si tu razón no duerme ni en razonar se agota;  
Si sabes afrontar el triunfo y la derrota.  
Y a entrambos impostores tratarlos de igual modo;  
Si arrostras que adulteren tu credo los malvados  
Para mal de la gente necia y desprevenida;  
O, arruinada la obra a que diste la vida,  
Constante la levantas con útiles mellados;

Si no te atemoriza, cuando es menester,  
A cara o cruz jugarte y perder tus riquezas,  
Y con resignación segunda vez empiezas  
A rehacerlas todas sin hablar del ayer;  
Si dominas tu ánimo, tu temple y corazón  
Para que aún te sirvan en plena adversidad,  
Y sigues adelante, porque tu voluntad  
Grita: “¡Adelante!”, en medio de tu desolación;

Si no logra embriagarte la turba tornadiza,  
Y aunque trates con príncipes, guardas tu sencillez;  
Si amigos ni enemigos nublan tu lucidez;  
Si, aunque a todos ayudes, ninguno te esclaviza;  
Si en el fugaz minuto no dejas un vacío  
Y marcas los sesenta segundos con tu huella,  
La tierra es toda tuya y cuanto hay en ella,  
Y eres —más que eso— todo un hombre, amigo mío.  
Por todo lo expresado y por lo que pude haber olvidado mencionar de tu persona recibe este homenaje de mi gratitud porque tu amistad es una lección magistral de vida.

Café Niterario *tunAstral*,

Restaurante Biarritz.

Agosto 6 del 2001.

# Roberto Fernández Iglesias: El gestor y los gesticuladores

Alfonso Sánchez Arteche

Para decir el tiempo humano en números redondos, sesenta parece ser la cifra más cercana a las realidades de nuestra condición biológica y existencial. Si la vida es este presente irreductible, este continuo de sensaciones y de actos en el que gravita la conciencia de ser, los segundos que pasan y los minutos que se acumulan tienen más sentido que el día y el año, cesuras indicativas de episodios astronómicos, y desde luego representan algo más real que los siglos de cien años, sacralizados —diría Borges— como tributo de la razón moderna al sistema métrico decimal.

A pesar de ello, por algún motivo no del todo claro, todavía contabilizamos el tiempo menudo y cotidiano, al igual que medimos la esfericidad de la tierra, aplicando el sistema numérico sexagesimal de Mesopotamia. Tal vez en esta persistencia de una primitiva configuración de las coordenadas espacio-temporales, sobreviva la idea de que sesenta veces la colocación del mundo en un mismo punto, es la duración ideal de una vida: aquello que alguien sensato debe esperar vivir si es que quiere alcanzar la sabiduría. Más modestos en sus aspiraciones o quizás más exigentes en sus cálculos, los astrónomos mesoamericanos fijaban esta expectativa en cincuenta y dos años, resultado de combinar el cálculo de tres ciclos astronómicos, como son el solar, el lunar y el venusino, con las dimensiones individuales del existir.

Roberto Fernández Iglesias celebró ya su primera atadura de años al modo prehispánico y ahora también completa su primer siglo mesopotámico, sin que empiece a dar muestra de que nació en el siglo pasado ni reclame su condición de "adulto en plenitud". Con los achaques de siempre, producto de la corpulencia más que de la edad, aquí lo tenemos metiendo ruido, no más sabio ni más plenamente adulto, pero sí dándonos qué decir con el pretexto de su cumpleaños número sesenta.

El Gordo siempre ha dado mucho qué decir, afortunadamente por lo que hace y no por lo que deja de hacer. Alguien me preguntaba, tiempo atrás, por qué razón tenía que venir un panameño a hacer lo que nos correspondía como toluqueños. Tuve que responderle con la misma pregunta pero correctamente planteada: ¿Por qué no hicimos los toluqueños aquello que tuvieron que venir a hacer algunos extranjeros? Hoy nadie cuestiona el hecho de que, una vez establecida nuestra "perínclita cumbre" en Toluca, el gobierno haya puesto como director al poeta cubano José María Heredia —tan acuciosamente biografiado por Benjamín Araujo— en reemplazo de su tocayo González Arratía, que era muy buen maestro... pero de obras.

Mucho menos se discute que hayan sido alemanes y no toluqueños los fundadores de la famosa cervecería. Ellos traían capitales, se me puede replicar y con justicia, pero qué decir de los modestos libaneses que establecieron sus cajones de ropa en las cercanías del mercado y empezaron a vender en abonos, hasta amasar respetables fortunas que sus descendientes acrecentaron por malas o peores artes para hacerse dueños de parte considerable del casco urbano, de casi toda la prensa local y, en años recientes, incluso del palacio y la casa de gobierno.

No se puede acusar de tanto, por cierto, a Fernández Iglesias, cuyo único pecado realmente capital, el que lo puede arrojar, así de tamañote como se le conoce, a las llamas eternas, es el de haber malencaminado su poderosa voluntad hacia fines tan poco redituables como los de la cultura. Algo similar ocurría con nuestro viejo entrañable, don Gustavo G. Velázquez, que no obstante el derrumbe del socialismo real, se empeñaba en mantener abierto su Instituto de Amistad e Intercambio Cultural México-URSS. La URSS había dejado de existir y los únicos que no se daban por enterados eran un cosmonauta, al que por falta de presupuesto no podían bajar de la estación espacial, y don Gustavo, que seguía poniendo de su bolsillo para pagar la renta, cubrir salarios y afrontar los gastos de su Instituto, cuando ya ni siquiera se le podía recriminar por estar recibiendo el oro de Moscú.

Don Gustavo defendía su conducta, y también la definía, como dictada por un "imperativo ético", ese motor de comportamientos inexplicables para la racionalidad weberiana, que sin embargo conforman el perfil ubicuo del gestor cultural. ¿Qué es un gestor cultural?, me preguntó, y a la luz de los ejemplos más al alcance de mi experiencia, de inmediato desecho la posibilidad de que pueda ser alguien dedicado a organizar actos de cualquier tipo, eventos como ahora se les llama, o a multiplicar ediciones, sin más propósito que el de justificar un presupuesto. Quien la gestiona tampoco puede ser un hacedor de la cultura en el sentido estricto de la expresión, porque siendo cultivo social abonado por aportaciones individuales, la vida cultural es más un espacio simbólico de convivencia que un catálogo de actividades de cierto tipo.

Un gestor cultural, aventuro a manera de hipótesis, ha de ser entonces un fundador de utopías, alguien tocado por la locura de Fitzcarraldo, que no se conforma con imaginar un teatro de ópera en plena selva, sino que para transportar al público costea el ensamblaje de un barco que navegará sobre barro antes de llegar a un afluente del Amazonas. Cuando es un faraón el que se procura la eternidad ordenando la erección de una pirámide en el desierto, o un maharajá hindú el que decide preservar el recuerdo de su esposa amada haciendo construir el Taj Mahal, la megalomanía o el capricho se justifican como un privilegio del poder soliviantado por la riqueza. Pero cuando no se es el opulento armador catalán que patrocinó el genio de Gaudí, delirantemente desplegado en el Parque Güell, cuando se es apenas un espíritu peatón que divaga por la cartografía de Giordano Bruno, constelación de mundos habitados, la concreción de un imaginario sólo se puede sostener en un imperativo ético y en una voluntad a toda prueba.

Supongamos que eso sea el gestor cultural: un fabricante de realidades virtuales, un roturador de espacios de utopía. Aceptemos que no sea un agente de la continuidad sino del cambio. Aunque nacida de una *poiesis*, su empresa requerirá de un fuerte poder de realización y de una cierta capacidad para obtener recursos que la posibiliten. Ello justificaría el nombre de gestor, sujeto de la acción cultural que no se limita a gestio-

## Quinta columna

José Luis Herrera Arciniega

### Arreola, el tipógrafo y la televisión

Pocos escritores mexicanos han llegado a ser tan conocidos por el gran público, como fue Juan José Arreola. Véase el matiz: no digo que se leyeron sus libros, pero conocido sí fue, y hay que atribuirlo a la presencia que tuvo en la televisión durante los años 70 y 80.

Arreola llegó a tener un programa diario, en horario nocturno no desdeñable, en un intento de Televisa por dorar la píldora y dar efímera muestra de que *la cultura* también cabía en esa empresa. No faltaron críticas para Arreola por las apariciones cotidianas que tenía acompañado por Rocío Villagaría.

Para muchos, su presencia en la televisión era una sinrazón o una prueba de frivolidad. En 1990 —y no fue la única ocasión— fue contratado por la misma Televisa como uno de sus comentaristas con motivo del mundial de fútbol en Italia; su posible aportación se veía menguada por calores más propios de la pasión futbolera.

Planteo esto, las estancias de Arreola en la televisión, sólo para hablar de que amplios públicos supieron de él. ¿Cuántos lo leyeron? No demasiados, sospecho. Una cosa es consumir lo que presenta la televisión y muy otra es atreverse al uso del cerebro mediante la confrontación con la letra escrita.

En repetidas ocasiones Arreola alcanzó momentos luminosos frente a las cámaras. Por él supe valorar la obra de Gerardo Diego, a partir de la interpretación que el jalisciense dio a un soneto del citado poeta español. La plática de Arreola en esa ocasión me queda como una visión demasiado fugaz; pero ahí está, sin descontar lo que el soneto de Gerardo Diego me ha inspirado por cerca de dos décadas.

Me quedo también con las numerosas anécdotas que con los años fue desplegando Arreola con su plática. Arrobaba escucharle la historia de una vieja foto de él mismo a bordo de una bicicleta porque, además, esa gráfica a había tomado el propio Ernesto Che Guevara que trabajaba de fotógrafo callejero en su tránsito por México mientras preparaba su revolución.

Concluiré con lo obvio: más allá del recuerdo de un Arreola en la  *pantalla casera* —así se dice, ¿no?— estará siempre el sumergirse en los libros de quien en su juventud fuera tipógrafo y por tanto atribuya a esa condición su amor por los libros como objetos hermosos, con páginas de cajas amplias, letras que favorecieran lo que el autor escribiera. Murió, a los 83 años de edad, Juan José Arreola, jalisciense, un tipógrafo que logró una de las prosas más notables de nuestro idioma en el pasado siglo.

Daniel Monroy



Público en Casa tunAstral el 3 de agosto de 2001

## Bajo la cripta

Martín Mondragón Arriaga

### Terrorismo académico

La transmisión del pensamiento debe ser instantánea, en términos bachelardianos. Las ideas se difunden a través de la imaginación y ésta debe sembrar la necesidad en los alumnos o los individuos por aprehender del mundo y del orden cósmico. No en balde los pueblos nahuas creían en la benevolencia de la educación que permitía a los macehuales alcanzar asiento en la tierra para conformar el diálogo de la flor y el canto. En otras palabras, la educación para los nahuas es el umbral del diálogo entre el ser del hombre y lo divino.

Para lograrlo cultivaban la memoria y forjaban una disciplina en el trabajo y en la meditación. Eso permitía dialogar con los tlamatimini y bruñir a su vez una manera de concebir el cosmos. Los sabios nahuas sembraban la semilla de la curiosidad y la interrogante. Así, la universalidad del pensamiento náhuatl estaba asegurada.

En el pórtico del siglo XXI, la búsqueda de nuevas ideas no se concibe como una necesidad. El conocimiento está alejado de las aulas y los individuos no creen en las benevolencias del espíritu pues es más fácil ganar unos pesos vendiendo chucherías que sentarse a pensar e imaginar mundos posibles.

La educación universitaria no está sustentada solamente en el diálogo dentro y fuera de la aula. La investigación y discusión de las ideas resultan esenciales para la evolución tanto del pensamiento como del ser humano. Por ello, las bibliotecas públicas o privadas constituyen el espacio sagrado para la lectura y la reflexión, y las aulas deben fungir como aporadoras de la palabra.

Cuando en las universidades —léase Facultad de Humanidades— se utilizan prácticas coercitivas —asistencia obligatoria a clases, exposición de la materia en turno sin la asesoría suficiente, dirección inadecuada de lecturas, asistencia obligatoria a coloquios, etc.— para que los alumnos permanezcan en las aulas escuchando profesores neófitos o ignorantes supinos, la evolución espiritual y cognoscente es nula, y el pensamiento vacío.

Si se quiere tener alumnos en las aulas universitarias se deberá aprender de las prácticas humanísticas de la literatura náhuatl y de que el valor intelectual consiste en mantener activo y vivo el instante del conocimiento naciente —como diría Bachelard—; para ello, la intuición y la lectura son piedra angular de las universidades públicas y privadas, no del terrorismo académico.

nar las cosas sino que empieza por gestarlas, por concebirlas como proyecto de representación de un hecho simbólico, no el de la cultura en abstracto sino el de la vida cultural situada en el aquí y en el ahora de sus participantes, creadores y público, cómplices del mismo rito transgresor de lo cotidiano.

Ahora intentemos reconocer estos rasgos en la figura de Roberto Fernández Iglesias como patriarca de este sitio mítico llamado tunAstral, hoy convertido en territorio matriarcal. Aquí me voy a permitir una exploración en los palimpsestos de la memoria para reencontrarme con el rabelesiano personaje que conocí allá en mis mocedades y al que recuerdo apoltronado en el noble sitial de mi padre, mientras copiaba en estencil los manuscritos de sus compinches tribales (a veces también pinches y triviales, por qué no decirlo).

Para ponerle colorido local a la anécdota, traeré a cuento que en aquella ocasión venía yo con el encargo materno de pasar por el gasto doméstico al salir de la escuela. Estudiaba el segundo de secundaria en la Uno, hoy todavía situada junto a la iglesia del Carmen. Mi padre, que por entonces dirigía la revista *Magisterio*, tenía su oficina a la entrada de una casona antigua, sobre la avenida Lerdo, en la manzana de inmuebles que poco después sería derribada para levantar el actual palacio de Gobierno. Todo lo que tenía que hacer era recoger el dinero y atravesar la calle hacia el jardín de los Mártires, en una de cuyas esquinas se estacionaba un tráiler de la Conasupo adaptado como tienda de autoservicio, donde se adquirían artículos de la canasta básica, no de la mejor calidad pero todos a peso: a peso el paquete de pan, a peso la barra de jabón, a peso el paquete de dulces y así por el estilo.

Entre paréntesis debo aclarar que era gerente de la Conasupo el profesor Carlos Hank, quien tenía mucho interés en enviar a su tierra estos supermercados rodantes, que además de ganarles popularidad hicieron que las cosas se les pusieran a peso a sus competidores por la gubernatura del Estado. Volviendo a mi narración, ese día también el kilo de semillas se me puso a peso, por la frijoliza que descargó sobre mí el goliardo ocupante del despacho cuando, después de presentarse como nuevo secretario de mi progenitor e informarme que él había tenido que salir de urgencia, empezó a averiguar mis aficiones literarias. Creo que mi único error fue haberle comentado que acababa de ingresar en un curso de oratoria y declamación impartido por Víctor Massud. Eso fue suficiente para que me pusiera como estopa de machetero por andar perdiendo el tiempo en semejantes pendejerías y putamadrecas.

Para colmo, mi padre no llegaba y como la presencia descomunal de Roberto leyéndome versos de Gorostiza me infundía pavor, preferí regresar a la casa sin el dinero ni lo que tenía que comprar en el camión de Conasupo pero, eso sí, con un montón de *esperpentos* que, maldosamente, después les leía a mis primas o a las “testigas de Jehová” cuando visitaban a mi bisabuela, para hacer que se sonrojaran. Con el tiempo, me fui familiarizando con el Gordo y con su obstinada dedicación a picar estenciles mientras pontificaba acerca de la buena y la mala poesía. Frecuentemente me topaba con él en la mencionada oficina o en la del periodista Guillermo González, siempre frente a la máquina de escribir, poniendo cuidadosamente en limpio los textos, aunque no dejando de mentar madres cada vez que algo no le gustaba, ya fuese de lo escrito o de su propio trabajo.

En esa época, aunque ya se conocían las copias fotostáticas, resultaban demasiado caras, y el medio más económico para la reproducción de textos era el mimeógrafo. La mayoría de las escuelas tenían uno para imprimir sus exámenes y Roberto consiguió que le prestaran el aparato de la única Preparatoria existente en la ciudad; pero el préstamo no incluía a la mecanógrafa y por esa razón él personalmente se ocupaba de horadar las hojas de celulosa con los tipos metálicos de la máquina. A esa laboriosa tarea es a lo que se le llamaba “picar estenciles”, algo que Fernández Iglesias tuvo que hacer alrededor de ochenta veces para que aparecieran, con hebdomadaria regularidad, los *esperpentos* de la primera época de tunAstral.

A los cafés literarios fui pocas ocasiones, aunque sí estuve presente en el recital del Auditorio Miguel Alemán donde había más lectores de poesía en el escenario que espectadores en las butacas, a pesar de haberse vendido más de cien boletos, por cierto que de a peso por cráneo, y escuche pronunciar al ya patriarca de 24 años su frase célebre “en Toluca la gente paga por no oír poesía”. Debo advertir sin embargo, en tímida defensa de mis paisanos, que ese día cayó un aguacero digno del trópico y además creo recordar que esa tarde el campeón mundial de peso pluma Vicente Saldivar estaba defendiendo su corona frente al japonés Yomekura.

Mucho tiempo después he venido a comprender que la gestión cultural consiste precisamente en un acto de terquedad, en “picar estenciles”, en hacer oír literatura o en clavar agujones a la modorra ciudadana. Si alguien de fuera ha tenido que venir a hacerlo es porque a los toluqueños la persistencia no se nos da; mejor que nadie respondemos a la admonición del gran Renato: “No haremos obra perdurable, no tene-

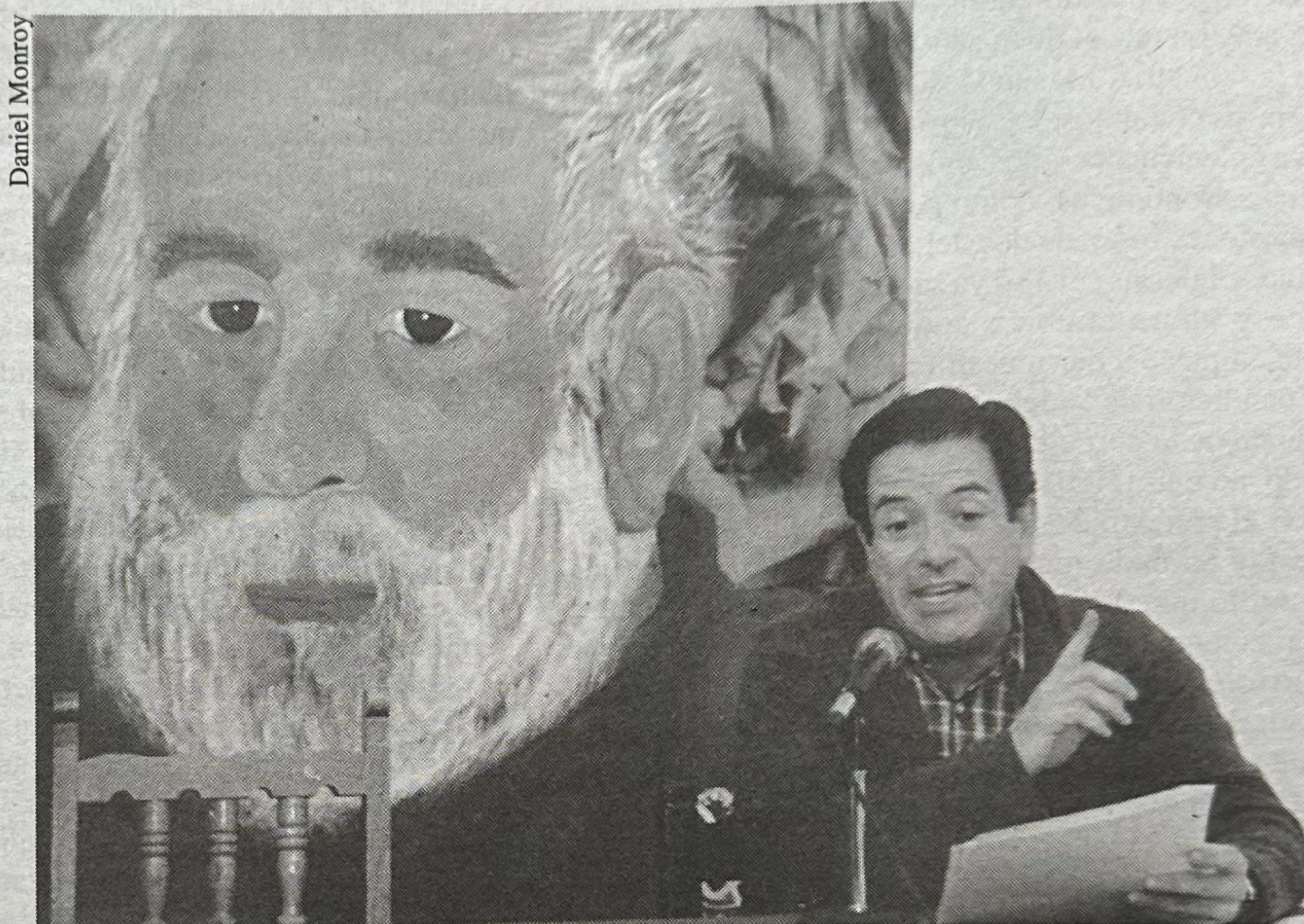
mos de la mosca la voluntad tenaz”. En mi ya no tan corta vida sólo he conocido a tres individuos realmente obstinados en el cumplimiento de sus propósitos: mi padre, que por alguna razón era conocido como el Mosquito, el chileno Carlos-Héctor González y el panameño Roberto Fernández Iglesias. Perdón, estuve a punto de omitir a una cuarta persona todavía más terca que las tres anteriores juntas: mi querida amiga Margarita Monroy Herrera. Pero de ella hablaré más adelante.

No soy el más autorizado para opinar sobre lo que haya podido significar para tunAstral el estilo personal de acaudillar la banda que desarrolló en su primera época el Gordo Fernández Iglesias, pero no me cabe la menor duda de que faltando él, la tribu no podría ser la misma; es más, ni siquiera podía ser, no porque era la fuerza motriz que le ponía músculo y nervios a esa región de lo imaginario. Roberto era el gestor de la común gestación y del gesto colectivo que encarnó en tunAstral para establecer una región mítica de la vanguardia tardía.

Lo que pasó después, es de sobra conocido. No dejó de haber cafeterías en Toluca, tampoco escasearon los escritores; de pronto lo que empezó a abundar fueron las instituciones culturales y los presupuestos para la realización de eventos y para la edición de variopintas publicaciones. Ya no era necesario pedir prestado un mimeógrafo ni ponerse a “picar estenciles” como lo hacía el Gordo. La chamba oficial de promotor

cultural empezó a ser muy disputada, porque cuando abundaban los recursos era posible organizar muchas cosas, y cuando no había recursos, simplemente se dejaban de hacer y de todos modos se cobraba la quinceña. Pese a todo, los mayores beneficiarios de la cultura han sido siempre no los que la administran sino los que manejan sus dineros. Ahí los problemas de gestión se volvieron problemas de digestión.

Ya era leyenda tunAstral cuando, hace diez años, regresó Ro-



Alfonso Sánchez Arteche con el lienzo de Genaro Silva al fondo

berto para refundarlo como utopía; tal vez con otros conceptos, con una mentalidad posmoderna y hasta empresarial si se quiere, como *negocio* (en tanto negación del ocio) pero desde el mismo punto de arranque, el de la acción dirigida: la conciencia de un qué y un para qué, antes de preguntarse por el cuándo, el cómo y el dónde. Si se entiende el mundo a la manera de Schopenhauer, como voluntad y como representación, considero que situada entre esas dos potencias la gestión cultural no puede ser sino una procura de las cosas a partir de un proyecto que les dé sentido.

Y aún me atrevo a suponer que si la actual etapa del proyecto tunAstral ha tenido sentido es porque se consume, presentación tras presentación, *cAmbiAviA* más *cAmbiAviA*, libro sobre libro, como un reiterado acto de amor, agonía y éxtasis, sonido y furia, chocar de huesos y crujir de dientes de la pareja infatigable que públicamente escenifica su idilio entre la tinta y el micrófono, a la manera de un concierto a cuatro manos, sin límite de caídas ni de tiempo. Algo nos toca de este fragor a quienes quedamos en medio y sin manera de evitar que nos lleven entre las ancas Roberto y Margarita.

¿Hay gestión cultural sin un qué y un para qué? ¿Cómo puede promover cultura alguien que desconoce la dimensión simbólica del hecho cultural? ¿Qué sentido tiene gestionar recursos para una tarea cuyas posibilidades se ignoran, cuyos efectos no se valoran de manera responsable, cuya sensación de gozosa gestación nunca se ha experimentado? El gesto significativo de abrir una grieta en el costado de la sorda realidad e instalar en ella una tierra de nadie donde concurra la mayor diversidad de voces auténticas, tal vez sea una meta inalcanzable, pero al menos fija un rumbo de acción.

El gesto hueco de gestionar eventos desde la opulenta rutina de los hábitos burocráticos es, cuando mucho, gesticulación, retórica de la continuidad, negación a la cultura como estilo de vida y como subversión de lo cotidiano, porque si una representación del hecho cultural no le cambia a uno la existencia, más vale que se vaya al fútbol, a un antro o al cibercafé.

Ya se hablará durante las próximas semanas del poeta, del catedrático, del amigo. En esta corrida de homenaje al maestro Fernández Iglesias por sus sesenta auroras boreales, me ha tocado en suerte lidiar con este ingrato tema de la gestión cultural robertiana, mismo que aquí remato, luego de algunos capotazos, con un pinchazo hondo y pescuecero, sin prometerles toro de regalo. Sólo quiero agradecerle a Roberto que aquel día, hace treinta y siete años, me haya apartado de la declamación y la oratoria, en las que quizás seguiría como muchos otros toluqueños. A él, a Margarita, y a todos ustedes les agradezco, desde luego, su paciencia y su amistad.

Casa tunAstral

Agosto 3 del 2001.

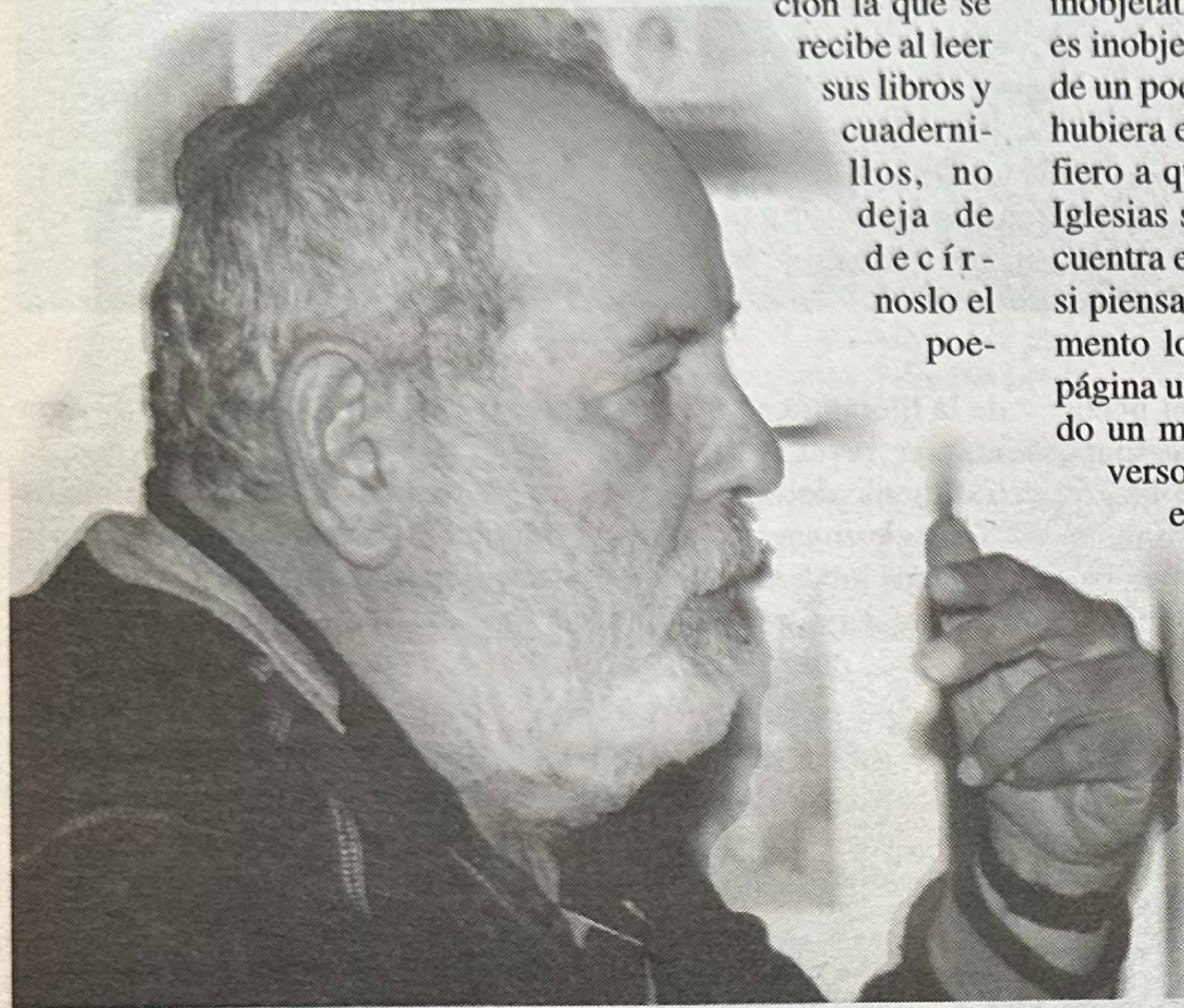
Roberto Fernández Iglesias: la poesía, primero y último placer

# Homenaje al poeta en su sexagésimo aniversario

Andrés González Pagés

En efecto, creo que salvo *Retrato parcial*, de 1985, que señala un momento de angustia, es indudable que para Roberto Fernández Iglesias escribir ha sido y sigue siendo un placer. Además de que

es esta sensación la que se recibe al leer sus libros y cuadernillos, no deja de decirnoslo el poe-



ta mismo en *Celebrar la palabra* de 1984 (p. 44), cuando luego de incluir como título de un poema los versos de Cernuda que dicen: "Para unos vivir es pisar/ cristales con pies desnudos", termina ese poema con esta anáfora de cortazarinos ecos:

*Es así cruzando un campo  
Es así en el amor  
Es así como si todo el tiempo  
Es así y basta.*

Se refiere aquí el poeta a ese enigma de nuestra existencia, que finalmente llevará a la muerte pero que antes da el placer de vivir, y no le interesa preocuparse más por el asunto.

Como José Carlos Becerra, Roberto Fernández Iglesias comenzó escribiendo en prosa, y fue después que se siguió por el verso. No sé, y para efectos públicos no importa, si antes de la prosa había escrito versos, porque el caso es que lo primero que publicó fue *Recits*, en 1969 o, incluso, lo primero que trascendió fue la prosa de ese librito, si es que antes de él hubiera publicado versos que yo no conozca. Y, como Becerra, nuestro homenajeado de hoy canceló con esta decisión a un magnífico prosista. Claro que Fernández Iglesias ha publicado más tarde algunas prosas en torno a su adopción de la Maga de Julio Cortázar, quizás otras más, pero, sin detrimento de la belleza de esas prosas, no dejaré nunca de lamentar que el magistral narrador de "De repente hoy" y de "Las huellas de Buda" se haya perdido. Pero, claro, Becerra ya murió, mientras que Fernández Iglesias sigue vivo. Podría ocurrir un milagro, aunque ni el poeta ni yo creamos en los milagros. Pero podría ocurrir.

Al leer y releer el primero de estos textos que cito, "De repente hoy", que es un cuento con todas las de la ley, y que es un cuento magnífico, no puedo sino recordar algunos de los más sonoros cuentos o novelas cortas que los escritores de la generación inmediatamente anterior a la nuestra acababan de publicar: *El viento distante*, de José Emilio Pacheco; *Narda y el verano*, de Salvador Elizondo. Y no puedo dejar de pensar que cuando menos por *Recits*, título publicado primero en Panamá, en 1969, y después en Toluca, en 1973, en *AbraPalabra*, al que como he dicho pertenece el cuento "De repente hoy", Roberto Fernández Iglesias podría formar brillantemente en la lista de los premios Villaurrutia, junto a los escritores que ya mencioné.

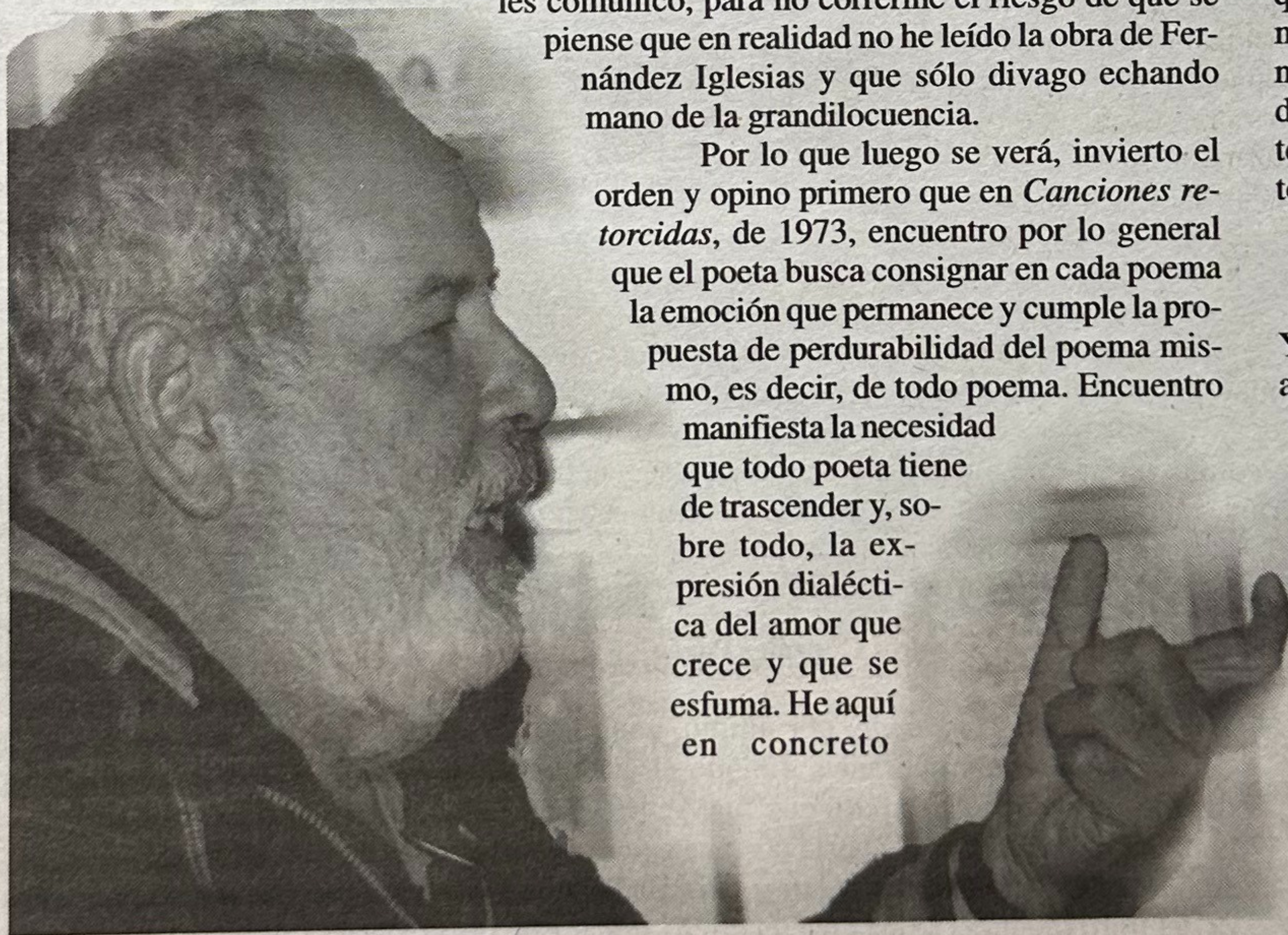
Respecto de los títulos de poesía de nuestro homenajeado, encuentro que hay en todos ellos, desde las *Cartas*, de 1969, hasta *En tiempo de recuerdo*, del 2000, la envidiable constante de los momentos luminosos. Me quedo corto: quiero decir, de los

momentos deslumbrantes, aunque este renglón resulte aquí rimado por partida doble.

Sin embargo, será bueno precisar que es a partir del tercero, *Soñar tu sombra*, de 1974, que recibo la sensación de la inobjetabilidad total. Aclaro ahora mismo que para mí la poesía es inobjetable, toda ella; pero eso no quita que durante la lectura de un poema que no he escrito yo no piense que de haberlo hecho hubiera escrito algunos versos o renglones de otro modo. Me refiero a que a partir de *Soñar tu sombra* los libros de Fernández Iglesias son para mí como cualquier libro de los que uno se encuentra en una librería y se pone a leerlos allí mismo, no importa si piensa uno comprarlos o no, el caso es que en ese mismo momento lo envuelven a uno con su magia, y al cerrar la última página uno se queda con la sensación, digo, de que se ha cumplido un momento importante, sin consideraciones de que si este verso me gustó mucho y aquel otro no tanto, sencillamente eso no ha existido en la lectura y uno se dispone entonces a vivir de mejor manera, porque ha tenido la enorme suerte de encontrarse con un maestro de la vida profunda. Ha vuelto uno a ser entonces, sin darse cuenta, el jovencito ávido de aprender, y feliz por estar aprendiendo, que era a los veinte años. Y sin embargo, por lo que ya antes dije, al rato comienza uno a releer el libro, porque claro está que lo compró, y comienza uno a subrayar los momentos de todos modos más deslumbrantes que el deslumbramiento general.

Aun así, veo también en cada uno de los dos libros que he aludido y que ahora nombro: *Cartas*, de 1969, y *Canciones retorcidas*, de 1973, veo en ellos, digo, algunas características particulares que ahora les comunico, para no correrme el riesgo de que se piense que en realidad no he leído la obra de Fernández Iglesias y que sólo divago echando mano de la grandilocuencia.

Por lo que luego se verá, invierto el orden y opino primero que en *Canciones retorcidas*, de 1973, encuentro por lo general que el poeta busca consignar en cada poema la emoción que permanece y cumple la propuesta de perdurabilidad del poema mismo, es decir, de todo poema. Encuentro manifiesta la necesidad que todo poeta tiene de trascender y, sobre todo, la expresión dialéctica del amor que crece y que se esfuma. He aquí en concreto



este decir de Fernández Iglesias:

*La viste crecer  
y siempre lo hacía  
Parece que cuando  
cesó su crecimiento  
dejaste de ver.*

Encuentro asimismo en *Canciones retorcidas* el azoro del poeta ante la experiencia de vivir el mundo y, por último, entre otras muchas cosas que no digo para poder hablar de otros libros, encuentro aquí la característica más importante de todo poeta, que es descubrir poesía donde otros no la descubren. La evidencia es el poema de la página 25, que ahora transcribo:

*Entraría al baño  
a sentir el frescor del agua  
Al desnudarse  
cerró la ventana  
y la ropa  
fue ordenada  
sobre una silla.*

Nada más. Parecería un poema inconcluso. Pero lo que el poeta nos dice

así, como el jaicuyista en el *hay cu*, es que el momento expresado es en sí poético y allá quien no tenga la sensibilidad para sentirlo de ese modo. No se necesitan aquí derivaciones anecdóticas que precisamente negarían el contenido poético de esa pintura verbal que sí provoca en quien es sensible, insisto, la sinestesia de ver un cuadro de cualquier pintor atento de la vida cotidiana, que los hay muchos, por fortuna.

*Las Cartas*, de 1969, he dicho ya, es un libro consistente de principio a fin por cuanto se desenvuelve en un mismo estilo desbocado propio de la euforia juvenil. Aparecen en él cuatro poemas escritos en verso largo, o en los que es frecuente o muy frecuente o constante el verso largo, estructura especialmente atractiva para mí, como ustedes saben, y que en este momento puedo identificar sin empacho como una muestra más de la euforia juvenil del libro entero. Resume este libro, además, toda la poesía eufórica que durante la década de los años sesenta se hizo en Hispanoamérica, así de atropellada o no, desde la poesía "nadaísta" de Colombia hasta la revolucionaria de Efraín Huerta o Mario Benedetti.

Es un librito bello, pleno de excesos, que lejos de darme la sensación de maestría de los que vendrán después me hace identificarme con la lectura en cada verso y en cada expresión, porque a mí también, como a todos nosotros en aquel entonces, nuestra época

*... nos enseñó a... mordidas  
y a cachetadas y a gritos de embriones deshojados  
y como a todos nosotros André Breton nos mandó  
... a buscar a Freud a la basura  
y nos envió*

*al carajo cuando se (le) te dio la gana...*  
Es bueno decir, de paso, que como en José Carlos Becerra, con quien ya ligué antes a Fernández Iglesias, y que es el paradigma mexicano del verso largo, encontramos por aquí y por allá, no ya nada más un verso corto entre estos largos que vengo comentando, sino algunos tradicionalísimos endecasílabos como los siguientes, no siempre armónicos por fortuna para no hacer del momento una consumada forma tradicional:

*Diez minutos después que se muriera  
Escribí una carta como poema  
Sin pararme a pensar lo que decía...*

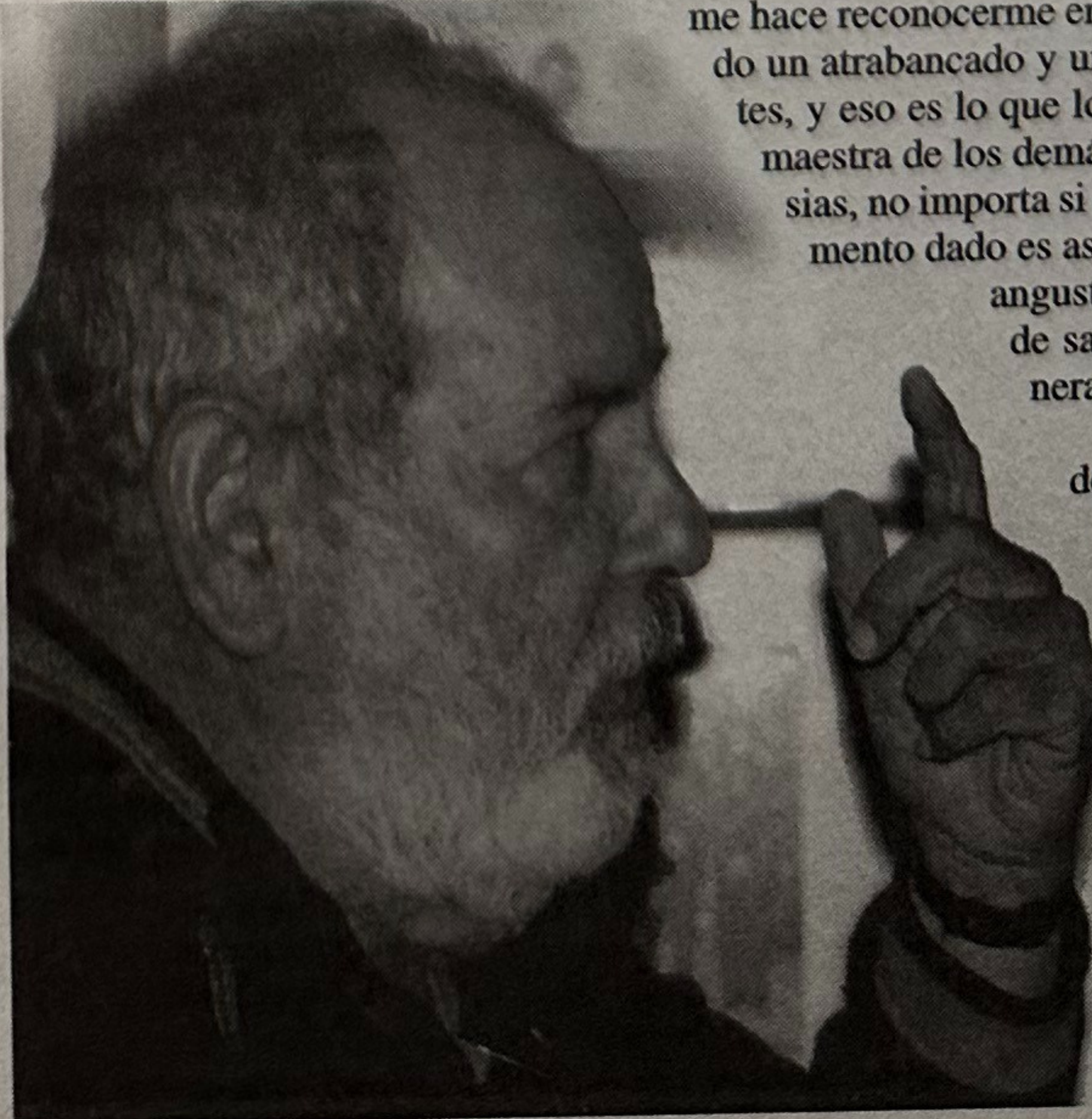
Y por fortuna, como en Becerra, Fernández Iglesias se apresura a anular el posible efecto tradicionalista anterior con este espléndido y compensatorio verso largo, larguísimo, uno de los más largos del poema, que es la carta "II":

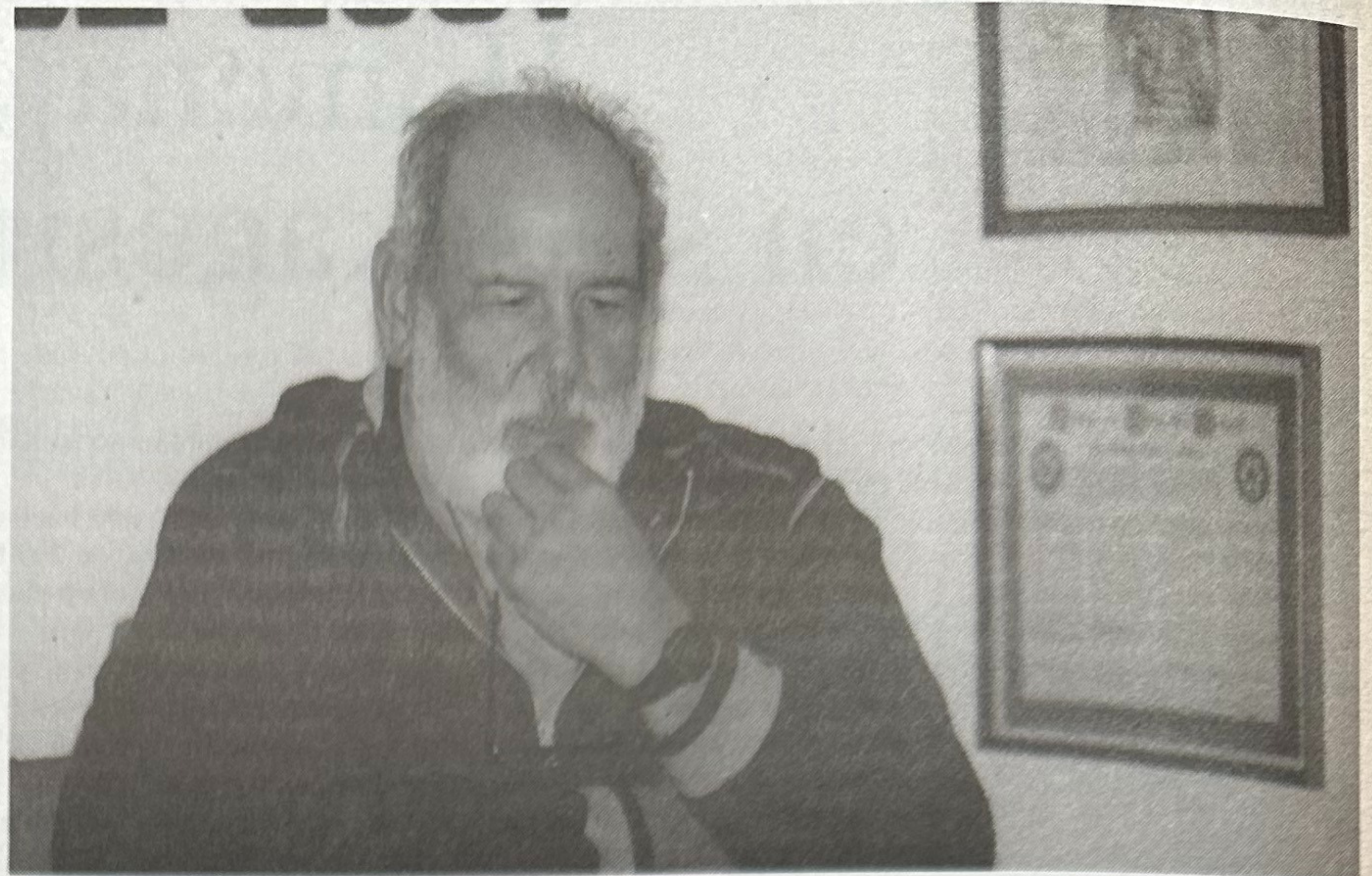
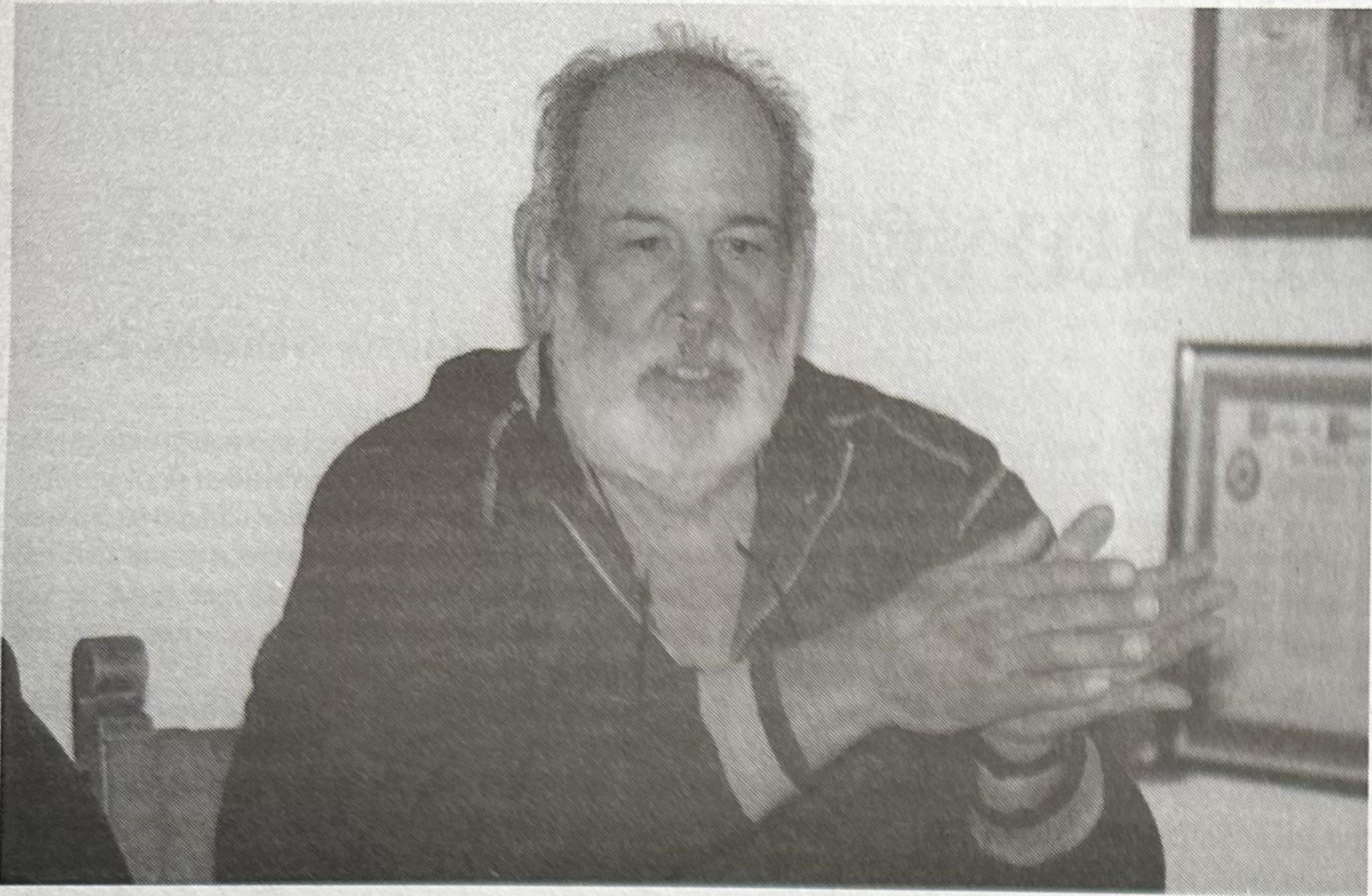
*... y la leí a Bessy que parecía disfrutar con que  
te hayas muerto.*

Desde luego, podrá advertirse también el poco solemne contenido de este verso largo, lo cual es el otro lado de este momentito clásico, a lo Arnold Hausser y a lo Herbert Read, en el que lo dicho por Fernández Iglesias y la forma como lo dice son el uno función de la otra; es decir, el contenido irreverente del disfrute de la muerte de Breton por parte de la personaje Bessy y el verso largo, antisoemne por antonomasia respecto de la forma perfecta que es el endecasílabo, máximo logro de las búsquedas petrarquiana y dantesca de la eufonía.

Pero sobre todo, digo, el bello librito *Cartas* me hace reconocerme en él, a mí que sigo hoy siendo un atrabancado y un eufórico a veces sin límites, y eso es lo que lo diferencia de la serenidad maestra de los demás libros de Fernández Iglesias, no importa si el poema que leo en un momento dado es asimismo eufórico, o triste, o angustioso. Una serenidad plena de sabiduría es la sensación general que de ellos recibo.

Por otro lado, *Cartas*, de 1969, viene a ser el antecedente del libro monumental de Fernández Iglesias, que es *Trastienda*, de apenas ayer, o sea de 1994. Este último bastaría para que la serie Libros de la Tribu, de tunAstral, fuera recordada sobre todas las otras series de libros y periódicos





Dos momentos robertianos

cos de tunAstral, pero que si sólo hubiera publicado este libro no sería serie. Es, insisto, un libro monumental. No sólo por ser todo él un solo poema, un poema largo de largo aliento, pero también por ello.

*Trastienda* está escrito con la escritura automática de los surrealistas, lo cual redondea en cierto aspecto uno de los temas de *Cartas*, pero que significa para mí la entera libertad del poeta Fernández Iglesias, quien con todo derecho opta, ya en la madurez, sobre el modo como quiere hacer su obra culminante, escogiendo ese modo entre la multiplicidad de todos los que el poeta ya maduro conoce. En su caso se trata precisamente del ejercicio de esa escritura automática que de paso deja muy claro, desde luego, que ha sido retrabajada como toda escritura profesional lo requiere. Porque la enseñanza surrealista de la escritura automática como tal ya se cumplió en sí misma en su tiempo y es ahora sólo un recurso, maravilloso, muy valioso, pero sólo un recurso literario más entre la infinidad que por fortuna tenemos para enriquecer y culturizar nuestro trabajo literario, si es que así deseamos hacerlo. En su obra culminante, Fernández Iglesias vuelve a rendir homenaje a Breton, como lo hizo en otro tiempo, al momento de la muerte del francés. Y es así como Fernández Iglesias consigna su postura cultural, ideológica, al acotar con un monumento su camino de poeta.

Con *Trastienda*, Fernández Iglesias cumple un deseo de Olivia, mi esposa, y mío, un deseo grande que hubiéramos querido haber visto cumplido por nuestro hermano Efraín Huerta. Varias veces le pedimos que hiciera un poema largo, y de largo aliento, como decíamos entonces, como *El cumpleaños de Juan Ángel*, de Mario Benedetti, que era el modelo a mano entonces, un poema monumental que fuera su mensaje culminante a los que veníamos detrás de él. Efraín nos prometió, como a otros de sus amigos, extender a tal grado el poema ya comenzado *Borrador para un testamento*. Pero al final no pudo o no quiso extenderlo. Claro que en este punto, como dice el *Yi Ching*, no hay culpa, faltaba más.

Se advierte en *Trastienda*, para su construcción formal, la lectura de Samuel Beckett, autor a quien el mismo poeta se refiere en algún momento de su obra. Participa, el narrador de

este poema de Fernández Iglesias, que desde luego es el poeta mismo, de la angustiosa progresión del pensamiento del personaje abstracto de la novela beckettiana *Cómo es*. Y, desde luego, también se advierte la presencia de James Joyce, maestro tanto de Fernández Iglesias como del propio Beckett, por el recurso común en nuestro tiempo y, desde hace mucho, de prescindir de toda puntuación.

de la literatura actual, Fernández Iglesias se engrandece todavía más, se revela una vez más como escritor de cultura y nos da testimonio de algunos de sus intereses, o mejor dicho de algunos de sus desintereses, muy importantes, como es su desinterés más o menos total, si se vale decirlo así, por la crítica. Así se burla de la voz que quisiera acallarlo:

... pobre hombre  
cree  
cree todavía que es poeta  
que escribir  
es llenar papel con palabras...

Y hay momentos en que esa crítica baladí casi lo vence:

... si quiero detener aquí **AQUÍ AQUÍ AQUÍ**  
**STOP ALTO PUNTO** déjame solo no leas más...

Por fortuna, el poeta llega hasta el final, constituido por cinco versos que repiten quince veces la súplica "por favor", en un cierre generacional humanizado que es la estafeta del cierre que José Agustín impuso un día a su novela *La tumba*, y que era, en aquel, el muy repetido "clic" del gatillo de la pistola con que el personaje en plena angustia se quita la vida. En Fernández Iglesias la súplica que digo nos hace esforzarnos por atenderla y porque en consecuencia no llegue él, y con él nosotros, a esa autodestrucción. En el momento en que el poeta pueda detener su súplica, será que las angustias que vertió a lo largo del poema han cesado también. Es decir, que se ha triunfado sobre la tontería que nos rodea, ésa que no quisiera que el poeta existiese. Y en todo esto se trasluce bien a bien la alegría que el poeta está sintiendo, ya en serio, profundamente, al consignar en su poema las angustias de todo poeta, el regusto de erguirse en representante de todos los poetas. Al decir esto yo, estarán ustedes de acuerdo, cumpla con el título de esta charla: Roberto Fernández Iglesias: La poesía: primero y último placer.

Felicito a nuestro poeta, a nuestro querido amigo, por su sesenta aniversario y le deseo que viva otros sesenta para beneficio de todos nosotros y de la cultura mexicana. Felicito a tunAstral por tenerlo como guía, y felicito a Margarita Monroy Herrera, su compañera, quien le ha organizado esta serie de pláticas de homenaje y quien representa otro punto del clasicismo que antes esboqué. Quiero decir con esto, ya ustedes lo saben, y todos lo comparten, que sabemos que son el uno en función de la otra, que no hubiera habido mejor compañera para Roberto, ni mejor compañero que él para ella.

Muchas gracias.

Casa tunAstral

Agosto 16 del 2001




Andrés González Pagés

Hay en *Trastienda*, por último, una marcada influencia de la novela contemporánea, aunque el asunto venga cuando menos desde ese otro André que fue André Gide. Sigue siendo contemporánea la cosa, y hasta coetánea, para decir con esto que sigue siendo cosa de todos los días. Se trata del tema de la hechura del libro mientras se está haciendo. Al tomar este otro recurso



Público atento a la lectura de Roberto Fernández Iglesias en la Sala Adamo Boori del Palacio de Bellas Artes



**Cafés Literarios**  
**tunAstral - UAEM**  
Atlacomulco

**miércoles 16 de enero de 2002 18:00 hrs.**

***Solitos y su alma***  
(disco compacto/música)

Pedro Sandoval y Jaime Alejandro  
Moderadora: Margarita Monroy Herrera

**Auditorio de la**  
**Unidad Académica Profesional Atlacomulco**  
**UAEM**  
Domicilio conocido  
San Francisco Chalchihuapan  
Atlacomulco, Estado de México

entrada libre



# Virgo: desde “Niño creciente” hasta “Hombre de mundo”

Angelina Nava

Hablar de Roberto Fernández Iglesias es hablar de humanismo, de amistad, de cercanía entre él y el presentador, cualquiera sea el nombre de éste, porque Fernández Iglesias tiene la virtud de ir regando amistad por el mundo, es un filántropo a pesar de sí propio. Por eso, al querer hablar de él y su obra, el presentador se ve tentado a contar la propia historia de su relación con el presentador. Hay que acercarse para salir en la foto, ¿no?

Me sucede que no soy la excepción. Por eso pido disculpas anticipadas por la anécdota personal un tanto al margen del homenajeado, pero le encuentro cabida aquí por tratarse de un homenaje entre amigos.

Mi acercamiento al pensamiento fernandiano se remonta varios años atrás cuando, al desenvolver el periódico que protegía un trozo de longaniza, me encontré con un relato que las manos del carnicero no pudo mutilar. Las manchas de grasa y la premura del tiempo no impidieron que mis ojos se posaran en el título del relato: “El niño creciente” que, de inmediato, atrapó mi atención. En él se trataba el problema del maltrato de los niños por los adultos que “sin mirar la debilidad natural que caracteriza a los niños, los castigan brutalmente golpeándolos con las manos y los pies, correas, varas, palos, látigos y algunos instrumentos dedicados y preparados únicamente para ese menester”. La trama es muy breve:

*Una vez una de estas personas que sufren ante el castigo que se inflige a los niños imaginó que al ser golpeado y gritado y zarandeado... uno de estos niños comenzaría a crecer de largo y ancho y espesor... quien imaginó esa situación fue concentrando su mente en impulsar ese cambio... una tarde... al ver a una madre que golpeaba a su hijo... se quedó con la mirada fija en la escena hasta que, de pronto, el niño, sin dejar de serlo, creció hasta lograr como tres metros de alto.*

Y así, continuó hablando el narrador sobre el susto de la señora debido al crecimiento del niño y ya en el epílogo sentenció:

*Y si a usted se le ocurre llevar adelante la amenaza que le haga a un niño, cuídese que nadie lo mire pues el método para hacer crecer a los niños en estado de ser golpeados está a punto de perfección y cada día se reclutan más vigilantes.*

Cuando concluí de leer el texto estaba tan alterada que ni siquiera intenté retener en la memoria el nombre del autor. Así que la hoja de periódico fue a dar al cesto de la basura junto con mis recién adquiridos propósitos de no volver a maltratar a mis hijos. Algún tiempo después me enteré de que la hoja pertenecía a *Vital*, suplemento cultural del desaparecido periódico *Rumbo*.

Si bien me deshice del texto, no pude quitarme de la conciencia el temor de encontrarme con uno de estos vigilantes. Temor que meses después se vio confirmado cuando —al perseguir a uno de mis pequeños para que se mantuviera quieto mientras atendía mi clase en la Facultad de Humanidades— un potente y vigoroso “ey, ey, ey, ¡Alto ahí!” me dejó con la mano en el aire y el alma helada. ¡Me había topado con el mismísimo vigilante!, digo, con el autor de “El niño creciente”: mi profesor Roberto Fernández Iglesias.

Y fue así como entre cursos de literatura y orientaciones pater-personales se fue forjando mi amistad con Roberto Fernández Iglesias.

Aquí me limitaré a hablar de su narrativa y más específicamente de los libros *Dieciocho narraciones breves* y *Falso contacto*, que son los textos narrativos, publicados, más significativos de Roberto Fernández Iglesias por que en ellos se compendia la evolución como escritor de un hombre dedicado plenamente a la vida literaria.

*Dieciocho narraciones breves* es el libro que, mediante “Una página diaria”, “Memorando abc-935”, “Opus operis” se convierte en el preámbulo de “Una visita al banco” para alejarse de “Una casa llena de gente” donde hasta “La foto del viejo Ezra” pa-

reciera ser “La otra mirada” de “El niño creciente” amante de un “Ventilador” y testigo de “El amor loco” entre “El poeta y su mujer”; “I remember you”; pero “Son todos oídos”, escuchando “El mensaje de las piedras” que cuentan la “Balada antigua y de amor entre el bibliófilo y la florista” que con gran “Unidad estilística” realizan un “Recuento” del “Fin del mundo”. Vale la pena jugar un poco con los títulos de las narraciones para que no se haga tan monótona la lista.

Por otro lado: “Falso contacto”, “Todos para una”, “Borrachera”, “La marejada”, “Exposición”, “Desencuentro” y “Hombre de mundo” son textos que componen el libro *Falso contacto* y enlistarlos así también es válido, pues son menos títulos.

*Virgo: desde niño creciente hasta hombre de mundo* es el título de la ponencia que me tocó preparar. Virgo es el protago-

En el primer libro, la narración “El niño creciente”, expone el proceso de crecimiento de un hombre desde su infancia hasta la edad adulta. “Falso contacto”, narración que le da título al segundo libro, es la recopilación de las experiencias de ese Ser.

Así que, en *Dieciocho narraciones breves* la obra de Fernández Iglesias expresa la búsqueda del propio ser a través del hacer: “escribir, buscar y encontrar pequeñas cosas siguen siendo suficiente para mi vocación”.

En cambio, en *Falso contacto*, el Niño ha adquirido “su tamaño regular” para encontrarse convertido en Virgo; pero Virgo se define a sí mismo como un “reaccionario, antirrevolucionario, por lo menos individualista, tráfuga, desertor de su propia patria” y es que “al pensar en mí ahora y aquí. Virgo, ese es un poema que yo conozco”. Aquí ya no es la búsqueda lo que predomina sino el conocimiento, la seguridad del propio ser.

Un viaje a través de la escritura también es un viaje por la vida y en ésta se gana y se pierde; hay amor y hay dolor; Virgo no es la excepción. En sus textos, Virgo manifiesta los dolores no confesados a los amigos, las amarguras contra el maestro que “lo empujó con su inconsecuencia a quemar el libro sólo porque él reaccionaba diferente, distinto, a las circunstancias del mundo”. Los textos que le fueron arrebatados y que ahora le obligaban a “repensar su novela, su novela detenida, el libro que iba a reivindicar al país”.

Este es el dolor más profundo para Virgo, la pérdida de la madre patria: “Panamá, Panamá, Panamá, repitió él en varios tonos y modulaciones, cada una diciendo más y menos que la anterior”.

Cuando el trote permite acercarse a Virgo se respira la misma idea de José Martí sobre la unión de Latinoamérica en un sólo país y “ser de este país y luchar por serlo”. “Ahí pensaba en el problema del país, cuál... y sabía que el país, el mío del cual no tengo ni un pedacito”. Virgo no es soñador, así que “tampoco creía en volver a Panamá de donde había salido o venir a México o ir a cortar caña voluntariamente en Cuba”. Sin embargo, la ironía reemplaza la impotencia porque “yo pensaba en el país... si yo entiendo que no puede ser más que una provincia del imperio



Carlos Olvera, Dionicio Munguía J. y Gustavo Velázquez Jr. en Casa TunAstral

nista de “Falso contacto” que para fines de estudio será identificado con el personaje narrador de “El niño creciente”. Virgo: del latín *virgo*, virgen, himen, sexto signo o parte del zodiaco, Virgo también, son las personas nacidas bajo este signo. Según la definición del diccionario. Virgo=virgen, lo que no ha tenido artificio en su formación; lo auténtico, lo inviolado, lo no tocado, el contacto que no ha logrado establecerse: el *Falso contacto*.

Virgo: desde *Niño creciente* hasta *hombre de mundo*; un niño en proceso de crecimiento, un hombre en proceso de envejecimiento. Dos individualidades, dos entidades en continuo proceso de cambio. Los dos recorridos de un acantilado: la subida y la bajada, la ida y el regreso.

*Dieciocho narraciones breves* representa la primera parte del recorrido: la subida, la lucha contracorriente, el entusiasmo por alcanzar la cima. *Falso contacto* es la contraparte, el descenso, el retorno al punto de partida. El reencuentro consigo mismo. El balance del viaje.

Todo viaje a través de la escritura trae intrínseco el deseo de trascendencia, de permanencia más allá de la existencia física. En los textos fernandianos este deseo de trascendencia se llega a descubrir a través del opuesto, a partir de la negación que es reiteradamente obsesiva y comienza con “La foto del viejo Ezra” cuando declara: “la verdad de mis intenciones han sido menos ambiciosas. Mucho menos. Me basta conseguir una arruga de éstas,

arruga de vida, de sueño, de poesía”. En el monólogo “El poeta y su mujer” enfatiza: “si me encontraba de pronto vuelto famoso y genio era lo de menos”. Al hablar de su afición a la escritura, su propósito es escribir “Una página diaria” y cuando concluye “ya he llenado la página diaria, he cumplido”, pareciera que realmente lo hace por mero trámite. Sin embargo, cuando externa su pensamiento de que “lo que de verdad puede hacer un escritor es escribir, y bien”, se nota la preocupación de trascendencia.



Firmando autógrafos



José Luis Herrera Arciniaga y Angelina Nava en Biarritz

romano o gringo o socialista, qué carajo este no es imperio sino bloque” y antes de rendirse explica: “pasé muchos trabajos por decir la verdad, por insistir. Por hablar sobre el heroísmo hollywoodesco donde un hombre no tiene ningún problema con su mujer y sale a cazar indios, japoneses, alemanes o vietnamitas, según el odio en turno”.

En la naturaleza de la vida se halla presente la sexualidad y ésta se ve reflejada en las narraciones de ambos libros; incluso se nota cierto placer en el relato de las situaciones sexuales. “Todos para una” es una verdadera orgía de sentimientos donde lo patriótico se une a lo humorístico y esto a lo irónico diseminando toda suerte de frases que remiten a varios significados todos amalgamados en un relato donde el narrador se queda al margen de lo narrado con el afán de poner al lector a desenmarañar cada cuerpo significativo mientras se masturba el deseo de igualar el genio contenido en el relato. No hay razón para preocuparse porque el lector puede encontrar el hilo narrativo si considera que todo “fue en la granja de Yenyiscán...” Y si revisa el “Memorando abc-935” verá que “la acusación de pornografía es digna de consideración, dado que fue tan agradable y tan vital y tan dulce y tan... que se superaron, con mucho, todos los niveles posibles de obscenidad”.

Acelerando el paso se nota que algunas de las fantasías sexuales de Virgo dejan un sabor de artificio, de imaginiería, de sueños no realizados donde el incesto es otro “Desencuentro”; “pura ficción sexual” confiesa él mismo.

Después de recorrida cierta distancia dentro de las *Dieciocho narraciones breves*, el lector se topa con cierto paraje agreste denominado “Balada antigua y de amor entre el bibliófilo y la florista”. Este paraje se caracteriza por la egolatría del protagonista, que al hablar sobre mujeres expresa que “vino a gustarle a algunas y sin él darse cuenta lo esperaban para dejarse acostar sobre la hierba”. Al regreso del viaje, en “Falso contacto” se hace aún más manifiesta la egolatría de Virgo al pretender que “piscis tiene mujeres que se le entregan con facilidad a Virgo, al grado que necesita huir de ellas, esconderse de ellas, negarle a esas mujeres tan demasiado afines el placer de su compañía”. Esta declaración resulta cándida pues suele provocar alguna reacción del público femenino que, incluso, puede llegar a sentirse ofendido con “El mensaje de las piedras”.

Al recorrer paso a paso las páginas de sus libros es evidente la intertextualidad que se da en un “Recuento” que Fernández Iglesias hace de *La metamorfosis* de Kafka, recuento maravilloso que me permito transcribir aquí:

*Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, encontrarse en su cama convertido en una terrible historia maravillosa con prólogo de Jorge Luis Borges.*

También hay alguna reminiscencia de Neruda porque, después de leer *Falso contacto*, “ya no somos los mismos”.

Al acompañar a Virgo en su recorrido por la vida, se puede apreciar que la idea subyacente en todas y cada una de sus propuestas es el convencimiento cada más contundente sobre su soledad (solitariedad, diría él); y es que “al final uno duerme tibiamente y solo, no de soledad en la que no se cree”, sino la soledad que, a la manera de Wilhelm Reich, siente un hombre cuando comprende que su pensamiento ha trascendido el de los demás y que por más que busca interlocutor apenas si logra encontrar un débil eco en sus contemporáneos. *Falso contacto* es el compendio de esta inquietud que incluso prologa con un texto de *Rayuela* de Julio Cortázar:

*No, pero pensándolo francamente*

*Lo más absurdo de estas vidas*

*Que pretendemos vivir es su falso contacto.*

Esta soledad le acompaña en todo su recorrido por la vida —tanto de ida como de vuelta— puesto que aunque halla otros caminantes a su alrededor, “ninguna piscis es capaz de intuir lo más mínimo de su pensamiento, del pensamiento virgen, rígido, marmóreo, himenado sin remedio”.

Sin embargo, a pesar del convencimiento del *Falso contacto*, es posible un acercamiento a Virgo cuando se le descubre en la intimidad “sin el maquillaje de hombre de mundo”.

Virgo es un hombre decepcionado de la vida: no de la función, sino de aquellos seres que componen y comparten el espacio vital: “Inútiles, pensó Virgo de la gente que ya había llegado”. Es una decepción que se fue forjando desde “El niño creyente” cuando en “La foto del viejo Ezra” describe la situación en casa de Gabriel y habla de “esos que se creen intelectuales porque dejan caer nombres, porque dicen frases célebres que nadie, ni ellos mismos, apunta”.

Al pensar en sus congéneres, Virgo determina que “hay dos clases de gente. Los que no entienden por más que se les explique, no se puede hablar con ellos. Tampoco se puede y no es necesario con lo que ya saben y entienden”.

Disminuyendo el ritmo del trote se aprecia mejor el paisaje y entonces se descubre cierto dejo de baja estima que se puede apreciar en el diálogo interno que, en “Hombre de mundo”, Virgo sostiene consigo al observar “que ella escribía. No copiaba sino que sacaba las cosas, río, las cosas, serán las palabras, idiota, las ideas, bueno, sí, lo que sea”. Ese “idiota” es una forma de menosprecio hacía sí propio. Este mismo sentimiento se nota cuando el narrador habla de que “Virgo llegaba a sentir nostalgia de lo que no conocía. Él mismo se enteró leyendo a Eliot. Era un tipo repugnantemente leído y andaba haciéndose el rudo”. Ese “repugnantemente” y “andaba haciéndose” confirman la idea de la baja estima. Baja autoestima que también se puede observar en



Dionicio Munguía J., Roberto Fernández Iglesias y Martín Mondragón Arriaga

*Dieciocho narraciones breves* cuando en “El poeta y su mujer” habla de la relación entre ellos y recuerda que “ya no me mirabas igual. Casi casi era un gusano egoísta frente a los ideales de progreso y redención”.

Virgo es un hombre maduro físicamente, aún no viejo, aunque ha rebasado la medianía de edad, hasta el punto de ya no ser atractivo para una joven y aunque “tampoco él estaba interesado en que le haga caso. Ese sería un buen pretexto para sentirse viejo”.

Hacia el final del viaje, el pesimismo se aferra de Virgo. Su gran pasión le ha abandonado, “ya no escribía, qué iba a escribir. Todo estaba escrito. Sólo los jóvenes creían poder agregar algo a tanta cosa como ya se había escrito, dicho y hecho”.

Al hacer un recuento del viaje, concluimos que *Dieciocho narraciones breves* sería la bitácora del viaje; en cambio, el balance llevaría a establecer la realidad de las experiencias vividas por el narrador que concluyen en *Falso contacto*: la inexistencia de una comunicación plena con los seres que le rodean.

En *Dieciocho narraciones breves* se muestra aún la ansiedad del joven; los relatos son cortos, concisos y hasta precisos si no hubiera cierta ambigüedad en esta última palabra.

Como contraparte, los relatos de *Falso contacto* muestran la mesura que da la madurez, mesura que quedó patente cuan-

do “Virgo salió despacio. No arrastró los pies pues aún no era tiempo, ya lo haría mañana. Pronto. Algún día, alguna mañana de éstas”.

Desde que tuve conocimiento de causa comencé a caminar, literariamente hablando, de la mano de Fernández Iglesias que me enseñó a amar las arrugas de vida de Ezra Pound, la música de John Coltrane, las fotos de Diane Arbus y los cuadros de Alvarado. A admirar a los grandes escritores y a despreciar la mala literatura.

Por eso el poder decir algo acerca de su obra es un honor que agradezco profundamente a Margarita por habérmelo permitido. Gracias.

Café Literario tunAstral

Restaurante Biarritz

Agosto 13 del 2001

Roberto Fernández Iglesias. *Dieciocho narraciones breves*. Ediciones Gobierno del Estado de México, Toluca, 1984. 55 pp.

— *Falso Contacto*, Ediciones del H. Ayuntamiento de Toluca, Col. Becarios, Toluca, 1996. 55 pp.



H. AYUNTAMIENTO DE TOLUCA



## Aviso importante

### A los contribuyentes del impuesto predial en el municipio de Toluca:

Se les comunica que por el pago anual anticipado de este impuesto recibirán una bonificación del 10% si lo realizan en el mes de enero, del 8% en febrero y del 6% en el mes de marzo, en el entendido de que ningún pago podrá ser inferior a tres días de salario mínimo vigente en Toluca, esto es de \$ 114.90 (Ciento catorce pesos 90/100 M.N.).

Quienes pagaron en tiempo el impuesto predial en los años de 2000 y 2001, recibirán como estímulo una bonificación del 7% en enero y el 5% en febrero, en inmuebles destinados a casa habitación.

Quienes se presenten espontáneamente a regularizar su situación fiscal, que tengan adeudos a su cargo causados en el ejercicio fiscal del año 2001 y anteriores, gozarán de un subsidio del 50% en los recargos que se hubieren generado, durante los meses de enero a junio del año 2002.

Su pago lo puede realizar en la oficina central o en cualquiera de las agencias fiscales, en los horarios que se especifican a continuación, durante los meses de enero a marzo del año 2002.

**Oficina central:** Edificio C planta baja, Plaza Fray Andrés de Castro, Centro, de 8:30 a 17:00 horas de lunes a viernes; sábados de 9:00 a 13:00 horas.

**Agencias fiscales:** de 8:30 a 16:00 horas de lunes a viernes; sábados de 9:00 a 12:00 horas, ubicadas en:

1. Santa Cruz Atzacapotzaltongo  
Río Papaloapan No. 402-A.

2. San Lorenzo Tepaltitlán  
Hidalgo No. 407, Local D.

3. Santa Ana Tlapaltitlán  
Calle Juárez No. 13, Locales 4 y 5.

4. San Pablo Autopan  
Edificio anexo a la Delegación Municipal,  
Calle Ignacio López Rayón, Centro.

5. Capultitlán  
Edificio de la Delegación Municipal  
Plaza Allende, Centro.

6. San Mateo Oxtotitlán  
Plaza Central a un costado de la Delegación Municipal.

7. San Cristóbal Huichochitlán  
Carretera a Naucalpan, junto al rastro municipal.

8. Oficinas de Agua y Saneamiento de Toluca  
1º de Mayo No. 1707, Zona Industrial,  
Toluca, México.

### Mayor información:

- Módulo A del Edificio C, Plaza Fray Andrés de Castro, Centro, Toluca, México, o al teléfono 2 14 88 00
- Oficina de Asistencia al Contribuyente, Edificio B, primer piso, Plaza Fray Andrés de Castro, Centro, Toluca, México, o a los teléfonos 2 76 19 57 y 2 76 19 00, extensión 317.

# De sonoras carcajadas y otros *Converse*

Diana Marengo

La primera vez que vi a Roberto fue el segundo día de mi primer semestre en la Universidad. Era el último profesor que me faltaba conocer, los demás ya se habían presentado en ese ambiente calentamotore de inicio de semestre, donde todos salen temprano y nadie hace nada.

Así que para las 11 de la mañana de ese martes, un salón de 81 personas esperaba al profesor de Taller de Investigación y Redacción. Apareció Roberto. La impresión de verlo duró hasta que vino la otra de oírlo. Apuntó la bibliografía. Después de esa información llegó la segunda: sólo 2 por ciento de los estudiantes de la facultad se titulaban; tomando en cuenta que en ese salón no habíamos ni 100 personas, quizá uno de los que ahí estábamos se titularía.

Luego de eso, escuché la primera anécdota, de las muchísimas que he oído de Roberto. Resulta que, por algún motivo, uno de sus alumnos había interrumpido sus estudios y visto en la necesidad de trabajar como repartidor de Bimbo. Cuando el muchacho tuvo oportunidad de regresar a los estudios prefirió la opción de su sueldo como repartidor a la incertidumbre del futuro de un profesional. La propuesta de Roberto era que nos dejáramos de tonterías y agarráramos desde ese momento nuestro camión de Bimbo, o un carrito de hot-dogs, o hasta un puesto de tortas.

Recuerdo que el ambiente se tornó incómodo. Primero, la mala ocurrencia de aquel profesor de poner bibliografía, cuando muchos ni conocían la palabra. Después, aquello de que no perdiéramos el tiempo ahí. Para las pretensiones de un estudiante universitario eso era un insulto. Para algunos, porque suponíamos que seríamos de aquel dos por ciento; para otros, porque acababa con la anhelada ociosidad disimulada tras cuatro años de escuela.

Recuerdo que yo lo observaba. Tres cosas me llamaron la atención. Su gordura, por supuesto, su barba, sus Converse, y su cinturón. Ante tal tamaño de hombre, la playera fajada y el cinturón, me parecieron más osadía que los demás. Había pasado ya un rato y Roberto preguntaba cuáles eran nuestros intereses, para qué estábamos ahí, de qué preparatoria veníamos. En un tono algo más serio (nunca grave) dijo que si pensábamos quedarnos y no seguir su consejo de buscar algo mejor, empezáramos el curso la siguiente clase.

Para ese entonces, todos estaban entre enojados y desencajados. La charla sobre la universidad y nuestro futuro había sido demasiado para un día, el segundo de la carrera. Ya para terminar, después de que Roberto preguntó si había dudas o comentarios, y como era de esperarse, nadie quería abrir la boca, una alumna levantó la mano. Vi la disposición de Roberto ante la reacción de al menos una persona en el salón. Todos volteamos algo fastidiados, pero finalmente ella formuló su pregunta: ¿Profesor, cómo va a calificar? La carcajada de Roberto fue estruendosa, y contagió a algunos, pero los demás estaban ahora sí ya molestos, porque en el fondo, ellos también querían saber lo mismo. No hubo respuesta a esa pregunta sino hasta la clase siguiente. Roberto terminó la clase en cuanto paró la carcajada. Esa fue la primera vez que vi a Roberto, la primera que oí sus sonoras carcajadas. Cuento esto porque no ha sucedido una sola vez, desde entonces, en que no haya habido algo de eso en las clases de Roberto.

Conocer a Roberto como profesor me llevó horas de cabaretera, de ficha y nalga, como él dice, y las afinidades académicas me hicieron repetir la experiencia varios semestres más. La afinidad humorística devino en camaradería y todo lo demás es consecuencia de ello. He sido alumna, adjunta y amiga de Roberto. También me asesoró la tesis. Así que si hay que hablar de Roberto el académico mis memorias se disparan en todos esos sentidos.

Como ya dije, conocer a Roberto como profesor te lleva horas de ficha y nalga. Eso quiere decir, y cito a Roberto, estar sentada frente a un libro, fichar, investigar, hasta que las nalgas te duelan o se te borre la raya. Si no entiendes, o te confundes, porque la teoría nunca es fácil, Roberto encontrará las mil y un formas de explicarte con el mismo número de ejemplos.

De esa manera uno aprende desde cómo hacer una ficha bibliográfica y poner una nota al pie, o cómo poner una cita, o cómo ordenar los nombres en una bibliografía, hasta qué es len-

gua, habla, lenguaje, signo lingüístico, sintaxis, semántica, pasando por el modelo de comunicación en Jakobson, la doble articulación, la gramática generativa de Chomsky y la semiología de Barthes. En fin, aprende unos puras groserías.

El método es relativamente sencillo, eso sí, siempre el mismo, unas lecturas, ajustadas al Plan de Estudios de la carrera, un trabajo o un examen, primera y segunda vuelta, una y dos oportunidades para pasar, y ninguna concesión.

En el fondo, el curso es efectivo, atractivo y divertido. De cumplir con los requisitos hasta repites la experiencia. Pero en la forma no sucede lo mismo y como en Roberto, más que en ningún otro caso, la forma es el fondo, su característica principal como profesor, se encuentra precisamente ahí.

Lo primero que uno aprende respecto a la forma de la clase es que Roberto es Virgo y es metiche, así que tienes libertad para entrar y salir cuántas veces quieras del salón, pero te cuidarás de no hablar porque lo distraes, y no es que haya castigo, sino que no descansará hasta que le cuentes de qué hablabas, lo cual es incómodo para todos, además de romper efectivamente con el ritmo de la clase. Y digo ritmo porque no es raro ver bailar o cantar a Roberto en clase con cualquier pretexto.

Roland Barthes dice que para un profesor es difícil ver las notas que se toman en su curso, no le interesan, ya sea por discreción, ya sea, lo más probable, por miedo de contemplarse reducido, muerto, insustancial; como un jibaro tratado por sus congéneres; no se sabe si aquello que se tomó (deducido) del flujo del habla son enunciados erráticos (fórmulas o frases) o la sustancia de un razonamiento; en ambos casos, lo que se pierde es el suplemento, allí donde se adelanta la apuesta del lenguaje: el resumen es una negación de la escritura.

De esto se desprende que lo otro que no se puede hacer en clase de Roberto es tomar notas, lo cual molesta a más de uno, sobre todo cuando se tiene la esperanza de que el profesor resume lo importante y ahorre el trabajo de leer. Roberto no lo permite, porque no le gusta que lo citen, entre otras cosas porque lo citan mal. Además, nada de lo que se viera era ajeno al texto leído.

Lo demás era pura lata. Si le dices *maestro* te detiene y te pide que le digas Roberto, porque aquí le dicen maestro a cualquier chingadera. Si le hablas de *usted* no hace caso, porque dice que él a usted no lo conoce (casi siempre canta "yo a usted no lo conozco"). Los alumnos se descontrolan porque la mayoría, si no es que todos, no entienden el por qué de la aclaración, y tampoco lo preguntan, porque piensan que es broma. Por supuesto no he sabido de nadie a quien su curiosidad le haya llevado a descubrir algo que, como casi siempre con Roberto, lleva una carga académica. Si alguien dice *bueno*, como muletilla, dice *gracias* cuando se trata de una mujer y pone un alto cuando se trata de un hombre. Tiene la vista más rápida, así que siempre verá si te asomas por la rendija del salón para no entrar, se va a parar y te invitará a pasar, seas o no seas alumno de la clase. Además dice groserías. Eso le gusta a todos.

Así que la decisión de tomar clases con Roberto se divide: están los que ni muertos tomarían clase con él; quienes reconocen que es un buen profesor pero no lo soportan; quienes se divierten y no entienden nada; y quienes lo disfrutan.

De cualquier forma, aprendes. Aprendes cosas que van más allá de la academia. Aprendes que lo doctor no quita lo pen-

dejo; que en la relación profesor-alumno, el primero es la piedra y el segundo el huevo; que en guerra avisada no muere soldado, a menos que sea soldado pendejo; que hay una clasificación de infinitos entre los que están lo incontable y lo innumerable; aprendes quién es Bernardo Reyes o Pablo Latapí Sarre. En fin, aprendes.

Cuando fui su adjunta, también me enseñó, sólo que esta vez me enseñó a enseñar. La experiencia es distinta porque estás

del otro lado y lo que piensas que para el profesor es divertido ya no lo es. Y sin embargo, he visto a Roberto más como profesor que nunca. Lo he visto disfrutar una clase y perderse en reflexiones sobre el lenguaje, he visto el fastidio de dar un tema por visto, cuando no hubo el menor interés por leer el texto. Aprendí que los programas de estudio se hicieron para seguirse, y que la libertad de cátedra no debe ser escudo de la ignorancia o irresponsabilidad de un profesor. Aprendí que no importa qué tan conmovedora sea la historia que un alumno te cuenta, sea cierta o no, las condiciones deben ser las mismas para todos. Que la universidad debería ser autodidacta y meritocrática...

Aprendes hasta de mierda: Una ocasión en la que nadie había leído Roberto dijo que se aprovecharían las horas de clase, así que propusieron algún tema. Después de varios minutos de silencio, Roberto preguntó: ¿Cómo cagaban los borregos? Alguien contestó que en tiritas, otros que en trozo, Roberto dijo que no, que en bolitas. Después preguntó sobre cómo cagaban los perros. Las respuestas esta vez fueron más entusiastas, pero poco atinadas. Luego preguntó cómo cagaban los

pájaros, las vacas, los caballos. Y así de pronto el grupo estaba enfrascado en una plática de mierda entre olores y consistencias. Al final Roberto sentenció: "Jóvenes, con ustedes ni de mierda se puede hablar".

Como asesor, siempre tiene tiempo. Empiezas un día no sabiendo de qué vas a hacer la tesis exactamente, luego, el mismo método, leer y fichar todo acerca de tu tema, cuando hayas decidido que hasta ahí quieres llegar, haces un índice, escoges tus fichas en consecuencia, escribes la tesis, las conclusiones, la introducción, dejas el proyecto para el final y la acabas. Las citas con Roberto pueden ser en la escuela, en algún museo, en un café, o en su coche, como cuando me explicó *El grado cero de la escritura*, una mañana en Toluca, mientras hacíamos diligencias.

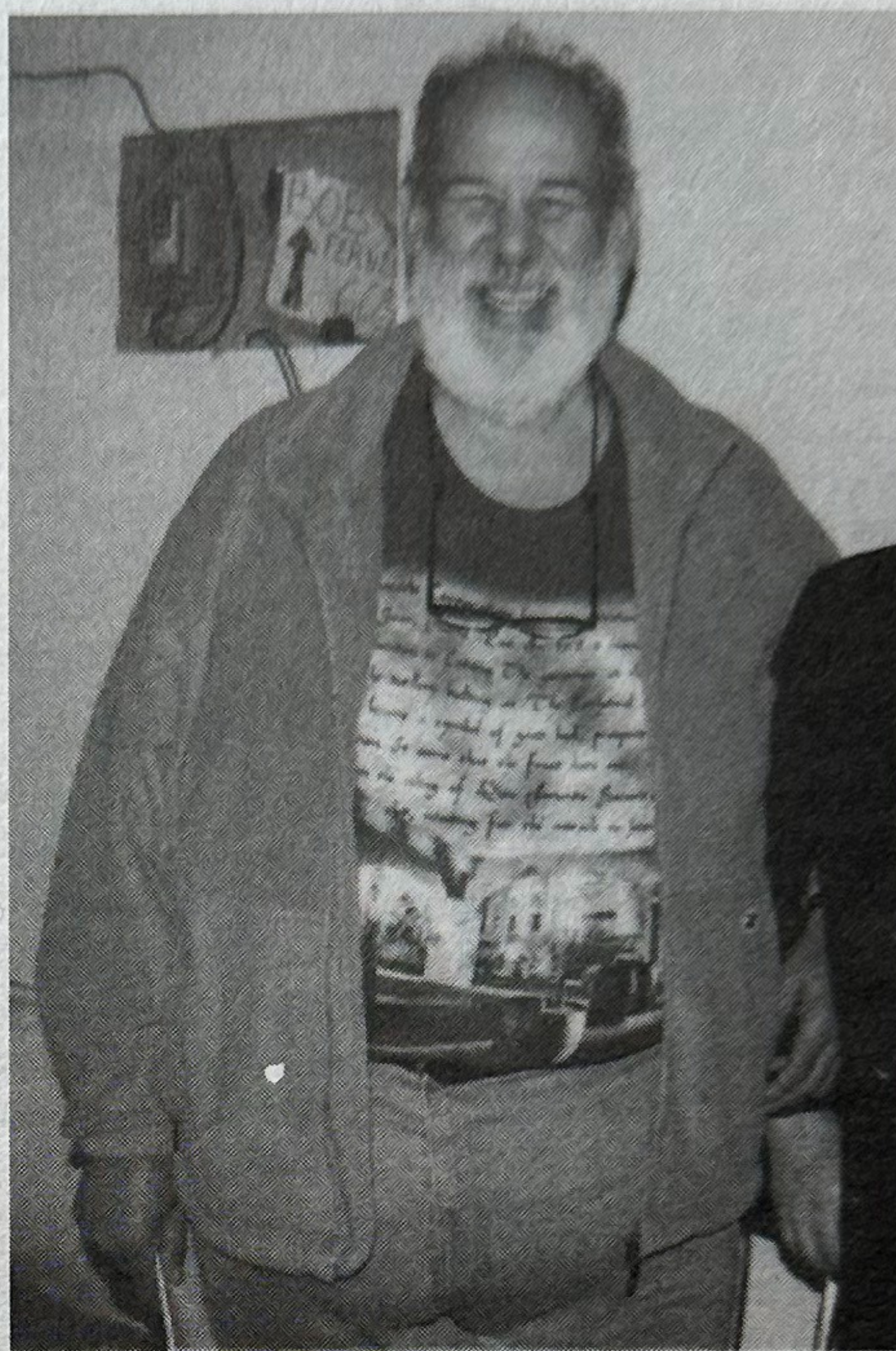
Así he vivido a Roberto, como académico y como amigo. En el camino estrechamos lazos de solidaridad, de apoyo, de confianza y de cariño. La clase que ahora tengo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y mis logros académicos no hubieran sido tan fructíferos sin su apoyo. Después de todo es un apoyo de peso.

Desde que lo conocí es el mismo gordo latoso, académico responsable y serio, pero nunca grave. Que da de qué hablar nada más verlo pasar, y del que se podría hacer una lista de mitos y realidades. Hasta el que no lo conoce, alumno o profesor, lo describe, de vista o de oídas. ¡Ah, sí, es un gordo que es anarquista!, ah, sí, es marxista; es bueno pero se burla de los alumnos ¿no?; es muy estricto, es muy enojón, no te metas con él porque reprueba a todos; su único mérito es venir desde Toluca.

Yo sé de él algo más. Que atrás de su desparpajo hay un orden trabajado. Que prefiere el placer del texto a las seguridades del método. Que es serio, responsable, pero nunca grave. Con una inmensa vocación de profesor, aunque el hastío le llegue. Que es generoso y buen amigo; que habla siempre bien de sus amigos, que cuando está enojado no habla; que su vicio se llama Margarita; que es aprendiz de todo; que ejercita su memoria; que le gusta Beckett, Hemingway y Cortázar; que le gusta el jazz; que su color favorito es el naranja; que le va a los Yankees de Nueva York...

En fin, Roberto me ha dicho que su último día de clases en la facultad, usará traje. Será la única vez que ese recinto y quienes ansían que se normopate al protocolo universitario, lo vean así. Yo estaré ahí y me reiré mucho, aunque se vaya mi más fuerte asidero. Querré presenciar ese día por lo simbólico y por curiosidad. Pero más que estar ahí ese día, quiero estar la ocasión antes, cuando sea la última vez que el gordo barbado, con Converse y cinturón dé una clase y a lo lejos se oigan sus sonoras carcajadas.

Casa tunAstral  
Agosto 24 del 2001.



Sonoras carcajadas



Diana Marengo

# La letra con sangre entra

Mauricio Ortega Camberos

Hablar de Roberto Fernández Iglesias ante sus amigos, colegas, familiares y discípulos, que bien lo conocen, resulta algo difícil para evitar los lugares que nos son comunes.

Aunque debería hablar hoy sobre Roberto el periodista, creo que resultará más atractivo si abordo al Gordo en las diferentes facetas en que nos hemos interrelacionado; mejor todavía, si en ellas se enfatizan las vivencias.

De entrada, ¿por qué la letra con sangre entra? Fue el primer y único título que se me vino a la mente casi de manera inmediata cuando Margarita Monroy Herrera me preguntó cómo titularía mi plática. Y sí, por diversos motivos esa es la noción inmediata que tengo acerca de Roberto.

Paradójicamente aunque todos conocemos el significado de esa frase tan usada por los periodistas, también es uno de los lugares que diferencian a Roberto y un servidor. A nadie puede caber la menor duda que por la sangre de Roberto Fernández Iglesias ya corrían las letras desde que su madre lo moldeaba en su vientre. Me pregunto si igualmente vino a este mundo ya con barba y tenis. Lo contrario sucedió conmigo. Bien sabe Roberto que lo de la letra y la escritura no fue una cosa innata en mí. Pero también ha de reconocer y yo se lo reconozco que fue gracias a maestros como él que a fuerza de insistir, leer y releer, escribir y volver a escribir, que hoy más o menos puedo ligar algunos párrafos y titular notas periodísticas.

Al Gordo lo conocí allá por 1982 —ya casi veinte años— en la ENEP Aragón. Enseguida entendí que si de aprender se trataba, estaba en el salón adecuado. En honor a la verdad y como todavía no lo conocía a la perfección, no era difícil advertir que era un profesor más o menos bueno, comparado con sus demás colegas de izquierda y guerrilleros que a la menor provocación exhortaban a rebelarnos y manifestarnos, incluyendo la toma del bunker, que así llamaban a las oficinas de la dirección porque querían subir el precio de las fotocopias.

El flechazo profesional fue inmediato. Roberto no podía ocultar la atracción que le producía que uno de sus alumnos de primer semestre ya trabajara en un periódico. Recuerdo que gran parte de nuestras pláticas en clase y fuera de ellas era para contarle lo que hacía en la redacción de *La Prensa*, en donde para ese entonces ya tenía una antigüedad de tres años. Lo que más le fascinaba era el relato que le hacía de los crímenes. Desde entonces quedamos identificados: Roberto, el Gordo, el maestro que sí sabe; Mauricio, el alumno, el de *La Prensa*.

No nos duró mucho el gusto. Atraído por la magia que encierra Ciudad Universitaria y decepcionado por el campus de Aragón, decidí moverme a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Se lo comenté a Roberto y no estuvo de acuerdo. Perdería un semestre y, además, CU no era —me decía— tan bueno como comentaban. En efecto, perdí un semestre y la calificación de no aprobado apareció incluso en la materia de Roberto.

Ya me inscribía para el segundo semestre en la antigua facultad, en la *escuelita* como se le conoce. Estaba en fila cuando a lo lejos advertí una figura conocida. Era Roberto Fernández Iglesias, con portafolios, gorra, tenis y mezcilla. No había la menor duda, era él. Pensé que vendría a hacer algún trámite. Me acerqué a saludarlo y le pregunté qué hacía por acá. “Ya ves

—me contestó—, yo tampoco los aguanté”. Desde aquellos días, Roberto es un icono de la facultad.

Por si lo anterior no fuera poco, Roberto y yo éramos casi vecinos. Sólo el Museo de Geología y una panadería separaban nuestras casas en la calle de Ciprés, allá en la Santa María la



Mauricio Ortega

Ribera. De vez en cuando nos encontrábamos. Recuerdo una noche, más bien una madrugada, como a las 2 de la mañana cuando yo salía del periódico y me dirigía a la casa. Caminaba por San Cosme y él venía con su coche puesto, un Renault azul. Nos saludamos. “Yo voy a casa”, le comenté. “Yo tengo cosas que hacer”, me reviró. Iba solo, seguro tenía cosas que hacer.

Roberto es popular en Ciencias Políticas. Para bien y para mal. Cuando le toca dar alguna materia obligatoria, en los primeros semestres, tiene no menos de 60 alumnos. Pero en los últimos, en las opcionales, sus discípulos son mucho menos. Y es que se trata, reitero, de estudiar en serio. Todos le daban la vuelta. Cuando cursé con Roberto el último semestre de la carrera de periodismo, éramos sólo cinco compañeros los que habíamos decidido estar con él. Así que en lugar de encerrarnos en el salón, tomábamos la clase con un café en el Vips.

No era para menos. El Gordo se encargaba de espantar y acabar de desilusionar a aquellos estudiantes perdidos que por azares del destino habían caído en esta carrera. Mejor les recomendaba que buscaran empleo y si insistían, con las lecturas y tareas, terminaba por echarlos.

Un viejo y querido maestro de *La Prensa* decía y dice con frecuencia que nadie puede enseñar lo que no sabe. En una ocasión lo llevé a una clase con una profesora chilena que enseñaba géneros periodísticos. Aquello acabó en un gran pleito. Quezada, que así se llama el de *La Prensa*, remató con aquella frase una discusión con la maestra. Sobra decirles que ésta fue otra de las materias que no aprobé. Valió la pena. Disfruté mucho ese momento, pues además le llevé a la chilena los artículos y reportajes que había publicado en el diario y ella me había rechazado. Vamos, en cuanto al género y la gramática no estaban del todo mal, pero ella no los aprobaba porque lo que calificaba era la opinión de uno, cuando de lo que se trataba era de analizar la estructura.

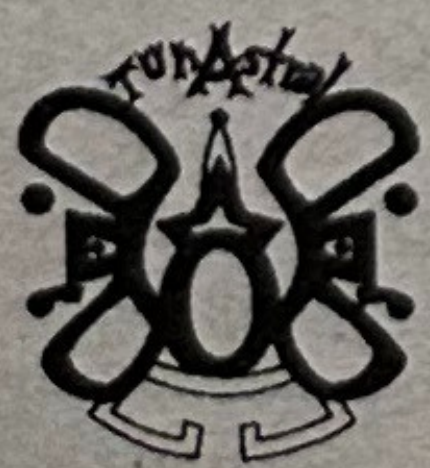
Esto viene a cuento porque he aquí otra de las virtudes de Roberto Fernández Iglesias. Jamás se ha empeñado en enseñar lo que no sabe. Todo lo contrario y, afortunadamente, es bastante. De cada clase, de cada plática, de toda opinión —esté uno de acuerdo o no—, lo digo sinceramente, se aprende siempre algo de las palabras de Roberto.

Dos recuerdos más sobre el final de la carrera. Roberto me dirigió la tesis. Cuando le presenté el proyecto me dijo: si tomas un café y te cuesta 10 pesos, ¿acaso pagas 20? No, ¿verdad? Aquí es lo mismo. Haz lo que te piden, no más. Aquel plan quedó finalmente en menos de la mitad de lo presupuestado. Ya en el inter del examen final, buscaba a Roberto aquí en Toluca, en su casa o en la Universidad. También en CU me hacía revisiones. Me veía con prisas y preocupado. Me preguntaba qué pasaba y era entonces cuando le comentaba que había dejado dormida a mi hija Karla de menos de un año en el coche. ¡No chingues! ¿No es cierto, verdad? ¡Vamos a ver! Y sí, allí estaba la gordita toda roja por el calor. Otra vez: ¡No chingues, ya vete! Con otros sinodales hice algo parecido. Me les aparecía con el trabajo y la niña en su canguretera. Después comprendí que era buena táctica y así me ayudaron más los profes.

Pasó el tiempo y además de la amistad, la letra nos sigue uniendo. Hoy Roberto Fernández Iglesias es un infalible cola-



Mauricio Ortega y Martín Mondragón Arriaga



Amor es la palabra;  
poesía, la acción

**Director fundador:** Roberto Fernández Iglesias. **Dirección:** Margarita Monroy Herrera. **Edición:** Rogerio Ramírez Gil. **Asesor:** Dionicio Munguía J. **Administración:** María Guadarrama Campos. Todas las fotografías son de Margarita Monroy Herrera si no se indica lo contrario. **Dirección:** Calle Porfirio Díaz 216, Col. Universidad. Toluca, Estado de México. C.P. 50130. **Teléfono y fax:** (7) 219-54-36. **Correo electrónico:** tunastraltoluca@hotmail.com *Los artículos firmados son responsabilidad exclusiva de los autores y pueden o no reflejar la opinión de tunAstral.* Se solicita amistad, canje, correspondencia y toda clase de apoyo y ayuda. Se responde por colaboraciones no solicitadas. **Tiraje:** Diez mil ejemplares de distribución gratuita. **Impreso en La Prensa, S.A. de C.V. México, D.F.**

cAmbiAviA

Información y crítica de la tribu  
No. 27 enero de 2002  
Publicación de tunAstral, A.C.

borador en las páginas editoriales de *La Prensa*. Además, allá imprimimos el periódico *cAmbiAviA*. Por lo tanto nos vemos con frecuencia. Me comenta mis ediciones y cabezas. Ríe de algunas y critica otras. El jefe de redacción del diario le responde que ni se queje, pues eso fue lo que me enseñó.

Remato: es para mí un verdadero honor ser parte de este merecido homenaje que se rinde a Roberto Fernández Iglesias por sus seis décadas de vida. Gracias a Margarita Monroy Herrera por haberme considerado. Aquí estoy para decir, al incommovible Gordo, gracias de verdad; se te respeta y se te quiere en toda tu dimensión. ¡Felicidades! Y que la letra y la amistad nos sigan llevando por el camino que comenzamos a andar juntos hace veinte años.

Café Literario tunAstral  
Restaurante Biarritz  
Agosto 20 del 2001.

# UAEM: IX Jornada Teatral

Por segundo año consecutivo, la Jornada Teatral de la Universidad Autónoma del Estado de México está dedicada a un dramaturgo mexicano. En esta ocasión el homenaje recayó en la figura de Luisa Josefina Hernández, "la autora más importante del siglo veinte", en palabras de Emilio Carballido, quien representa "la naturaleza humana, la retrata con amor y compasión, provoca risas, refleja seres verosímiles y las ridiculeces que les ocurren son humanas, son cómicas en extremo, pero en algún ángulo se vuelven conmovedoras".

A ocho años de haberse instituido las Jornadas Teatrales, cuyo objetivo principal fue fortalecer el teatro existente en el Estado, además de incrementar la creación de grupos teatrales con el surgimiento de la Licenciatura de Arte Dramático. A pesar de que la infraestructura es insuficiente, se han realizado acuerdos con instituciones como el IMSS para aprovechar su teatro y dar mayor realce a la Jornada Teatral.

Con la presencia de grupos extranjeros como las compañías francesas Des pas en rond e Isidore, así como la participación del grupo Teatro Expresión de la Universidad Arturo Pratt de Iquique, Chile, también se hizo la invitación a agrupaciones teatrales del Distrito Federal.

La Jornada teatral dio inicio el 14 de noviembre con la presentación del libro *Para conjurar la desmemoria: ... más de tres décadas de teatro en la Universidad Autónoma del Estado de México*, cuyos autores, Esvón Gamaliel y Víctor Nava Marín, con la colaboración de Clementina Guadarrama, Mauricio Salinas y Hugo Renán, reseñan el acontecer teatral en la Universidad con una investigación que incluye los inicios teatrales, desde los años sesenta hasta mediados de los noventa, y analiza, con sentido testimonial y crítico, la historia teatral dentro de un contexto sociocultural, puntualizando la contribución que las diferentes generaciones de teatristas (aficionados, estudiantes y profesionales) han aportado.

El libro incluye, en un apartado final, una relación cronológica desde 1961, con sus respectivos repartos y colaboraciones, de las obras que han pasado a formar parte de la historia, hasta ahora desmemoriada. Esvón Gamaliel destacó que por *Para conjurar la desmemoria...* desfilan aquellos que fueron gestando la epopeya, una odisea que culminó con la consecución de la licenciatura en Arte Dramático, que ha generado otro tipo de movilidad teatral.

Ese mismo día se presentó la obra *Galería de moribundos* (Estudios y variaciones sobre el mundo beckettiano), con el grupo Línea en Sombra del Distrito Federal, dirigidos por Jorge A. Vargas. Imágenes recurrentes, que fungen como hallazgos obsesivos, dan forma a la obra con la intención de aproximarse

a un dibujo definitivo de la obra literaria de Beckett. Paráliticos, sillas de ruedas, suicidios postergados o fallidos, son los patrones obsesivos que sugieren la existencia de una maquinaria, descubierta a través de largas caminatas que los personajes emprenden, observando a ciertos árboles y aves, bicicletas y ciclistas que recorren los caminos. Los abrigos y los sombreros son parte del uniforme beckettiano, además de las imperfecciones que revelan almas defectuosas o torturadas; son ellas quienes pueblan el paisaje de la literatura de Beckett y se aprecian a través de *Galería de moribundos*.

El 15 de noviembre se presentó la compañía francesa Des pas en rond (Los pasos en círculo), con la obra *Ici-bas*, bajo la dirección de Christian Coumin y la actuación de Sylvain Cousin y Thomas Le Doze. La obra inicia con un diálogo mudo, un juego donde la igualdad con el destino hace que cualquiera pueda ganar o perder. Prefieren los juegos de máscaras o los de vértigo: juegos prohibidos y sin meta, donde la pasión es protagonista y el deseo de caer sustituye el miedo de perder. Estos dos seres intentan matar el tiempo pero lo que logran no es sino crear tiempo.

Des pas en rond son un dúo de malabaristas polirítmicos y poéticos que juegan con cualquier tipo de objeto, incluso con líquidos. La clave de *Ici-bas* consiste en la omnipresencia de la mirada mutua: los protagonistas se espían, se interrogan, se burlan, se miden sin dejar de observarse el uno al otro.

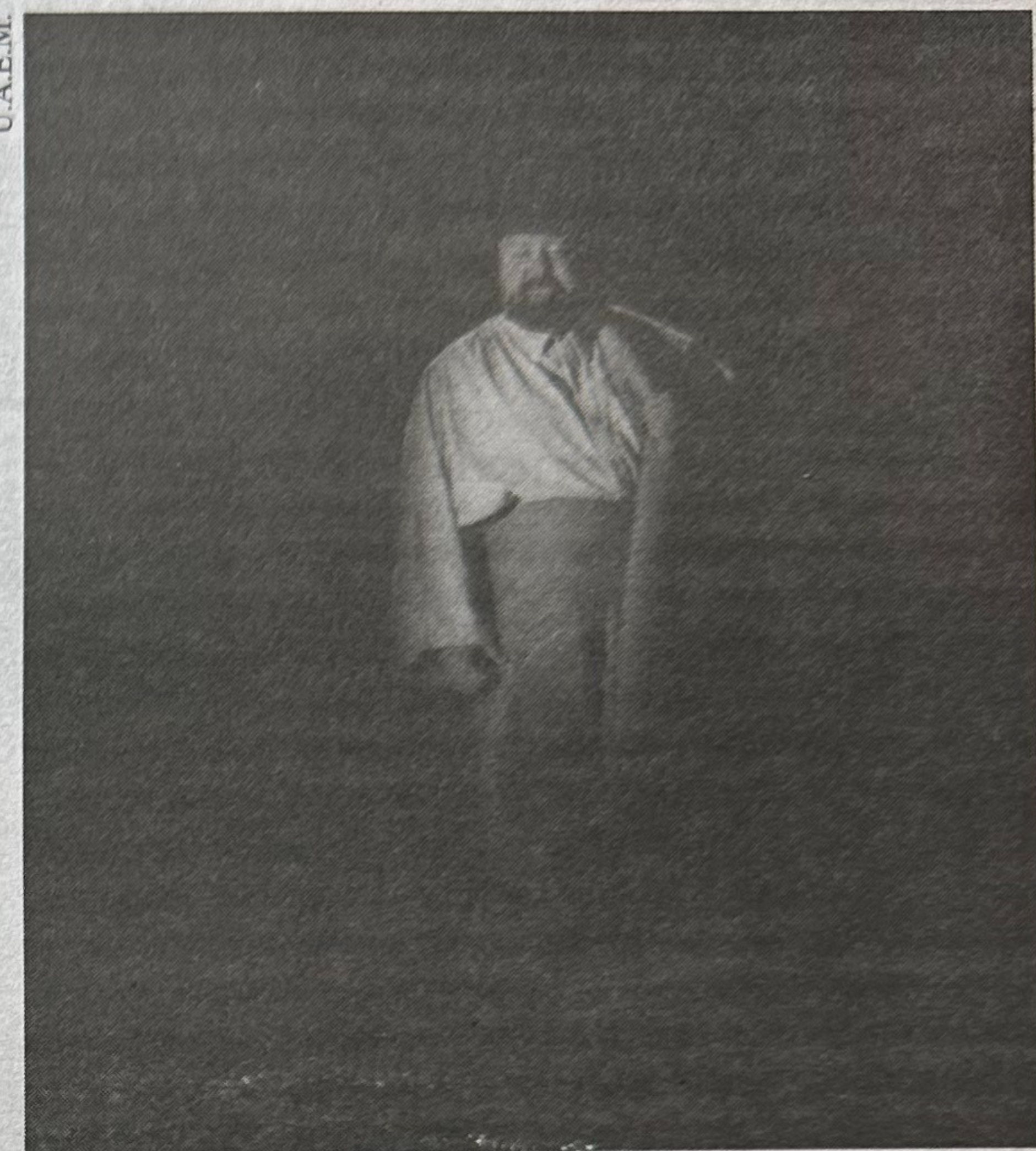
*Figuraciones*, de Luisa Josefina Hernández, y dirigida por Sisu González, se presentó el 16 de noviembre, con la participación de Lilian Lara. Uno de los milagros más grandes para el género humano, representado en la concepción, es visto a través de tres personajes bíblicos; Sara, esposa de Abraham; Agar, sierva de Sara, y Abimelec, quienes nos aproximan al sentimiento generado por el embarazo de Sara.

Aunque no pretende recrear al pie de la letra los hechos bíblicos, busca otorgarles a los personajes una visión más humana y cercana a nosotros mismos. Lo importante es crear, antes que nada, un vínculo muy estrecho con el espectador a través de la imaginación y sensaciones en un viaje por los diferentes puntos de vista que Luisa Josefina Hernández plantea en esta obra.

La compañía Isidore de Francia, presentó *La historia del tigre* (Histoire du tigre) de Darío Fo, monólogo dirigido por Alain Leverrier y actuado por Roland Lancelot. *La historia del tigre* es la de un soldado que decide emprender una larga marcha, donde el protagonista se refiere a sí mismo su vida como combatiente, de una tigresa que encontró, del tigre que algún día soñó ser.

Frente al engaño, frente a la estupidez, a la muerte, trata de resistir, mientras utiliza todos los recursos para convencer al público: explica, exagera, salta, gesticula, grita, ruge, muere y rasguña como si tratara de salvar el pellejo... y lo logra, frente al implacable jurado, exponiendo debilidades, cobardías, exageraciones así como humor.

Se presentaron además las obras *La ronda* de Arthur Schnitzler, con la dirección de Gilberto Guerrero y la actuación de los alumnos del CUT-UNAM;



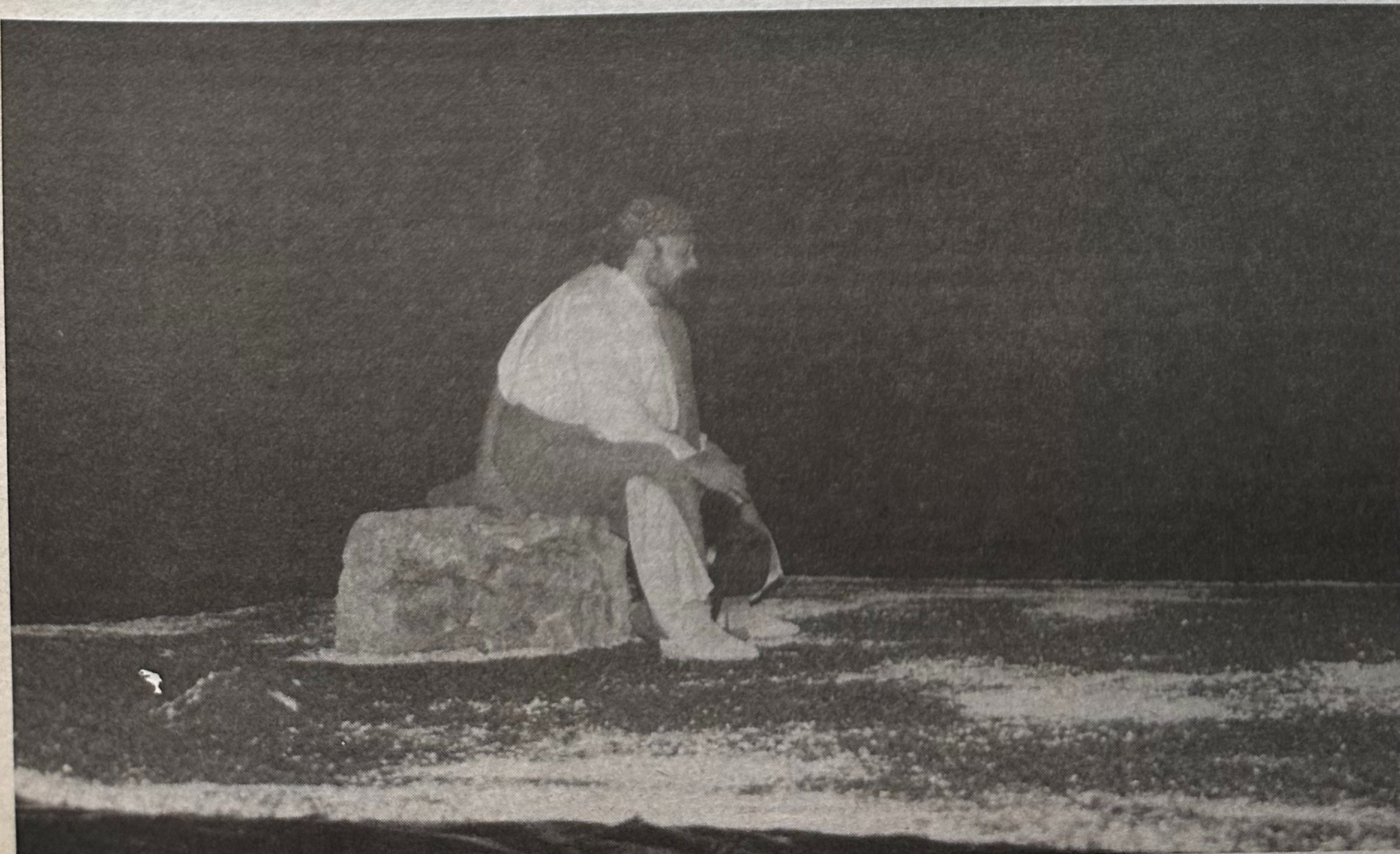
*Monte Calvo* de Jairo Aníbal Niño, con el grupo Teatro Expresión de la Universidad Arturo Pratt de Iquique, Chile, quienes también presentaron *Matatagos* de Marco Antonio de la Parra y la dirección de Iván Vera-Pinto Soto, una obra que intenta desmitificar la figura de Carlos Gardel, mediante los aspectos desconocidos del cantante, además del enfrentamiento que tuvo Gardel con los medios, su manipulación y las leyendas que se tejieron en torno a su figura.

La IX Jornada Teatral Universitaria Internacional tuvo como fin fundamental rendir un homenaje a la escritora Luisa Josefina Hernández, con la conferencia magistral impartida por el dramaturgo Emilio Carballido, quien catalogó su obra como "de una invención extraordinaria, que provoca el exceso, la exaltación; su estilo es de una gran variedad y los recursos que utiliza son limpios y profundos".

Autora de *Oriflame*, *Los trovadores*, *La memoria de Amadís*, entre otros, Luisa Josefina Hernández "conoce la naturaleza humana, la retrata con amor y compasión. Su obra provoca risas porque refleja seres verosímiles". Aunque un poco menos de la mitad de su obra son novelas, dijo Carballido, están escritas "con una prosa brillante, exacta, clarísima y utilizando una psicología profunda y compleja para sus caracterizaciones; sus tramas son amenas, de un enorme atractivo narrativo. Se ha permitido excesos fantásticos, arrebatos, violencias extremas del alma y la conducta".

Respecto a sus obras de teatro, Carballido dijo que hay una larga vena realista, que tiene una curiosa veladura clásica, tersa, debajo de la cual vibran las pasiones de toda índole, pero también hay otra vena, la didáctica, muy variada, de la cual brotan siete autos sacramentales originalísimos y obras de comentario social e histórico, como *La paz ficticia* y *La historia de un anillo*.

"Todos nos dimos cuenta que en Luisa Josefina había un talento excepcional que no cree en la envidia, pero que suscita ataques de rabia y furia por su talento cultivado con esmero y que le ha granjeado obstáculos curiosos y casi impalpables, pero graves. Todo mundo la reconoce, pero su teatro no se pone en escena con la frecuencia que se debería", finalizó Emilio Carballido.



# tunAstral PanAmá: seis meses

Miguel Borzelli  
Fabiola García de Fernández  
A Fernández Alonso

PANAMÁ. Después de 6 meses de trabajo concluimos lo que en un inicio fue considerado como una aventura, pero, con el pasar del tiempo, estar más cerca de la cultura se convirtió en una necesidad personal.

El primer reto fue buscar un lugar apropiado para realizar los cafés literarios. Deseábamos que fuera un lugar acogedor, donde la gente se sintiera a gusto y disfrutara de la literatura. Así planteamos la idea a ExedraBooks, librería que también inicia en nuestro país, a ellos les agradó la idea propuesta por nosotros y la acogieron de buena manera desde un inicio.

Como toda idea nueva, al inicio estuvimos plagados de nervios, pues desconocíamos cuál sería la reacción del pueblo panameño hacia nuestra propuesta, diferente a las habituales en esta ciudad. Más allá de lo que podíamos imaginar, la respuesta fue más que buena, la asistencia rebasó expectativas.

Con poesía, música, teatro, fotografía, novela, cine y cuentos se han llevado a cabo veintinueve cafés literarios en poco más de seis meses en la ciudad de Panamá. Después de aquel gran inicio con nuestro amigo y poeta César Young Núñez, seguido del también querido Benjamín Ramón (poesía) tunAstral se mantiene firme. He aquí una pequeña muestra de lo que hasta ahora se ha realizado.

Como uno de los fundadores de tunAstral, Roberto Fernández Iglesias no podía faltar en un café literario; cada vez que lo vemos muestra lo feliz que lo hace tener una sucursal. Logró ser una noche de reencuentros amistosos y familiares, hizo lectura de algunos de sus poemas y habló de las actividades que se realizan en México.

Tuvimos también visitantes de provincia como es el caso de Rafael Pernett (novela), desde Bocas del Toro llegó a presentarse, un poco norteado debido a la confusión de dirección, pero dispuesto a desquitarse las más de ocho horas de camino.

Un tema candente llevó Alberto Barrow (ensayo) a tunAstral: el racismo; y qué decir del escritor Richard Koster quien tocando temas políticos también provocó controversia.

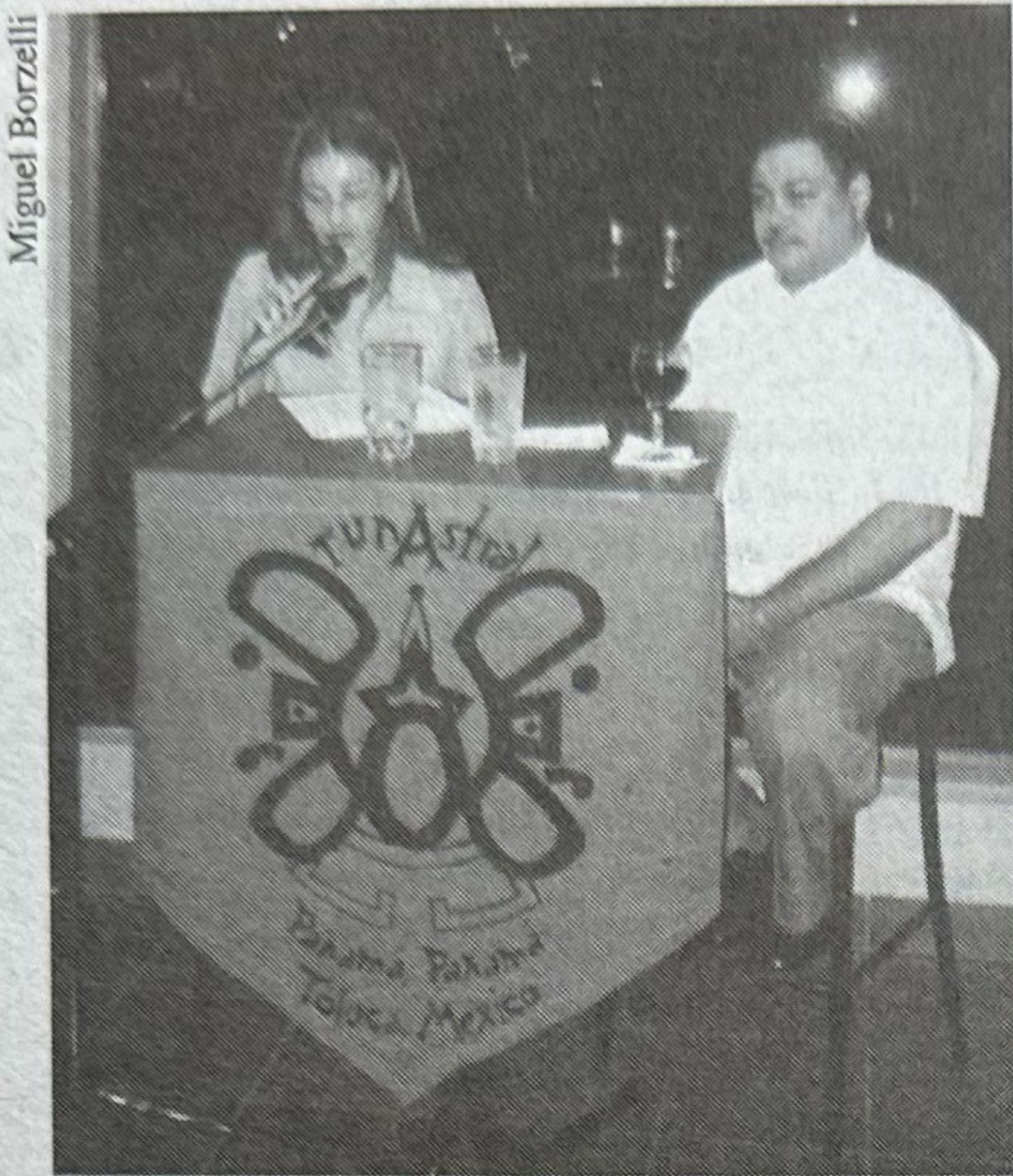
El grupo APAF presentó la exposición colectiva Fotocultura, donde la fotografía histórica de Panamá fue la protagonista de un público aficionado y conoedor.

Cuando Edgar Soberón Torchia (crítico de cine) comenzó diciendo: "de lo que menos voy a hablar esta noche es de cine", seguramente no imaginó que el público asistente en su mayoría era cinéfilo. Así que al final recomendó algunos filmes.

Aunque poco concurrida, no podríamos dejar de mencionar una de las mejores noches en el café literario: la presentación de Raúl Leis (ensayo y teatro), ya que en una charla de lo más amena habló de los trabajos de investigación que ha realizado a lo largo de muchos años, así como también quedó pendiente el proyecto de montar algún monólogo en el café.

Como en todo siempre hay alguna falla, en este caso un invitado no pudo asistir. A pesar de ello, el público permaneció escuchando la historia detallada y el quehacer de tunAstral a lo largo de su historia.

Durante tres meses se realizaron cafés literarios en el Coronado Hotel & Resort en la playa de Coronado con la invitación de Darma Zambrano quien con el interés de llevar a los socios la cultura como una alternativa más entre sus actividades, nos brindó la oportu-



Fabiola de Fernández y Rafael Pernett

nidad de crecer. Como anfitrión en el primer café estuvo Guillermo Sánchez Borbón mejor conocido en el mundo literario como Tristan Solarte que a los pocos días de su presentación en tunAstral se hizo acreedor al Premio Literario Ricardo Miró 2001. Además de hacer lectura de su obra nos hizo reír con su afición al querido y famoso Charles Chaplin.

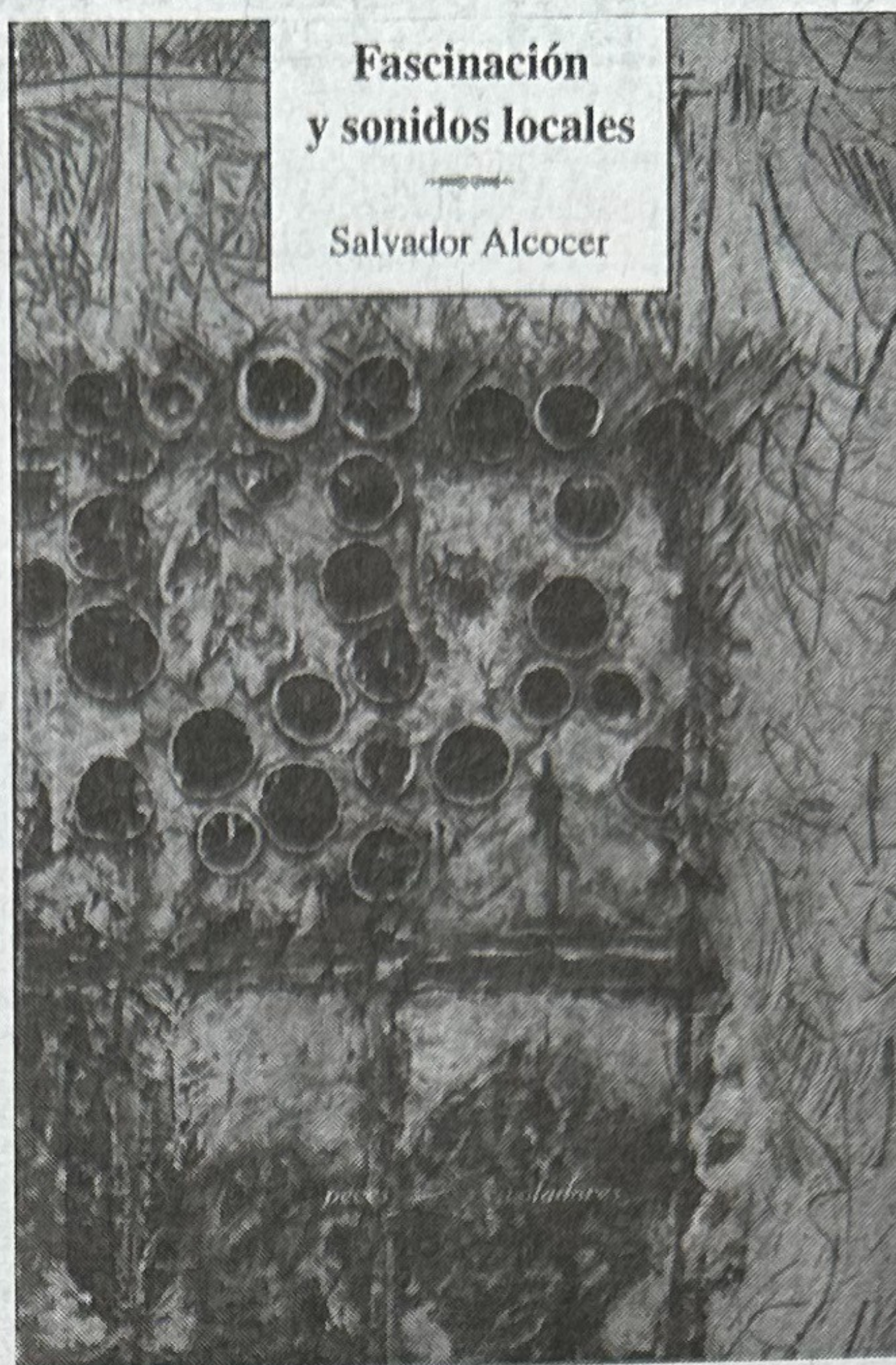
Ileana Solís (teatro) quien ya se había presentado en tunAstral en ExedraBooks realizó nuevamente el monólogo *Mudo quiere ser diablo* logrando cautivar al público una vez más. Así como también lo hizo Alejandro González Horta, El Hombre Orquesta, quien al ritmo de sones y trovas cubanos llevó a recordar al público sus épocas de juventud.

Efraín Castro (música), Justo Arroyo (novela), José Franco (poesía), María Gilma Arrocha (poesía), Rose Marie Tapia (novela), Grupo Sentimiento (música), Consuelo Tomás (cuento), Salvador Medina (poesía) y Graciela Núñez (violín), Aby Martínez (poesía), Moravia Ochoa (poesía), Rosa María Britton (novela), Rodolfo Ermosila (poesía), Juan David Morgan (novela) y Ricardo Ríos (novela) son personajes que han desfilado por los cafés literarios con éxito y sobre todo con mucho entusiasmo y apoyo a tunAstral panAmá. Y llega el 2002, y volvimos nuevamente a iniciar la aventura, solo que esta vez ya teníamos la experiencia, poca, pero valiosa.

En este primer café literario del año que comienza se presentó Jorge Sinclair, quien compartió con todos los asistentes poemas y canciones inéditas. Dedicó una melodía a un mexicano, que fue como su padre en sus años de vida en tierra mexicana. Fue una velada emotiva y llena de calor familiar.

De esta manera esperamos que el año 2002 esté lleno de sorpresas, alegrías y sobre todo que cada lunes podamos seguir con esta labor.

Queremos agradecer tanto a los participantes en los cafés literarios tunAstral como a ExedraBooks por apoyar esta actividad en favor de la cultura panameña y sobre todo al público que cada lunes hace más fuerte este proyecto.



## El secreto está en la superficie

Benjamín Araujo

Salvador Alcocer, con desenfado, con perspicacia y haciendo poesía, como si no supiera o quisiera hacer creer que no la hace, en *Fascinación y sonidos locales*, lo mismo cuenta que un lord anglicano, un tal T. S. Eliot es su autor favorito, que la charla entre un tartamudo y una bella deviene promesa de amor y erotismo para terminar en tango, relata que en medio de mariachis y alcohol al son del *Cielito lindo* un hijo enfrenta a su padre, o un voyeurista adolescente de cualquier edad desespera desde su ventana porque no aparece el objeto del deseo, o una falda gris y un suéter verde son suficientes signos para paralizar la memoria —y otro instrumento de la fisiología— y hasta ofrece detalles de cómo una dama transforma ranas en caballeros. Chava cuenta, cuenta, cuenta, convertido en una catarata, como si de momento, por la fascinación y universalidad de los sonidos locales, su propia escritura lo hubiere trocado en el eje del mundo para describirnos, desgranando los instantes nimios, y nos diera el secreto, los secretos, que yacen en la superficie, en las apariencias, de todas las cosas. Esos secretos que los ciegos viajeros del eterno cotidiano no palpamos, pues nos hemos olvidado de abrir el cerrojo de los sabores, los sonidos y los olores al alba nuestro de cada día.

Alcocer no para de contar, como quien desgrana, frente a una zahurda humana, la mazorca de la existencia. Los cerdos que en este cuento somos los escuchas de las historias del predicador, nos vemos en el deber de descubrir, en estas sonrisas sardónicas y sarcásticas del cuentero, las verdades que anidan entre los granos de la anécdota o se arrastran escondidas al interior, en la médula del olote de lo que nos hace imaginar.

En la tersura de la superficialidad, cuando menos aparente, de las cosas, el autor de este libro ha colocado espejos. Salvador Alcocer, con un silbato llama a todos los interesados a penetrar por el dintel de *Fascinación y sonidos locales*. No advierte, ya nos daremos cuenta muy a destiempo, sin remedio, de que construyó, como lo ha hecho muchas otras veces en otras ferias llamadas libros suyos, que no se trata de un librito de 64 páginas apenas, con formato de 16 por 11 centímetros, editado en la Colección Peces Voladores, por el gobierno de Querétaro en su fondo editorial, con un fragmento muy propositivamente texturizado de Braulio Segura Chávez en la portada, sino de una casa de los espejos donde las deformidades de todos, las mías, las tuyas, las tuyas de ella, las tuyas de él, las nuestras, las vuestras, las de ellos, las de ellas, las de todos nosotros, son mascarada infame para licuar lo mejor y lo peor de nosotros mismos, y lo de los otros, hasta perder el rostro delante de esos espejos y caer en el torbellino de las apariencias que ahora, en este mundo al revés, ya son esencias.

El secreto que devela Salvador Alcocer es ése, la superficie es hondura, fondo y forma provocan un tornado de voces hasta decir al oído de cada uno de nosotros, lectoras, lectores, que no hay cómo separarles. La poesía vuelve chacota y risa lo que es flor y vinagre. Nada puede escaparse. Pero eso no quita, no quiere

decir que en este libro de madurez y nueva adolescencia de este queretano, que ya olvidó sus orígenes chilangos pero que no se deshace de ellos para no confundirse entre la masa que abomina de su entorno, no se haya escanciado con el oficio terco, la ternura. Acíbar y almíbar, juntos, son postre fino que se presenta, bocado de cardenal, a todo aquel que no se vaya con la finta.

Por eso es que aledañas a las historias muchas que caen de este aguacero que es el libro, sala de espejos, que intento reseñarlos, también brincan solemnes, con bombín y bastón espirituales, algunas verdades eternas, o irresolutas interrogaciones, que Salvador, festivo y humilde siempre, viste de harapos, pero eso sí, limpiecitos, bien planchados, pero nunca, jamás, almidonados:

### Con filtro

Lo que ustedes llaman infierno  
yo lo consideraba mi hogar.  
Viví espantado pero era normal.  
La mañana. El medio día.  
Las horas que parecen plomo en el hocico.  
La lluvia que unta el vestido al cuerpo.  
El momento en que todo vale un carajo menos  
el deseo.  
La caída del primigenio de vidas con colitas  
y el asombro, la plática sin voces,  
el descubrimiento de que existe  
un ángel negro en la yema de los dedos.

Resulta pues imposible, cuando menos para mí, lector lleno de deformaciones y purulencias extraídas de mi educación sentimental, no remitirme a un sonido musical, *Candilejas*, y algunas entrañables, seleccionadas, escenas de Charles Chaplin, mientras vivo el texto "Usted adora a su gato" y oigo al autor decir: *Ya estás bien. Ya pasó todo. / No tienes por qué hacer del pasado/ un muro de lamentaciones. / Ten cuidado con el amor, no lo exageres. / Si lo tocas con las manos frías produce ronchas...*

O aquella sapiencia que recuerda que la filosofía y la poesía son primas hermanas, ayuntadas para dar reposo a todo viejo loco, obsesivo, atormentado por el recuerdo y la marcha de las horas:

### Versiones

Otra vez  
el mundo y los recuerdos poliédricos  
eterno buscador sorprendido.  
Me interrumpo y me pongo loco,  
así fue siempre.  
Pero viéndolo bien,  
el tiempo es la gota de agua que pule la roca,  
es el hilo de luz en el laberinto del alma.

La historietita del *Video Centro*, así se llama, que narra con filosos colmillos y palmea, como quien escucha un blues, a la sociedad de señoras y maridos, avalados por un contexto machista, los vecinos, mientras él putea, a madrazos, a insultos, a ella, y le lleva a reconvenir al autor un final de novela rosa: *No, nunca hablan de enfermedad mental, / incluso los vecinos aceptan como un pecadillo/ o cosas de la vida, del carácter, del amor...* me llevó de la mano a suponer, nunca se me había ocurrido, a un literato como Alcocer en el rescate de lo mejor de nuestra caricatura, la Familia Burrón por ejemplo, pero sin dibujos, con trazos escriturales pero el mismo efecto: inteligencia y crítica social al servicio, otra vez, del espejo.

Algunos otros textos están impregnados de autobiografía, de confesión vocacional o de reto a quienes molestan la sensibilidad artística por definición. Me refiero, casi en ese orden retrógrado, a *Cucaracha*, *Vital*, *Carretera local*, *Casas*, *Fumar*, *Tahía*, *Martes 13*, que lo llevan a uno a inquietarse por saber quién es Lolita la de Toluca o cuántos aguacates, cayendo sobre el techo, en la undívaga noche, pueden quitar el reposo a un poeta. Muy otras reflexiones, chascarrillos que se hace el de la voz poética y, en rebote, uno toma al de pronto para tirar al aro; soy espejo y me reflejo, otra vez. Y el que esté libre de neurosis que arroje su primera, su segunda o su tercera esquizofrenia.

Los *Paleolíticos*, primera y segunda visiones, dos textos de ese nombre, expresan otro Salvador que ya ha asomado en otros de sus libros. Un primate pintor, un historiador con pincel, un albañil subido hasta el piso vigésimo, gritándonos: ¡fíjate, pendejo!

Resumo: en fin, que tengo que confesar que el libro, *Fascinación y sonidos locales*, me ha gustado. Lo sufrí, lo padecí, me regocijé, lo gocé. Me parece, y me precio de conocer casi toda la obra de Salvador Alcocer, que es el libro más narrativo, más cuentero, más historiado, más maduro y pleno, que digo pleno: repleto, de imágenes, como una antología del ser nacional, la Mecánica Nacional que habita en cada uno de nosotros, comenzando por el cuenterío de los que ha pergeñado este chilango-queretano refociladamente más toluco.

Salvador Alcocer. *Fascinación y sonidos locales*, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes. Querétaro, Qro. México, 2000. 59 pp.



Público panameño en la presentación de Justo Arroyo

PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO • CRUCE

CANCIONES  
PARA DOMESTICAR  
PALOMAS

EFREN CHAVEZ CRUZ

Cómo domesticar  
palomas

Angelina Nava

El amor, el deseo y la pasión se conjuntan en un todo: carnada para domesticar las palabras que quieren escapar, pero que son atrapadas en *Canciones para domesticar palomas* que Efrén Chávez Cruz canta en diversos acordes dedicados al amor.

Una sugestiva ilustración abre el ritmo de las canciones en una conjunción afortunada de ideas porque "cuando te encuentro,/ con tu piel alumbras mis palabras". Para Chávez, el amor es una melodía que inicia cuando "las miradas se celebran entre sí,/ cantan, se acarician". Los versos de Efrén Chávez acarician sueños de amor "como un par de manzanas suaves y dulces".

El repertorio de *Canciones para domesticar palomas* atrae la atención de las curiosas que se asoman, se deleitan y se marchan sin dejar huella pues "esta mirada que te busca es sólo otra más que te persigue".

Cualquier objeto o suceso cotidiano es motivo de inspiración para que Chávez le cante al amor. Una casa azul, una almendra o la lluvia producen notas que el poeta transforma en romance ya que "las palabras se arremolinan en tu vientre./ Por una certeza o por una fractura, mi voz te mira".

El amor y el desamor se entrelazan en vuelos lúdicos donde las palabras y "las horas/ son menos domesticables y alegres/ te pido, tenme piedad/ déjame olvidado en tu recuerdo". El amor y la sensualidad se posan en el vuelo de los versos que deleitan "y deja que vuelen las palomas/ amorosas por el cielo de tu piel". El poeta sonoriza el pensamiento y lo entrega en acordes que se vuelven *Canciones para domesticar palomas* porque "en un beso se despertarían todas las palomas de tu rostro".

Con un estilo directo, sin rebuscamientos, el lenguaje empleado por el poeta es "claro/ como una almendra/ basada por la luz/ así es tu cuerpo". La musicalidad de los versos interroga a las "¿notas, novia habitada/ por ternuras y silencio,/ que siendo un beso el principio/ es al mismo tiempo/ el final de la aventura?".

En el horizonte de los versos, parvadas de interrogantes buscan refugio en las palabras pues "¿dónde guardo esta mirada/ que apenas desprendida de mis ojos/ te busca como un naufrago?" En busca de la palabra que remonte el vuelo de la semántica, el verso roza el tabú de la virginidad al cuestionar la pureza "de la novia con un pañuelo blanco/ que dice adiós a lunas, y cobija,/ enamorada luz de sombra tibia/ para el alba, manchada de duraznos".

El amor revolotea de nido al preguntar "qué son estas manos sin tu piel,/ pan amargo, golidrinas sin cielo,/ apagada tormenta, eterna hambre". A través del amor, el sujeto lírico realiza una constante búsqueda de nuevas formas para planear "alrededor del sol, la lluvia peina/ sus trenzas destejidas por el viento/ con un listón liviano de palomas/ la novia, la gitana, la muchacha".

Entre palomas y cantos la abuela, figura legendaria que alimenta aves, se abre paso entre los versos "comerciando café con los gitanos/ que tienen en su rostro más arrugas/ que el cáliz, el espanto, la canela/ que la abuela esparcía sobre panes/ y después de la lluvia: la merienda". Sin embargo, el esbozo lírico marca notas de discordia con el recuerdo porque "aquí que estás,/ y permanece/ tu sonrisa como una catedral de agua".

Para concluir diré que los poemas de Chávez Cruz desbordan sensualidad y nostalgia, además de tocar tabúes como el incesto, y la virginidad, entre otros. Sus versos están inspirados por el amor y de entre su fuego surgen chispazos de poesía esparcidos a lo largo de todo el libro.

Efrén Chávez Cruz. *Canciones para domesticar palomas*. Cuadernos de Malinalco No. 47. Instituto Mexiquense de Cultural. Toluca, Estado de México. México. 1999. 56 pp.

LA PLATA  
DE LA  
NOCHE

(1988-1998)

RAQUEL HUERTA-NAVA

Turquesa,  
amuleto  
de la poesía

Juan Joaquín Pérez Tejada

*La plata de la noche* es, en las propias palabras de Raquel Huerta-Nava, "la residencia de los sueños" y el "pronunciamiento de la esperanza". La felicidad en estos poemas, en su mayoría breves, está cifrada en lo inefable, en aquello que es, al menos en cierta realidad, intangible como los sueños y la esperanza; palabras tan cercanas a la sinonimia, dos vocablos que al entrelazarse forman la cresta de la poesía.

Editado por el Instituto Mexiquense de Cultura en la colección Cuadernos de Malinalco, *La plata de la noche* (1988-1998) es un grupo de poemas dividido en tres secciones: la primera y más extensa es la que da título al poemario "La plata de la noche", "Vampíricos" y "Constelaciones". Y muestra las obsesiones de su autora: la muerte, el tiempo, los sueños, el azar y lo nocturno. Estos elementos configuran la experiencia del amor y crean un ambiente claroscuro en el umbral de la realidad.

La poesía es un acto de fe y la obra escrita con la constancia de los días durante los últimos diez años hasta conjuntarse en este libro —que hoy ocupa nuestra atención y nuestro afecto— confirman la creencia y añadiría la devoción de Raquel por el maravilloso y mágico arte de hacer versos. Labor que semeja mucho a la de Penélope al enhebrar y deshebrar, pero que es sobre todo el viaje lleno de aventuras de regreso a Itaca por ese Odiseo fiel a su destino amoroso.

Solamente por medio de la fe, los sueños y la esperanza poseen el poder para descifrar el ánimo adverso de la realidad cotidiana a la cual se enfrenta. Estas son las únicas posibilidades para no arrendarse ante la muerte, ante el paso del tiempo, ante esos seres nocturnos que extraen la sangre hirviente de nuestros

deseos, de nuestro corazón, vaso donde se contiene el amor, líquido luminoso, líquido derramado entre las sábanas siempre revueltas de la tristeza. Estos seres nocturnos que Raquel emparenta con los vampiros, pero que podríamos llamar escorpiones o serpientes más relacionados con la ponzoña y el envenenamiento.

No importa el dolor ni el olor de la soledad, en estos poemas encontramos un amuleto que ha de proteger a quien transcurra por estas veredas de luces cintilantes. Bala de plata, la turquesa colma la habitación iluminada por el viento, por la brisa y esta piedra transfigura el paisaje para que la nube se convierta en espuma de los vientos, para que el azul obre su milagrería y vuelva nube de oleaje para romper en el azar. Esta joya pasa de la turquesa a la ternura para salvar de la muerte:

*La turquesa es la salvación, la perla  
la última esperanza de los muertos,*

par de endecasílabos que cifran el conjunto de poemas.

El lenguaje poético de Raquel Huerta-Nava utiliza la palabra justa y directa. Lejos de la retórica, la discreción de estos versos. No hay intención de cegar al lector sino de iluminar su camino, de allanarle la senda sin dejar piedras sueltas. Cada poema es un atado de sílabas, un haz de versos que dan un ritmo continuo al libro. Dentro de esta estructura, las imágenes concebidas aligeran el viaje:

*Ajuares del destino cubren a la pareja;  
toda la protección en sus labios,  
cábala del lenguaje orfebres de la vida  
pronunciamiento de la esperanza.*

Afuera hay un mundo inhóspito, Raquel apuesta por la salvación, no nos dejará morir dentro del laberinto y su hilo de plata guía los pasos hacia el amor. No hay más remedio, dice convencida, "están condenados para siempre/ a reinventar el amor".

Hagámoslo, hagámosle caso a la poesía, permitan a este hombre a esa mujer de ojos inusitados color sulfato de cobre, turquesa, colmar nuestro vaso con su mirada. Gracias a Raquel por esta lección, tan sencilla que a veces olvidamos. No nos cansaremos. No nos cansaremos de repetirlo: la poesía, la plata de la noche, salva.

Raquel Huerta-Nava. *La plata de la noche* (1988-1998), Cuadernos de Malinalco, No. 39. Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, Estado de México. México. 1998. 68 pp.

En su ensayo "Ausencia y presencia de México en la nueva novela mexicana", Mauricio Carrera señala que en los últimos años la novela mexicana se ha inclinado hacia dos vertientes generales en cuanto a temática: los textos que están circunscritos en un contexto mexicano —Enrique Serna, Fernando Rivera, entre otros— y aquellos cuyas historias se desarrollan fuera de México —Jorge Volpi y Muñoz Vargas por citar algunos—. La narrativa de Carrera se perfila en esta última línea.

Desde su primera novela *El club de los millonarios*, texto excepcionalmente narrado y poco referido por quienes se han ocupado de su obra, hasta *El tiburón de Cayos holandeses*, un extraño e hilarante relato, la narrativa de Carrera se contextualiza en atmósferas lejanas a la tierra del nopal y la serpiente. Hermosas modelos que vacacionan en Panamá, en Aruba o Venezuela; personalidades que viajan por Estambul, Osaka o Berlín; mandatarios que mueren o matan en Beijing o en países latinoamericanos. Mexicanos que recorren los Estados Unidos. Para Carrera el mundo es su casa: "el cielo japonés", "la claridad chilena", "el calor de la India" o "la tristeza de Lisboa" son referencias tan cotidianas para un diplomático en cuyos viajes se puede encontrar con un banquero suizo, un novelista peruano, un industrial holandés, un violinista polaco, una cupletista madrileña o un quebrantahuesos germano, como sucede en el cuento citado, de la misma manera que le sucede al periodista de carne y hueso quien ha entrevistado a un virtuoso japonés del sintetizador, a un Premio Nobel de física norteamericano y a un Nobel de literatura lituano, a un Pulitzer británico que vivió en Uganda y Singapur, a una novelista francesa que escribe sobre Roma o sobre China, a un antropólogo francés que vivió en Argelia, en Sahara, en Oaxaca y Yucatán, o a "un violinista polaco", personaje incidental del cuento cuyo título está basado en *Millroy, the magician*, texto de Paul Theroux, representante de "la gran novela norteamericana", a cuyos autores Mauricio Carrera ha estudiado y entrevistado.

El viaje geográfico y humano como experiencia, leit motiv y cosmovisión literaria. El movimiento como vehículo y herramienta textuales. Crisis —del griego, cambio— y encuentro como rutas al conocimiento. Las de Mauricio son historias de encuentros y desencuentros, familiares, amorosos, amistosos. La suya es una literatura nómada: "No hay que encariñarse ni con las geografías ni con las personas" ("Millroy..." nuevamente). Quizá dentro de esta misma visión surge su postura social y política comprometida sólo con lo humano y lo literario. Como Fuentes, Carrera sabe que la historia vista sin imaginación no es sino la historia de la violencia y la muerte. Tal vez la excepción es "Marilyn Monroe y otros familiares" donde aparecen demasiadas referencias antimperialistas y otras tantas chovinistas (otra reseña abundaría al respecto).

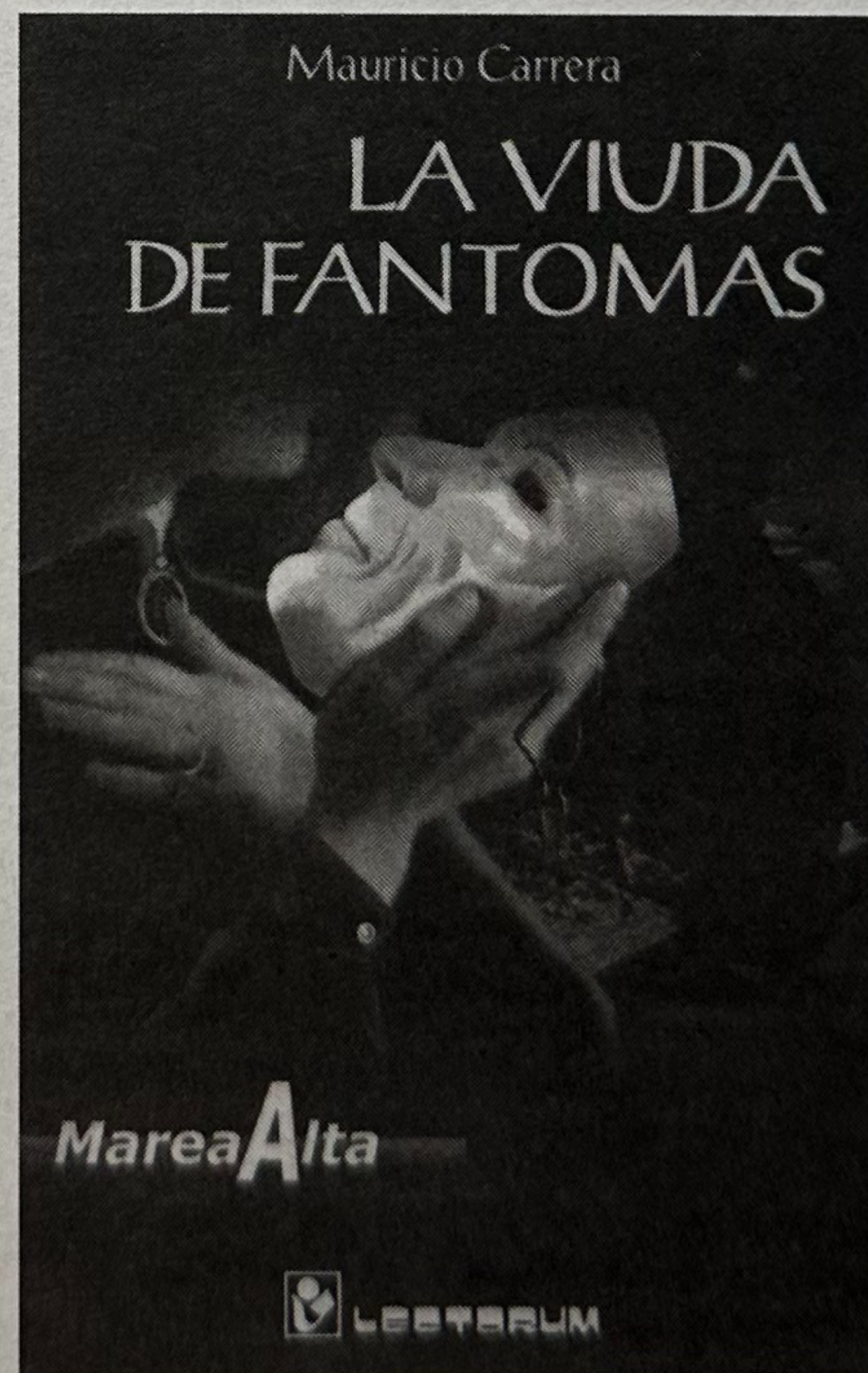
El estilo proporciona lo universal, el cosmos de un lenguaje literario, como las metáforas de nuestro escritor que pueden ser tan idílicas como espeluznantes: unas uvas que caen sobre el pecho y la nuca de frondosas aldeanas, campesinos chinos matando con resorteras cuervos, gorriones y canarios, peces voladores frente a un velero por el Caribe, una rata hambrienta a punto de ser introducida por una vagina, liberarse de un tiburón golpeándolo con una cámara fotográfica.

Mauricio, el de los sueños mozos de ser diplomático, el viajero y millonario del alma, el profesor y periodista con inquietudes y curiosidades de niño terrible, el amante del tequila, del son antillano, de las mujeres firmes y de la gran carcajada que es la vida, sabe transportarnos a su mundo literario, a su planeta de imágenes acaso menos burdas, acaso menos crueles que las que vivimos a diario:

"Dos o tres meses de vida inquieta, del descubrimiento gozoso de las parrandas parisinas: café, cigarro, vino y mujeres, bares y camas, todas las noches, y a la mañana siguiente, juventud, divino tesoro, al trabajo como si nada; o aquellos paseos dominicales y sabatinos, por el Jardín de Luxemburgo, o por las tardes, ya con algo de vino encima, por las angostas y quebradas escaleras de Montmartre, acompañado por sueños y poemas de juventud que nunca llevé a cabo".

Notas:

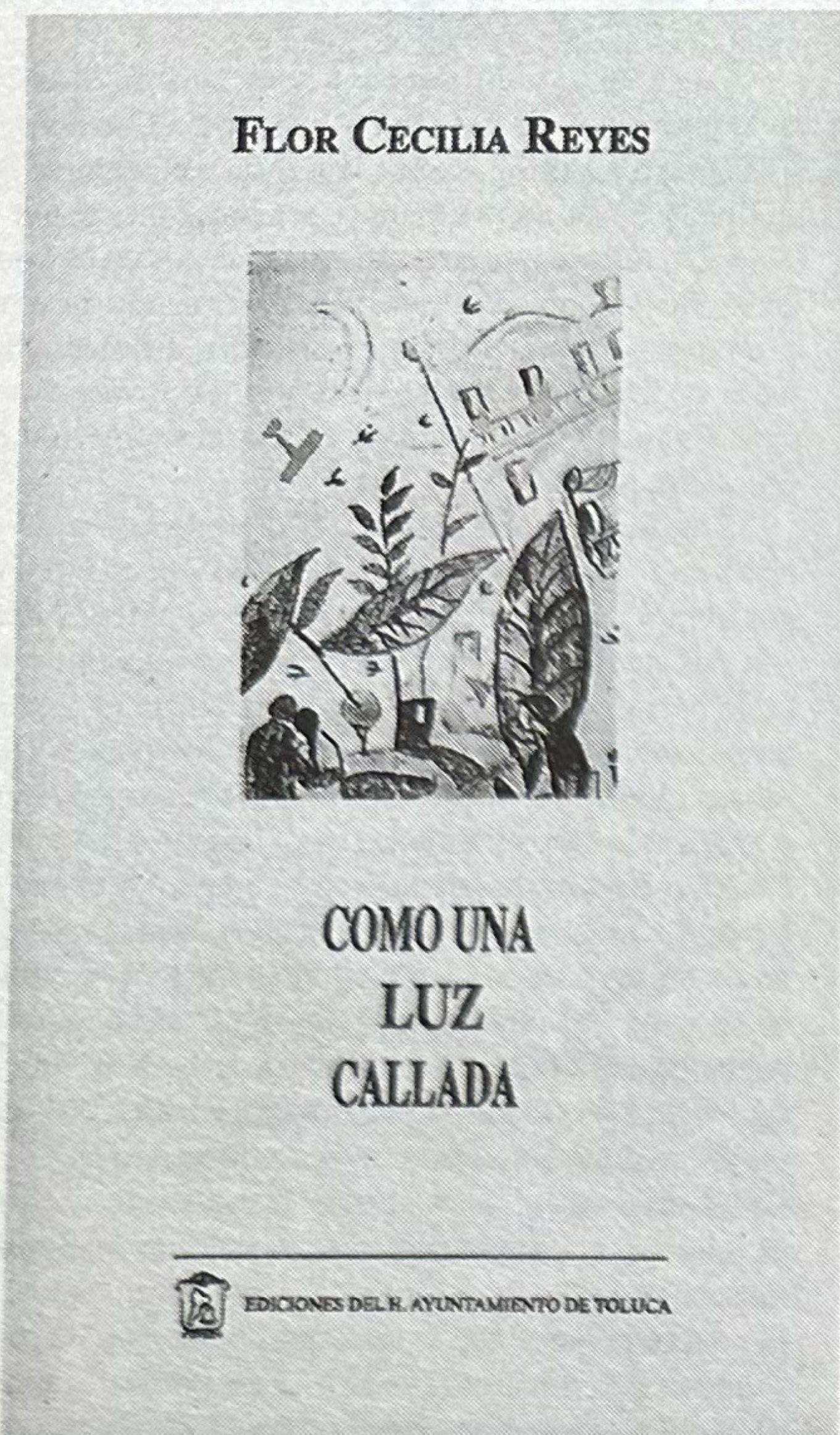
1. *La viuda de Fantomas*. Lectorum. Col. Marea alta. México, 1999. 129 pp.
2. En *Tierra Adentro* Núm. 104. Junio-julio 2000. CONACULTA, México, 95 pp.
3. *El club de los millonarios*. Aldus. 1996.
4. *El tiburón de Cayos Holandeses*. Times Editores. México, 2000. 61 pp.
5. *El demonio del arte*. CONACULTA, México. 1995.
6. "Marilyn Monroe y otros familiares" en *La viuda de Fantomas*. Op. cit.



Otredad cultural:  
identidad literaria

Fernando Reyes

"Millroy, los generales de Mao y los pájaros muertos", texto del recién publicado volumen de cuentos *La viuda de Fantomas* servirá como hilo conductor del tema que aquí nos ocupa: un joven narrador cuya obra se centra en la universalidad temática, geográfica y estilística como punto de partida para construir su cosmovisión de escritor mexicano.



## Como una luz callada<sup>1</sup>

María Elena Aura

Conocí a Flor desde que se fundó la escuela de escritores de Metepec. Lo primero que admiré de ella fue su manera de leer en voz alta. Se trataba de una obra de teatro y su voz corría nítida, perfecta. Desde ese momento comprendí que Flor amaba las palabras. Poco tiempo después la escuché en la ciudad de México leyendo poemas suyos, y más que de su voz disfruté de lo que leía.

El trato entre nosotras era el de dos personas que comparten el espacio de un ambiente literario; hasta allí llegaban las coincidencias y el nivel de comunicación. Conservábamos la distancia de dos personalidades que se observan. Nos fuimos acercando sin que ninguna de las dos diera un paso más que la otra, hasta que en algún momento, que no puedo precisar, hicimos *click* en el pensamiento; y, más que de su voz o de lo que escribe, disfruté de su compañía.

Cuando se publicó *Como una luz callada* y me regaló el libro, compartí sinceramente su felicidad. Así me di cuenta de que ya éramos amigas.

Leí el libro antes de saber que iba a presentarlo. No sentí que me reconciliaba con la poesía porque nunca me he peleado con ella, pero sentí que me reconciliaba con la vida.

La tragedia empieza cuando mi amiga me pide que lo presente: ¿Cómo escapar de una voluntad que admiro? ¿Qué podía decir? El libro me había dejado muda. Volví a leerlo, a releerlo, a rereleerlo. Cada nueva lectura me enfrentaba con retos diferentes. Ensayé un tono intelectual que pronto descarté, no tenía nada que ver con lo que yo quería decir. Planeé una táctica macabra: extraer el contenido de los versos y olvidarme de la forma y, por supuesto, tampoco funcionó. Inventé el cadáver exquisito solitario para escribir lo que me dictara el inconsciente. No había nada en el papel cuando salí del caos dispuesta a recuperarme en la contemplación del equilibrio. Evoqué la primera lectura y me llegó como la foto estática del movimiento. Después de esto, renuncié al análisis del libro.

Voy a dejar intactos lo certero del lenguaje, las imágenes, las ideas, las metáforas o el ritmo, porque este libro se resiste a que lo mire fragmentado; se niega a ser sujeto de laboratorio. Su destino está en la cima del pensamiento.

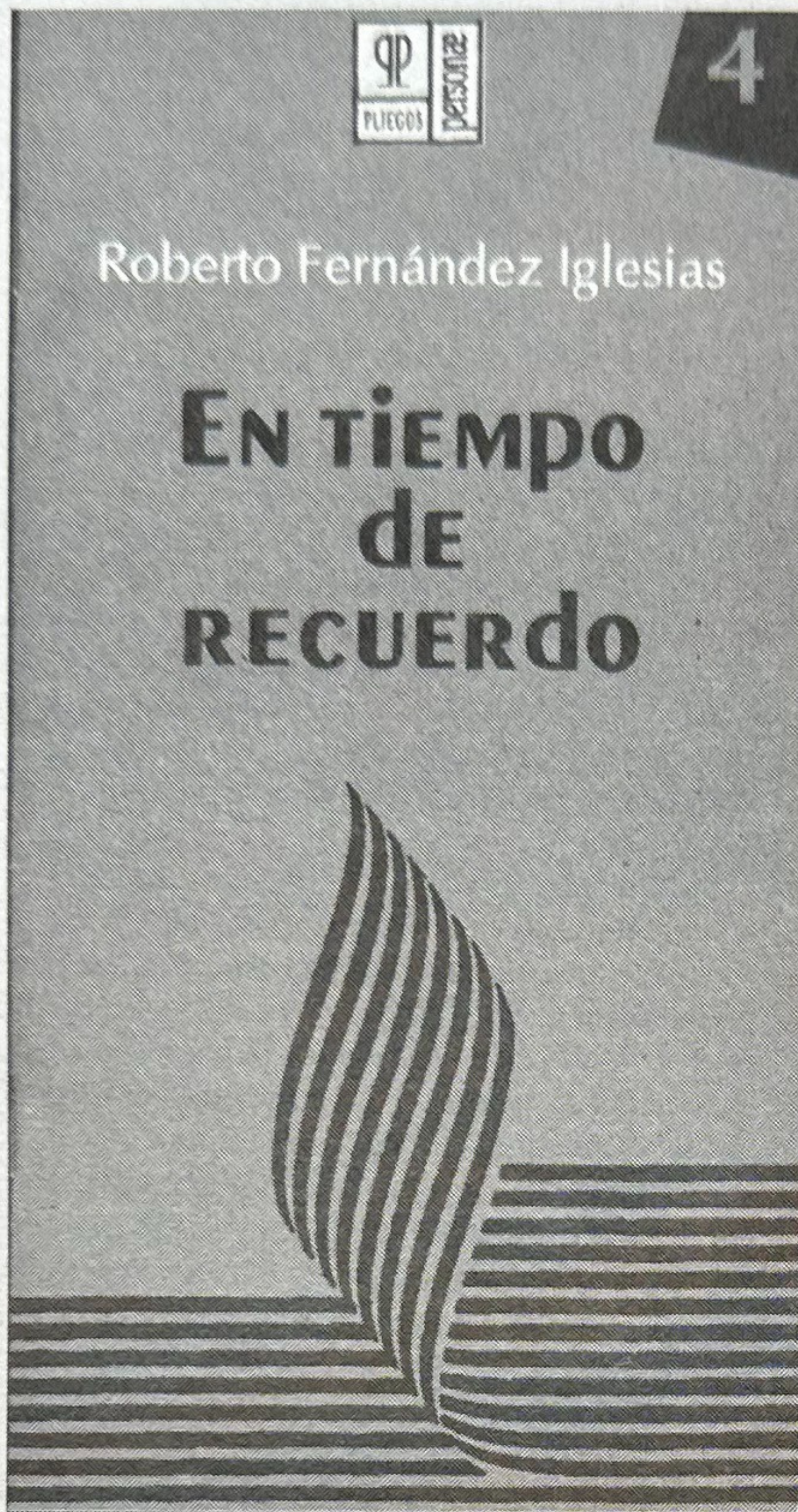
La poesía de Flor puede sumergirse en las profundidades de la muerte y de la vida, flotar en el plano desierto del infortunio, traspasar los límites del asombro, sostenerse del viento con sus pequeños odios y sus grandes amores, pero no aguanta una cirugía, por más estética que sea.

*Como una luz callada* no es un libro difícil ni fácil, no es jardín ni prisión, no es rígido ni flexible, tampoco es verde ni rojo. ¿Qué es, entonces, *Como una luz callada*? Objetivamente: un libro escrito con verdad. Subjetivamente: belleza con formas de palabra, brillo instalado en la conciencia, dolor sublimado en el campo de batalla, caricia y golpe, meta conseguida y meta que se vislumbra, amor enquistado en las entrañas. *Como una luz callada* es armonía en Flor,

Flor que se escribe con mayúscula: Flor Cecilia Reyes, Flor que no hace poemas, Flor que es poesía.

<sup>1</sup> Presentación del libro *Como una luz callada* en el Café Literario en el Restaurante Biarritz, el 20 de noviembre de 2000.

Flor Cecilia Reyes. *Como una luz callada*. H. Ayuntamiento de Toluca, Toluca, Estado de México, México. 2000. 72 pp.



## Nudo gordiano

Pablo Garduño Martínez

Nudo: encrucijada; zona de encuentro entre el tronco y la rama, o entre ésta y sus vástagos; atadura difícil de deshacer; lugar donde se cruzan los macizos de montañas; parte en la que se alcanza el clímax en una obra.

Nudo: tal vez el que se siente en la garganta por la inminencia del llanto, o el que se forma en el vientre por angustia, o aquel inextricable que Alejandro el Grande prefirió tajar con la espada antes que intentar desatarlo. O el de un pañuelo en el cuello de una mujer y que es todos los otros. No lo sé. En verdad que hay nudo apretado en todo esto. Quizá sea ese trozo del pasado con el que inexorablemente cada hombre ha de tropezar un día. Escuchará entonces la música



Pablo Garduño Martínez y Roberto Fernández Iglesias

revuelta de su clavicordio; vera "los fantasmas de alga/ (que) crecen/ hasta reventar/ la camisa del cerebro"; hallará las piezas dispersas de su propio, interminable rompecabezas; se tocará melancólica lluvia en un más allá del asfalto y un más acá de palmeras; enfrentará un espejo mudo; se vivirá "camarón sin lechuga", "solo a medio mar"; se enfermará insomne "hablando/ de algo/ grande/ trascendente y cursi/ algo/ tan estirado/ como la muerte".

Todo esto yace, suena, vibra, duele, deslumbra, fluye, refleja, desconcierta, encarna en los veinte poemas que son el poema "Nudo", del maestro Roberto Fernández Iglesias.

En versos libres, cortos, alejados de la tradición clásica, sin puntuación visible pero con un sentido profundo del ritmo, la prosodia y del poder de la metáfora, el poeta busca "lograr sin truco/ que todas/ las palabras/ sean espejos". Así crea un ámbito donde pasado, futuro y presente se integran en el mismo terrible instante de la anagnórisis: la muerte, tan ajena, tan de otros, empieza a ser la propia. Nudo, ciertamente: "Voy y vuelvo prehistórico/ Con la razón/ Doliendo fuerte/ en la rodilla/ o en el cuello/ permitiendo el paso de los tigres/ Voy y vuelvo con toda mi selva/ a pelo rapado/ sexo sin pensamientos/ sin intuiciones/ Voy y vuelvo moribundo/ no es raro si nunca estuve vivo/ todos mis sueños/ los tuve/ hasta despertar".

En una tesitura más bien grave, lúdico de pronto, y trágico aun evitando serlo, aguzando las palabras hasta el filo, el poeta asume con lucidez a veces descarnada la vieja sentencia bíblica de "polvo eres" y que Manrique expresó diciendo: "Recuerde el alma dormida,/ avive el seso y despierte/ contemplando/ cómo se pasa la vida,/ cómo se viene la muerte/ tan canllando". ¿Quién de los grandes poetas que haya vivido la curvatura del ocaso no necesitó recurrir a todo su arte para cantar o gritar tan riguroso trance? Dice la voz poética en "Nudo": "Sólo tengo/ un pedazo de vida/ a media muerte/ al centro/ de la profecía/ y de los candados/ del sueño/ ¿A dónde vas limosna/ si todavía/ no te alcanzo?"

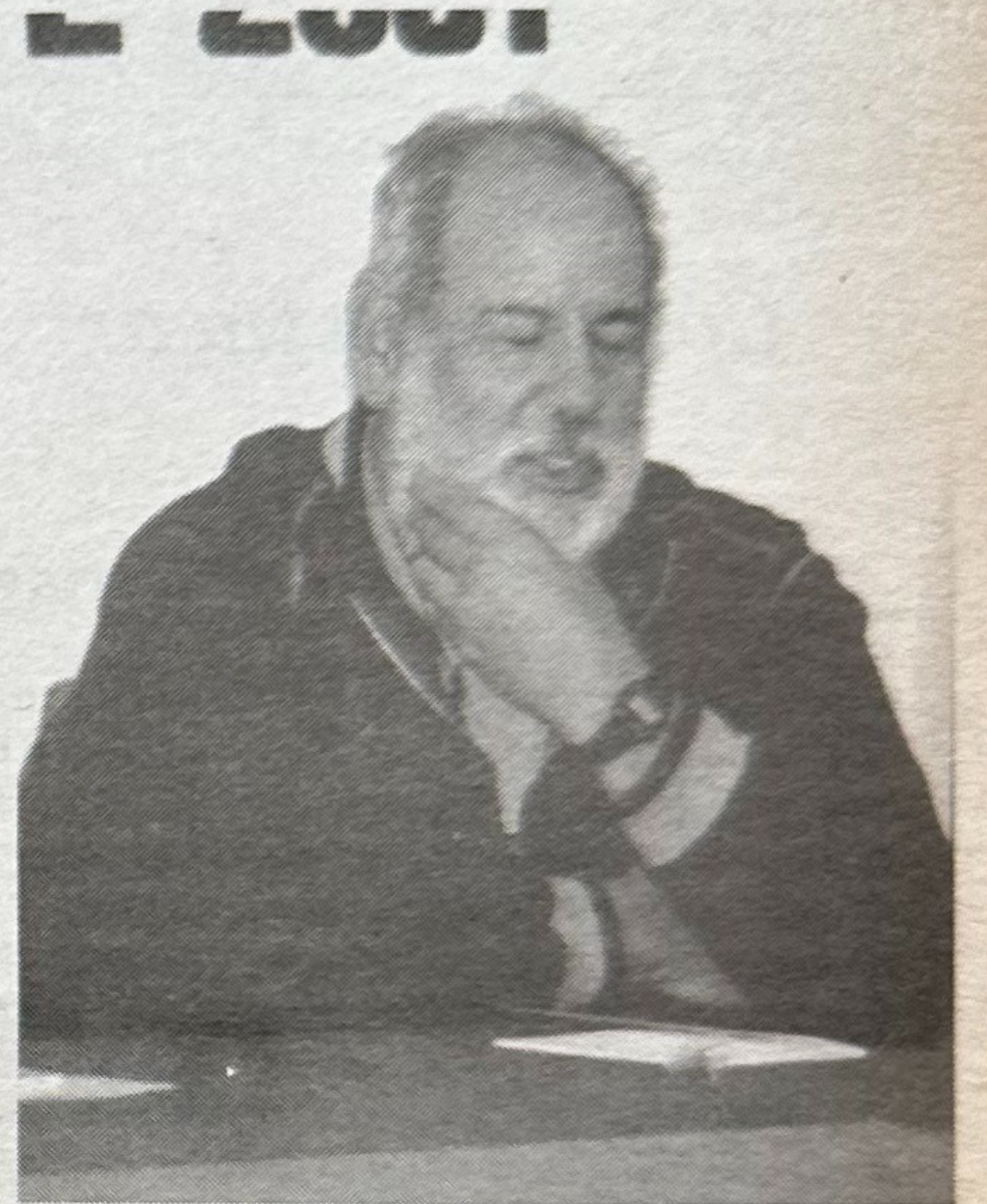
La voz reptante, vuela, se expande, gira, estalla; todo en la sola soga del nudo, toda ella clímax, momento decisivo de una vida que se sabe en lucha contra los sueños que ella misma ha sido: "Con el tiempo de árbitro/ y el rencor/ vestido/ de marinero/ luchó a vida/ contra mis sueños".

Su vida ha sido sueño, confiesa el poeta; pero no a la manera de Calderón, en cuya mirada cada hombre actúa su parlamento escrito desde lo alto. Quizá se halla más cerca de Ezra Pound cuando éste grita: "¡Gran Dios, danos vida en los sueños! ¡No el regodeo, sino la vida!" A cierta distancia escucha aquel canto náhuatl que reza: "De pronto salimos del sueño,/ sólo vinimos a soñar,/ no es cierto, no es cierto,/ que vinimos a vivir sobre la tierra". Pero se quema en la misma angustia expresada en ese otro: "Como una pintura/ nos iremos borrando./ Como una flor./ nos iremos secando/ aquí en la tierra". Así, en su peculiar manera de vivirse muriendo, dice el poeta: "Muerdo el aire a gritos/ como si me faltara/ Me entero a plenitud/ de tambor/ ya todo es nada/ me queda poco para decir/ Volverme ausencia/ yo solo/ línea a línea/ palabra a palabra/ Desapareciéndome en silencio/ Quedar sin posibilidad/ ni memoria/ ni recuerdo/ ni la ausencia misma".

Canto, grito, gemido, monólogo frente al espejo, el poema también es puerta, arco trazado sobre la dis-

tancia extranjera. Pese a que "amar/ (es) construir/ edificios/ sin cimientos", el poema se tiende puente, sabiendo que no puede sostenerse de una solo lado: "jamás Wrigth ni Le Corbusier van a hacer un puente sostenido de un solo lado", diría Horacio Oliveira. Mas, si el amor no sirve como puente, allá está ella, hecha de palabras; ella el otro lado. Es una de las dos mujeres que aparecen desde el principio pero que, ambigualmente, se trastocan y su identidad queda a oscuras. Una de ellas es el tú: "Tú/ la oroenjaulada/ eras la que conocías/ los nombres de las flores/ los árboles/ las noches/ y mi nombre". De ella sabemos que es "Esa misma/ la que iba al cine/ a dormir/ y a la playa/ a recordar/ y jugabas/ con veneno/ a olvidar/ que estás viva/ y todavía no te enteras/ que has perdido". A ella se dirige el aparente monólogo, conversación con una sombra, con un vacío, ese "estar acompañado/ con el burbujeo antediluviano/ de tu ausencia".

Poema nudo, poderoso en la reencarnación del recuerdo, expansivo en su sobriedad, apasionado en la crudeza de sus reflexiones, grave a pesar de sus chispazos lúdicos, terrenal en sus altos vuelos, expresa en su complejidad el momento en que la vida se extranjeriza, se torna lentamente ausencia, desesperanza, muerte. Y, como un Don Quijote que combate los sueños que le dieron vida, desengañado, agónico, el poeta todavía es capaz de afirmar: "Morir es mentira/ amiga/ Todo es una palabra/ inventada/ a medio



Lectura en el Café Literario de Atlacomulco

insomnio/ con las calles a medio pecho/ con el grito sentado/ en un trapecio/ sin cadenas/ para mecerse/ A pesar de tanto/ amo/ y creo/ y me desespere/ de vivir con la muerte/ entre pecho y sueño".

Embebido en esta paradoja, arrastrado al centro del instante-vorágine, anudado, nudo él mismo, el poeta entrevé, no obstante, el flujo imparable y absurdo de la vida como lo contempló Shiddartha (el de Herman Hesse): el tumultuoso río de la existencia: "sólo movimiento de ruedas/ hacia arriba/ hacia/ los cuerpos integrados/ Buscando el trabajo/ de encontrar/ No sé qué/ Un osario de presencias/ Una risa de otro/ Un no sé qué de voces".

Con estos versos, que recuerdan la famosa cacofonía de San Juan de la Cruz: "Y todos más me laglan/ y déjame muriendo/ un no sé qué que queda balbuciendo", se cierra el poema "Nudo". Sobra decir que es mucho más rico y complejo de lo que yo aquí he podido expresar. El momento encarnado en "Nudo" es quizá el mismo en que el Poeta ha escrito su *Muerte sin fin*, o *Coplas por la muerte de su padre*, o *Tierra baldía*, o *Canto a un dios mineral*. Momento en que el poema se transforma en testamento. Poema maduro, vigoroso, valiente, lúcido; rigurosa síntesis de amplia experiencia literaria y vital, alto momento en que el poeta libra batallas decisivas con la palabra y sus honduras, con la vida y sus recovecos, con los sueños y sus filosas fantasmagorías, con la muerte y su gélida ironía; palabra erigida en su sobria hermosura, merece contarse entre los mejores en este principio de milenio. Es mi opinión. Así lo creo.

De la serie de poemas que da título al libro, "En tiempo de recuerdo", ya no hablo. Breve recorrido por la ternura, el erotismo y la ausencia, parece, sin embargo, fundirse en el campo gravitacional de "Nudo". Quiero más bien terminar esta mínima reseña con los versos finales del libro: "El inventario ha terminado/ declaramos la quiebra/ de este individuo/ porque debe más amor/ del que puede pagar/ Por negligente/ es condenado a soñar/ y a saber que sólo sueña".

Roberto Fernández Iglesias. *En tiempo de recuerdo*. Pliegos personae No. 4. tunAstral. Toluca Estado de México, México. 2000. 43 pp.